



G. Suzunue

*Relatos curiosos
de una ciudad más allá*



Relatos curiosos de una ciudad más allá

2da edición

Diseño de cubierta: G. Suzunue

© 2023, 2024, Ger Ediciones. *Todos los derechos reservados.*

<https://gerchu.neocities.org>

G. Suzunue

***Relatos curiosos
de una ciudad más allá***

Caminando

Esta mañana me desperté —no sé cómo— para encontrar mi propia mente y mi propia percepción envueltas en una poco densa niebla de turbación. A través de la ventana, que no estaba totalmente cubierta por la cortina, entraba un manojo de haces de luz (estaba amaneciendo); en consecuencia, la cama se partió en crestas y valles de luz y de sombra, celestáceas y violáceas cada una a su manera. Mi cabeza erguida y girada vio este paisaje por un larguísimo segundo (uno que pareció un rato entero de aburrida tranquilidad), y sobre uno de sus múltiples pliegues de manta rústica divisé a una araña negra caminando algo apresurada hacia nuestro sur. Inmediatamente después —tan inmediatamente, que fue casi en simultáneo— sentí una imperiosa necesidad de levantarme. Tenía que ponerme en marcha. Así que aparté la manta despacio y lento, con sumo cuidado, para no aplastar a la araña o hacerle algún tipo de daño; una a una mis extremidades fueron flexionándose para descubrirse, abandonando el calor de la cama y la exigua comodidad del colchón apestoso y algo rancio, estirándose por encima del borde de la cama como medida adicional de precaución (ya la araña se había fundido con las negruras de las

regiones no alcanzadas aún por el amanecer) y aterrizando finalmente en el suelo alfombrado y envejecido. Entonces me vi libre de apresurarme de una vez, sintiendo con más fuerza que *aquello* tenía que hacerse pronto. No me di cuenta en ese instante, pero la niebla mental se me había disipado, y me había olvidado por completo de la araña negra. Sólo comencé a caminar con paso rápido, sin otro asunto en la cabeza que no fuera avanzar entre los juegos de luces y sombras por el camino alto, celeste y violeta, y no por los valles de penumbras. Así iba yo, con las evidencias del naciente día sobre y a mis espaldas, cuando te despertaste en ese especial leve estado de confusión y me viste; la confusión se disipó muy rápido de tu mente, y sentiste que debías levantarte de inmediato. A pesar de tu súbita necesidad, tuviste la infinitamente compasiva y piadosa amabilidad de salir de la cama con cuidado, para que nada malo me pasara. Luego sí, comenzaste a recorrer la larga cresta rápidamente; supongo que ibas al mismo lugar que el resto de nosotros.

Fuego en la escuela

La cosa empezó un tanto lejos de mí, en la cocina. Uno de los descuidados empleados que trabajan ahí se distrajo por un momento lo suficientemente largo para que un modesto fuego escupiera parte de sí mismo, quizá porque quería rebelarse y vivir un poco más —quizá de puro molesto, quizá sólo por aburrimiento—; le alcanzó al trozo de fuego la suerte para aterrizar en una superficie que estimulara su crecimiento, y es fácil imaginar la altura que habrá alcanzado el vástago vuelto llamarada —vuelto fuego propio—, y si nos esforzamos un poco podremos llegar a ver con mayor o menor claridad el susto en los rostros de los cocineros, el estallido de sus ojos como huevos y el movimiento de sus brazos o manos como para agitar esos huevos. Los empleados no tardaron en retroceder hacia la puerta; antes, por supuesto, uno de ellos activó la santa alarma para dar aviso a toda la escuela. Entonces, la llama, ya multiplicada y amplificada, se abalanzó sobre los pavorosos cocineros en fuga —boquiabiertos, algunos enmudecidos y otros a los alaridos de terror— como si las paredes, el piso y hasta el aire mismo hubieran estado impregnados de bencina.

Mientras estas cosas ocurrían, yo estaba en clase, en el aula número dieciséis. El espíritu del alumnado estaba bajo y quieto; estábamos todos cansados —algunos, como yo, bostezábamos hasta por los codos—. ¡Una veintena de bolsas de papas hubiera exhibido más vitalidad que nosotros! A causa de nuestra actitud la maestra estaba deprimiéndose poco a poco. Acaso las paredes prestarían más atención que estos muñecos que hacíamos las veces de alumnos... Entonces la alarma rasgó la insoportable modorra del salón con su agudo tronar, despertando a algún compañero en el proceso.

La mayoría de nosotros, entre los que me incluyo, no reaccionamos violentamente. Sí es cierto que nos sorprendió el chillido de la alarma, pero fue porque jamás lo habíamos oído en persona, y porque ni nosotros ni nadie esperábamos un incidente grave en la escuela. Otros, en contraste e instintivamente, se entregaron al pánico: se levantaron de sus asientos de un salto con el rostro desencajado, como si tuvieran al fuego justo debajo de la silla. También se oyó algún grito corto y seco —de los que se oyen bien en medio del ruido— al fondo del salón y afuera también. La maestra, por su parte, asumió el rol de modelo y ejemplo de serenidad ante el caos de lo imprevisto, y desde detrás del escritorio nos pidió que nos calináramos, y que saliéramos en orden. A través del cristal de la puerta ya veíamos personas huir corriendo hacia la salida. A una de ellas la maestra le preguntó qué había sucedido.

—¡Es en la cocina! ¡Se prendió fuego! —dijo una de las cocineras, sin dejar de trotar cansinamente.

Alguien de mi clase gritó de nuevo, tan cerca de mi oído que éste se retorció de dolor.

—Muy bien, todos salgamos despacio y en orden hacia la calle —ordenó calmadamente la maestra, con

ademanes un tanto exagerados, pero bueno, era una situación límite y había que tranquilizar a todos.

La clase empezó de a poco a contagiarse de la serenidad de la maestra, y los más compuestos recogieron sus pertenencias rápidamente y se marcharon a través de la puerta principal, incluso alegres de poder salir un poco más temprano que lo usual. Yo, por mi parte, pude haberme retirado en ese momento, pero entonces vi una sombra conocida y odiosa en el primer piso. Me dejé distraer, y así es como seguí a la sombra mientras se alejaba. Mirando hacia arriba para no perder la silueta de vista, y mirando hacia adelante para no tropezar con aquellos que huían desde el lado de la cocina, hice oídos sordos a las voces de alto, dando motivos de sorpresa a cualquiera. A medida que me iba acercando a la sombra y a la cocina, el humo comenzaba a hacerse visible, y el olor a aceite quemado y a huesos de pollo carbonizados empezaba a pegarse en mis fosas nasales. El ruido de la alarma también se hacía más alto e insoportable. Llegando a la puerta de la cocina, una llamarada casi horizontal que salió escupida de allí me impresionó tanto, que por un segundo olvidé lo que estaba haciendo en ese lugar. Pero pude recordarlo cuando alcé la mirada y vi al estúpido director de la escuela de pie en el primer piso, con las manos apoyadas en la baranda, observando tranquilamente el incendio (desde su ubicación él podía ver parte del interior de la cocina). Vi en la escena un parecido a la de un capitán con su navío en llamas, aguardando en un silencio de resignación el momento de hundirse con él para siempre. Me pregunté qué sucedería si de pronto el fuego se decidiera a devorar todo el lugar, e instantáneamente vi arrastrarse cerca de mí varias serpientes encendidas, luminosas. Todas ellas

se dirigieron hacia donde estaba el director, pasándome por los costados, evitándome, o sin reparar en mi presencia. Alcanzaron en un segundo la pared, y la treparon con impresionante celeridad. El director no se inmutó. Tampoco observó los fuegos que se le acercaban; no pareció sentir calor en ningún momento, ni molestarse por los olores a materia orgánica quemada ni por el progresivo ennegrecimiento del aire. Eventualmente, se vio envuelto en llamas, mas permaneció inmóvil y se dejó capturar. El oxígeno comenzaba a escasear, el humo hacía arder mis ojos, y mi ropa estaba reseca y caliente, como si estuviera chamuscándose ya. Pronto no habría escapatoria. Así que me moví por fin de donde estaba, no sin antes lanzar una última mirada al director. Ahí seguía él, aún con la mirada puesta en la bendita cocina, acaso tratando de adivinar qué era exactamente lo que había sucedido, intentando ver a través de las llamas. Ya el fuego me impedía verlo; ya el fuego lo envolvía y reordenaba su materia, desintegrándolo en el proceso, disgregándole los bordes, derritiéndole la superficie, desfigurándole la estructura... todo antes de que sonara la campana de salida.

Era hora de volver a casa.

Baile en el lobby

En el Hotel «Océano» de la calle Guillermina ocurrió un atentado sin nombre. Nadie se lo esperaba en un país tan pacífico como el nuestro, tan alejado de las guerras de las grandes potencias y de las naciones fragmentadas y desgarradas. Pero claro, este atentado que estoy a punto de narrar nada tuvo que ver con la sangre y con el fuego.

A las diecisiete cuarenta y nueve del nueve de octubre, un sujeto ingresó al Hotel Océano. Era un hombre joven, de estatura promedio, tono de piel promedio, la cabeza bien en alto, y una marcha confiada y de fingida semirrigidez articular. Actuando de la forma más natural posible —cosa que hizo muy bien—, tomó una habitación *single*. «Me quedaré sólo esta noche», comentó a la recepcionista.

El «Océano» es un hotel de cuatro estrellas. Ocupa más de la mitad de la manzana, y tiene cinco pisos. En la planta inferior se encuentra, entre otros espacios, el *lobby*, es decir, el vestíbulo. Pensado para los ejecutivos que visitan la ciudad para hacer tratos con las muchas compañías allí radicadas, el *lobby* está equipado con mesas, sillones de un cuerpo y computadoras, pero

cualquier huésped puede hacer uso de los elementos mencionados. Eso fue lo que permitió al perpetrador asestar su golpe. También, al fondo, hay una pequeña cafetería para los huéspedes.

Una vez que hubo dejado en su habitación una valija llena de gases atmosféricos y un abrigo encontrado en la vía pública, el perpetrador descendió al *lobby* con una diminuta caja de cartón blanca y roja en las manos.

—Necesito usar una computadora —le informó él a la recepcionista.

—Adelante —dijo ella, y se movió para ir a encenderla, porque las computadoras que no se usaban permanecían apagadas.

Aprovechando la ya peligrosa cercanía entre ambos, el perpetrador sacó unos parlantes de la caja, y le dijo a la recepcionista que quería conectarlos.

—No se puede. Si quiere escuchar música, le daré unos auriculares.

El perpetrador insistió amablemente invocando la necesidad de probar los parlantes, de verificar que funcionaban correctamente. La mujer, despojada de argumentos para mantener su oposición, tuvo que ceder al pedido del hombre, y eso es lo que terminó por hacer.

—A volumen bajo, por favor —dijo, sin embargo, con un tono un tanto severo.

—Sí, sí, por supuesto; mire, estoy bajando el volumen —respondió el perpetrador, girando la rueda dentada que controlaba el nivel del volumen (pero estaba girándola de manera de subirlo).

El hombre aguardó paciente, aunque algo nervioso, que la computadora arrancara. Los parlantes ya estaban conectados; sólo quedaba presionar el botón redondo plateado de encendido. Con hábil disimulo, el sujeto

conectó un «dispositivo portátil» sin que la recepcionista pudiera advertirlo (aunque ella lo espiara de reojo, con un disimulo casi igual de hábil). El perpetrador lanzó una larga mirada panorámica al *lobby* del hotel. Cerca de él, tres ejecutivos trabajaban con una computadora cada uno. Detrás del mostrador, la recepcionista montaba guardia, dirigiendo cada tanto una mirada directa y seria hacia él, de seguro con el presentimiento de que algo no bueno estaba por suceder, y que él tendría que ver con ello. En una mesa en el centro del salón, una familia de clase media-alta disfrutaba de una animada conversación de sobremesa. Uno de sus miembros llamaba con un exagerado ademán a la camarera. El perpetrador había elegido acaso el momento perfecto para dar el golpe: si bien no se había topado con inconveniente alguno a la hora de hallar alojamiento, siendo época de vacaciones, los hoteles se encontraban total o casi totalmente ocupados. Cualquier bomba que estallase en uno de ellos podría llevarse las vidas de muchos inocentes, o acercarlas al abismo, al menos...

El archivo de sonido terminó de cargar. El perpetrador oprimió el botón redondo plateado. Y lo que ocurrió a continuación fue maravilloso.

Una música de pocos instrumentos se propagó a la velocidad del sonido por el *lobby* del hotel. Aquellos a cuyos oídos la música entró fueron tomados como rehenes por las ganas de bailar. El perpetrador fue el primero en pararse súbitamente, impulsando la silla hacia atrás y hacia el piso con su brusco movimiento, y balancear su cuerpo por mitades: sus caderas de derecha a izquierda; su torso (y con él sus brazos y cabeza) en direcciones opuestas; las piernas sacudiéndose en forma desorganizada, sin control efectivo

de la mente racional. La recepcionista bailó sola también, bolígrafo en mano; ella prefería menear la cabeza y estirar y doblar el cuello como si quisiera partirlo sin ayuda de instrumentos. El movimiento de sus puños cerrados describía una multitud de círculos, óvalos y líneas curvas sin final. La columna vertebral se le curvaba y extendía rítmicamente. A los ejecutivos, la música hipnótica les despertó algo oculto en ellos, algo tal vez reprimido o enterrado. Los tres al mismo tiempo se pusieron de pie, y formaron espontáneamente una circunferencia junto al perpetrador, con las barrigas vueltas al centro y, a pesar de la tirantez de sus extremidades, comenzaron a contonearse en maneras asombrosamente similares. En cuanto a la familia que había estado almorzando, el hechizo les hizo volcar el vino de una copa sobre el mantel amarronado, y voltear dos sillas y un puñado de monedas de oro. Todos estos objetos chasquearon en el roble del piso. La camarera fue tomada por una mano, y hecha girar sobre su eje. La familia en su conjunto exhibió gran algarabía, como si estuviese acostumbrada a manifestar una pasión por la vida y por la forma en que la vivían en los más superficiales movimientos de sus cuerpos.

Y la música estaba tan alta, que de ninguna manera restringió su presencia al *lobby*. Las personas que pasaban por la calle, junto a la puerta del hotel, eran enlazadas por la melodía sin letra; su andar se veía detenido en seco, y sentían una irresistible necesidad de bailar. En una situación similar se vieron de improviso quienes al momento del estallido se hallaban en el primer piso, arriba del *lobby*. Las paredes del corredor y de algunas de las habitaciones fueron testigos de danzas de aficionados poseídos, frenéticos unos, en estado de trance otros. Un mero hilo de sonidos era suficiente

para incitar a la gente, aunque cuanto más débil la música, más débil el deseo.

No fue para nada en vano lo que el perpetrador hizo, menos aun trayendo a consideración que los transeúntes que no habían sido alcanzados por la música quedarían atónitos al ver a un grupo de gente bailando a las puertas del Hotel «Océano» y que, motivados por la curiosidad, acabarían entrando al *lobby* para convertirse ellos mismos en víctimas. Quedaría expuesto a la música también cualquiera que decidiese bajar al *lobby* desde los pisos superiores. Y lo mismo ocurriría con los policías si eran llamados a poner represivo orden, o con los enfermeros si se les pedía que se llevaran a los locos de allí, o con el cura de la iglesia si éste creía menester practicar un exorcismo en masa. Y bailando estarían todos hasta que la música cesase; después, si es que los involucrados recordaban lo que acababa de acontecer, un gran castigo le esperaría al perpetrador de parte de la ley y de la recepcionista engañada. De no haber sido registrado el suceso en la memoria de la gente —y de no haber media docena de cámaras de vigilancia monitoreando el *lobby*—, el perpetrador podría quedar impune... Así que, cuando se callara la música, los afectados tendrían que enfrentar la estupefacción de los no afectados, y el perpetrador tendría que enfrentar su pena. De haber querido eludir a la justicia terrenal, inmolándose en serio, ofreciendo su alma a un Paraíso que quién sabe si existe, habría utilizado una bomba, pero claro, para eso las bombas no sirven.

Ascensorista

En el hospital —tras las largas colas, las intensamente aburridas esperas entre largas idas y venidas por los pasillos, las impacientes expresiones de profesional tranquilidad—, la hora de volver, y la vuelta comienza tomando uno de los ascensores del hospital. Hay tres, uno al lado del otro, de cara a una amplia sala, que es donde la gente se aglomera y espera y se dispone a apretujarse luego, ante la impasible y vacua mirada de su propio reflejo en las grandes paredes espejadas.

Pero no hoy. Desde hoy funcionan las escaleras eléctricas, y tanto pacientes como personal médico y de mantenimiento les dan uso; es algo nuevo para la mayoría de estas personas, y por eso las prueban con avidez. Están descubriendo algo nuevo, después de todo. En cuanto a mí, me gustaban las viejas escaleras de mármol como me gustaban el té y los conciertos de violín, pero las cosas viejas van siendo reemplazadas por las nuevas, e irremediabilmente terminan por perderse... En eso pienso mientras aguardo el momento en que las silenciosas y gruesas hojas metálicas se abran frente a mí, y me revelen un espacio prismático vacío, en el que he de descender cómoda y velozmente. Todo sucede tal cual lo espero, salvo por...

No bien entro en el diminuto recinto, me percató de la presencia de una mujer (en un primer instante pienso que es un hombre) de uniforme bordó y gris. Firme como un soldado, con la vista fija hacia el frente y el rodete no haciendo contacto con la pared, me dirige la vista por un segundo para preguntarme con una calidez y una amabilidad que chocan con su aspecto frío y duro: —¿A qué piso desea ir, señor?

Entonces entiendo que se trata de la ascensorista, miembro de una casta que creía extinguida —que había desaparecido para, justo el día de hoy, en que tendrá sitio para existir, renacer—. Por supuesto que ya había visto ascensoristas antes, en esos tiempos largamente pasados que a veces añoro, sólo que me había olvidado de ellos... hasta este preciso momento, en que respondo: —A la planta baja, por favor.

La mujer presiona el botón indicado sin siquiera tener que mirarlo, con un movimiento suave y a la vez preciso de su mano. Pienso que conoce el tablero de memoria ya, como si fuese una parte más de su cuerpo; imposible que sea nueva en esto; hay cosas que jamás se olvidan... A pesar de la breve y arrinconada presencia de la ascensorista, me siento muy móvil, con una gran libertad de movimientos, y oxigenado también. Los carteles pegados en las paredes del ascensor tienen un gustillo nuevo para mí. Los leo uno a uno, como cuando la gente se embutía aquí dentro y mirábamos hacia cualquier otro lado para distraernos no teniendo que vernos los unos a los otros, en especial a los ojos. Descubro una finísima mirada que la ascensorista me lanza, y que cabe holgadamente en el tiempo que dura un parpadeo. No doy señal de haberlo notado, esperando que haya sido un mero reflejo de su parte. Leo en una pegatina arriba de las puertas, escrito con

letras rojas: «Capacidad máxima: 900 kg»; debajo, a una altura llena de sentido, algo deteriorado por el constante roce de los transeúntes a lo largo del tiempo, otro letrero reza: «No saltar ni correr en el ascensor». A mi izquierda, al alcance de un estiramiento de cuello, impreso en un papel que ha comenzado a amarillear y a ajarse en los bordes, «En este ascensor no discriminamos». Sin querer le devuelvo el fugaz vistazo a la pétrea ascensorista; me corrijo rápidamente, y leo un par de letreros más antes de que el viaje en vertical termine. Uno dice: «Prohibido fumar» —un clásico—, y el otro: «Estimado usuario: mantenga siempre la mirada al frente». Me incomodan tanto el hecho de que la palabra «siempre» esté subrayada, como volverme consciente de que he transgredido las reglas del ascensor. Cuando éramos muchos, no les hacíamos caso; supongo que leíamos los letreros sin comprender lo que decían. Dejo el cuello rígido y los ojos inmóviles, clavados en un punto inespecífico de la puerta, idéntico a los demás; pretendo guardar las apariencias, pero estoy nervioso; el calor empieza a subir por mi torso hasta la coronilla, el aire de pronto se pone sofocante, y el tiempo se estira, que pasan los segundos y no llego a destino. Desde que salí del consultorio no he hecho más que cometer equivocaciones. La caja vidriada de metal por fin está frenando, aterrizando en la planta baja; sé que, en cuanto salga, se darán cuenta de que estoy teniendo pensamientos indebidos; me invade al mismo tiempo el temor de que la ascensorista me delate con las autoridades. Pienso que debo ir por mi cuenta a ajustar mi mente... ¡pienso, pienso, cuando debería dejar de pensar! (hay cosas que duran tan poco...) Las hojas de acero se cierran de nuevo, justo después de que una señorita entra velozmente en el ascensor. Puedo ver en

las marcas en su rostro y en su aspecto general que ha aprovechado la súbita apertura de las hojas y la ausencia aparente de personas para entrar. Ya antes de presionar el botón sin mirarlo sabía que vendría, que vería el espacio vacío, creyendo que estaría sola, pero ahora somos dos; manteniendo firme la postura, le pregunto suave y cortésmente —casi con cariño—:

—¿A qué piso desea ir, señorita?

Me responde ligeramente ruborizada que al sexto piso, y empezamos a ascender. Y no puedo evitar pensar que hay cosas que duran tan poco...

Bar 404

Son exactamente las nueve menos cuarto de la mañana, y estoy en una de las cafeterías del aeropuerto de este país desconcertantemente neurótico, con el diario de viaje que se suponía que para este momento debía estar repleto de información sobre la mesa, medio sepultado por otras hojas del proyecto en el que he estado trabajando, y para el cual he venido aquí en primer lugar. Y, para ocupar las hojas del cuaderno que han quedado en blanco es que me he puesto a escribir esta narración.

Un tazón de café doble no llega a ser suficiente para mantenerme en apropiada vigilia, pero al menos mi somnolencia forzada por el paro de empleados de la aerolínea local —mi partida estaba programada para hace cinco horas— adormece la impresión que tengo en este momento acerca de mi situación. Así evito con relativo éxito el recriminarme injustamente que he tomado la decisión equivocada y venido a perder el tiempo a un lejano país buscando algo que no existe.

Bueno, que *tal vez* no existe, puesto que el que uno no pueda observar algo no significa que no exista. Y, en mi caso, ese «algo» es un bar.

Cuando estaba en mi país leí un breve artículo en internet acerca de un bar que estaba en esta ciudad, pero que no podía ser hallado si se lo buscaba, y al que sí, en cambio, se podía llegar por accidente, esto es, inintencionadamente. Sí, tan increíble como suena, nadie sabía dónde quedaba. No había una dirección registrada, ni una ubicación en algún mapa. Sin embargo, ese bar existía; era real, según los testimonios de varias personas que habían estado allí. En todos los casos documentados —informalmente y en la red—, aquellas personas se habían topado con el bar por casualidad, cada una en un sitio diferente de la ciudad, y luego, al pasar de vuelta por ese mismo sitio, el bar ya había desaparecido. Curiosa o sospechosamente —de acuerdo con la postura que se tenga acerca de la existencia de tal lugar—, aquellos quienes habían acudido al bar olvidaron su nombre una vez que se retiraron del mismo. Por este motivo, los investigadores fuimos quienes tuvimos que ponerle un nombre —o sobrenombre, mejor dicho— al bar. Para la mayoría, es el «Bar Fantasma», denominación que a mi juicio personal es la más apropiada. Pienso entre dos cabeceos prudentemente espaciados que yo le habría puesto el mismo nombre. Otro estudioso de esta leyenda urbana que además resultó ser aficionado de la computación lo llamó «Bar 404», es decir, «bar no encontrado»; los pocos escépticos que han decidido a analizar el caso lo suficiente como para llegar a elaborar una opinión fundamentada, por su parte, prefieren referirse al sitio como «el bar que no existe».

Mas las curiosidades del misterioso bar no terminaban ahí ni mucho menos. Una vez dentro, según los supuestos clientes, son ofrecidos, aparte de las bebidas que uno normalmente encuentra en ese tipo de

establecimientos, tragos y platillos estrafalarios, incluso bizarros. Un cliente recordó haber visto escrita en una pizarra colgada en una pared de ladrillos sin enlucir en medio del salón una oferta de dos por uno en «huevo frito líquido pasteurizado». Al otro lado de la barra, enmarcado en un cuadro como si de una fotografía histórica se tratase, alguien mencionó una publicidad de gelatina dorada de hongos. También hay asentadas referencias a cerveza sin sal, a perfume de nabo destilado, a esencia de caracol con vodka, a café de merengue a la madera adobado con jarabe de apagón y a algo a lo que llamaban «vino pizzero». Por otra parte, un testigo mencionó el uso de vasos «ecológicos» cónicos hechos de papel de diario, en los cuales se podía servir cerveza sin que el vaso se mojara y se deshiciera, derramando el precioso líquido. El mismo testigo declaró además que había preguntado a un camarero cómo era posible que el vaso mantuviera su integridad física, a lo que le fue respondido algo que el sujeto posteriormente «olvidó», pero que en mi opinión no debe tener más misterio que un simple truco de magia. Inoportunas fallas en la memoria de los supuestos asistentes, como la antes mencionada, y otros inconvenientes igual de convenientes eran el combustible que alimentaba el escepticismo generalizado de aquellos que se enteraban de la leyenda, amén de, por supuesto, el carácter por demás inconcebible e irreal del bar —más propio de un cuento fantástico creado por la mente de alguien con mucha imaginación (podría ser que la idea de un «Bar 404» se le haya ocurrido a un individuo mientras viajaba en colectivo, y que luego, a partir de esa idea, él hubiera comenzado a tejer una historia que la justificara como una araña teje una trampa sedosa en la que algún incauto ha de caer), o de,

desde luego, una oscura y poco conocida leyenda urbana de una ciudad lo suficientemente grande como para que ocurran esta clase de cosas o para que alguno de sus habitantes pueda inventarla y luego ofrecerla a sus congéneres y dejar que se propague lentamente, sin prisa—.

Sea como fuere, y continuando con mi relato, hace exactamente cinco meses vine a este país y a esta ciudad a investigar por mi cuenta el fenómeno (algo más arriba me incluí arrogantemente dentro de los «investigadores»). Y sé que debería dejar pasar algo de tiempo antes de sacar conclusiones, pero siento, mientras me veo deslizar lentamente hacia la impaciencia extrema con el conjunto de empleados de la aerolínea, siempre encorvado de medio sueño y de cara al tazón vacío, donde un exiguo remanente de café que ignorando las leyes físicas no ha llegado a ser escurrido hacia mi boca dibuja una sonrisa inocente desde su fondo, que en ese momento me creía preparado para hallar respuestas cuando la realidad era otra. Sin manejar el idioma del país más que para chapucearlo al tratar de pronunciar sus peculiares consonantes —aunque siendo capaz de entenderlo moderadamente bien por escrito, y siempre y cuando no tuviera que lidiar con su extenso e intrincado sistema de conjugaciones, pero quién soy yo para criticar la gramática de idiomas ajenos—, sin tener un contacto o un conocido en la ciudad que pudiera darme un consejo o una sana advertencia y, una vez aquí, sin saber cómo ni dónde empezar a buscar... suena como obra de un capricho. Y quizás lo haya sido: hace exactamente cinco meses yo me hallaba en un punto de mi vida en que estaba listo y dispuesto a salir a buscar una aventura; no lo pensé mucho y simplemente vine a este país a indagar por mi solitaria cuenta un misterio

experimentándolo por mí mismo —o así me proponía resolverlo—, igual que el resto de la gente en mi país y en cualquier lado decide ir a algún sitio lejano y desconocido de vacaciones. No, yo anhelaba mucho más que ir al extranjero a recorrer paisajes únicos o atípicos, tomar fotografías, impregnarme de las costumbres locales tanto como el tiempo y el interés por dichas costumbres me lo permitieran, y al cabo de un tiempo estipulado de antemano regresar con agradables recuerdos en la valija. Mas tal vez no había elegido mi destino del todo bien; tal vez debí haber elegido otro misterio sin resolver, no necesariamente uno demasiado conocido, pero sí más... «mundano», podría decir; esto es, que no sea de una naturaleza tan increíble, un desafío tan grande a la capacidad de comprensión de un simple individuo allende el océano (que, sin embargo, se llama a sí mismo «investigador»...); un enigma frente al cual uno pueda armarse apropiadamente de experimentos y estudios. Pero no lo hice y, para ser honesto, tampoco lo he considerado siquiera; en mi elección quizás tuvo que ver —debo admitir— una combinación de excesiva confianza y de subestimación del trabajo a realizar, porque, si la solución del misterio hubiera sido fácil de alcanzar, ¿no debió haber sido propuesta y aceptada antes de que yo decidiera viajar? Todo ello le puede suceder a cualquiera, y por eso concluyo a medias que no debería ser tan duro conmigo mismo.

Entonces, hace cinco meses yo me encontraba en esta misma cafetería de este mismo aeropuerto, haciendo las primeras anotaciones en un cuaderno de viaje que esperaba llenar de datos, información, deducciones e hipótesis, con el mismo tazón de café compañero sobre la mesita cuadrada.

Antes incluso de viajar, y como una preparación para mi detectivesca aventura, recorrí exhaustivamente los *blogs* y sitios web donde habían quedado asentados los pocos testimonios que existían —la mayoría de ellos recogidos y a medio compilar por investigadores pioneros, y comentados por ellos también—, y proseguí mi búsqueda con una minuciosidad que me era desconocida hasta a mí mismo en páginas de redes sociales, a la pesca de comentarios o reflexiones acerca del misterioso bar, y registré los que me parecieron relevantes. Tuve dificultades para comprender algunos de los mensajes, dado mi relativo desconocimiento del idioma y en particular de su jerga urbana y a la poco colaborativa laxitud gramatical y ortográfica de la mayoría de la gente. Envié correos electrónicos a los dueños de los *blogs* y respondí comentarios en foros y páginas web —generalmente haciendo una pregunta o pidiendo más detalles de lo que fuera que hubiera contado un autor—, pero no conseguí ninguna respuesta remotamente satisfactoria. De hecho, un sujeto me mandó a hacer algo mejor con mi vida en vez de andar preguntando cosas que «no tienen sentido»... o algo así; nuevamente, suele no ser sencillo traducir mensajes escritos imperfectamente.

Ya ves que no le hice caso, como tampoco hice caso al hecho de que la información más reciente disponible llevaba ya más de dos años descansando en la red. Respecto de esto último, me limité a hipotetizar que simplemente no había habido novedades del caso dignas de mención, o que probablemente los interesados en él se habían resignado a someterse a la antojadiza voluntad que el bar exhibía al elegir a sus visitantes, y no quise pensar que el bar pudiera haber cerrado, aun habiendo una multitud de causas posibles

para el que quiera imaginarlas... De todas formas, si hubiera pensado tal cosa, habría tratado de hacerme cambiar de opinión a mí mismo, diciendo que un bar de características sobrenaturales como aquel, de existir, podría ser resistente a las crisis económicas que, según se dice, afectan a este país constantemente, o que ninguna montaña de impuestos de las que se quejan comerciantes y empresarios de aquí lo podría cubrir, o que sus dueños habían tenido dos años tranquilos, libres de problemas que les impidieran mantener el bar en funcionamiento.

Las noches previas al viaje me arropaba con toda clase de pensamientos al respecto antes de dormir. A veces trataba de ponerme en la piel de alguno de los «testigos», que se habían topado con un bar de fachada no necesariamente especialmente llamativa, y, por una corazonada, o quizás simplemente por un capricho espontáneo, habían entrado para darle una oportunidad al establecimiento, y se les había servido una experiencia inolvidable y surrealista en la forma de visiones alteradas por la iluminación ecléctica, de jarabe de apagón u otras bebidas cuyo nombre invita sólo a los valientes a beber, y de platos inexplicables, ideados acaso por la febril mente de un loco. Las traducciones que hacía a los testimonios que iba encontrando en la red, imperfectas como lo pueden haber sido, no me daban una idea del estado en que tales testimonios habían sido redactados. Pero yo elegía imaginar que nadie podía salir del misterioso bar indiferente o impávido, que la visita al «Bar 404» marcaba un antes y un después en cada cliente, para bien o para mal. Y que, tan única e irrepetible era la experiencia, que de hecho no se repetía, que, al querer regresar, los testigos no habían logrado reconocer la fachada. Y eso pensaba

insistentemente: ¿qué hubiera sentido si me hubiera dirigido a una dirección determinada donde creía saber que estaba el bar, sólo para no verlo? La primera reacción de uno sería ir y volver por la cuadra, despacio, buscando con la mirada el frente del bar y, al no tener éxito, preguntarse si no estaría uno equivocado, que la memoria ha tenido un pequeño fallo. Y uno suele ser lo suficientemente humilde para contemplar la posibilidad de una pequeña falla en la memoria, entonces, toma la decisión de recorrer igual de lento las cuadras aledañas, pues el bar no puede estar lejos de donde uno lo ha empezado a buscar. Pero no aparece, incluso si uno se detiene cada tanto y mira con atención las fachadas de *cada* local comercial, y esto es lo que incomodaría a cualquiera. Las preguntas no tardarían en acumulárseles a uno en la cabeza: «¿Cómo puede ser? ¿Dónde está el bar? Si he estado aquí hace un par de noches. ¿He olvidado dónde está?». Alguno no tardaría en esgrimir como posibilidad el que el bar haya de un día para el otro cerrado, pero los locales comerciales no suelen desaparecer sin dejar rastro: por un tiempo permanecen visibles las ruinas del negocio, generalmente el letrero; en ocasiones, el dueño saliente no se molesta en empapelar los cristales, y así, a través de la vidriera se puede observar el salón vacío y oscuro, polvoso y silente. Y en este punto, en que una búsqueda ampliada no da resultado, en que el bar muestra seriedad en su resistencia a ser encontrado, es donde la actitud de un cliente toma uno de dos caminos: o bien olvida el asunto y se resigna dócilmente a proseguir con su vida, sabiendo que se conformará con otro bar de los que en esta ciudad abundan por demás, o se obsesiona con el caso, y comienza a elaborar hipótesis más o menos formales o serias («¿Cuánto tiempo pasaría hasta

que empezaran a dudar de su sanidad?», me preguntaba no sin cierta frecuencia). Estos últimos eran los que, posiblemente aún bajo influjo de la emoción del recuerdo, relataban lo vivido («supuestamente vivido», dirían algunos, no lo olvidemos), y quienes posibilitaron que yo conociera el misterio y que, en lo que en momentos de desesperación he llamado «un arrebato de inconsciencia», me decidiera a investigarlo.

De modo que vine y, una vez arribado a este país, y después de conseguir alojamiento, mi primera medida fue tratar de contactarme con aquellos quienes afirmaban haber estado en el «Bar 404» para que volvieran a dar testimonio de lo vivido y para que yo pudiera hacerles preguntas personalmente, de modo de enriquecerme de detalles y datos que me fueran a ser útiles en la investigación. Incluso ya tenía preparadas algunas de esas preguntas que imaginaba podían surgir. ¿Qué estaba haciendo usted cuando se topó con el bar? ¿Estaba solo o acompañado? ¿En qué sitio lo encontró? ¿A qué hora del día ocurrió? ¿Cuánto tiempo estuvo? ¿Cuántas personas más se hallaban en el lugar? ¿Reconoció a alguien, fuera cliente o empleado? ¿Volvió al bar luego de esa vez? ¿Intentó hacerlo? ¿Algún conocido suyo ha ido también? ¿Tiene alguna prueba física de que ha estado allí, como un *ticket* o un folleto? ¿Una fotografía, quizás? ¿Ha tenido alguna sensación anormal estando allí dentro? ¿Ha visto ocurrir algo inusual, incluso paranormal, antes, durante o después de su estadía en el bar? ¿Qué es lo que más le llamó la atención acerca de ese lugar?

Con esa lista en la primera hoja del cuaderno de viaje fue que salí a investigar, sediento de respuestas. Era consciente de que, si buscaba por las bulliciosas y caóticas calles de la ciudad, con el tiempo irían

incrementándose las probabilidades de tener un golpe de suerte y encontrarme de pronto en el bar, o de que tarde o temprano habría de encontrar personas que supieran del fenómeno y que estuvieran dispuestas a hablar de él, como así también era consciente de que aquella iba a ser una auténtica búsqueda de una aguja en un pajar. Comencé inquiriendo en los pequeños bares añejos, típicos de la zona céntrica de esta ciudad, que es donde creí que suelen acumularse las historias extrañas (cuanto más lúgubre u oscuro el local, tanto mejor me parecía para mis propósitos), y mirando con atención los letreros en aquellos lugares por los que pasaba, en busca de alguna anomalía que habría de quedar en evidencia ante mis ojos, pero que una parte de mí temía no ser capaz de reconocer. Aprovechando la pericia en el consumo de bebidas alcohólicas común en las personas de mi país, durante los primeros días concurrí a todos los bares que pude, sobre todo por las noches, luego de extensas caminatas sin dirección fija, guiadas por mis ojos escrutadores; empezaba siempre por ojear nada distraídamente el interior del local elegido, y luego sentarme a la barra para tratar de dar charla al *barman* u ocupar un asiento lo más cerca posible de algún grupo de personas que se vieran como si conocieran historias de su ciudad; en uno u otro caso, fácilmente establecía una comunicación y me esmeraba por conducir hábilmente la conversación hacia donde me interesaba, impostando a veces una actitud atenta e interesada hacia mis interlocutores de turno, en especial si —como ocurría a menudo— no comprendía qué me estaban diciendo. Era todo un trabajo mezclado con diversión o, al menos, con emoción: la emoción de entrar cada vez en un sitio desconocido, saborear instantáneamente su fisonomía, recoger y probar con

los ojos uno a uno los detalles que hacían a su identidad o dejar que aquellos me sorprendieran primero, predecir o presentir si aquel era un buen sitio para indagar o si, por el contrario, lejos iba a estar de proporcionarme respuestas o pistas siquiera. Y luego, por supuesto, el degustar las especialidades de la casa, sin poder evitar hacer comparaciones con lo ya conocido por mí, fuera de mi país o de una experiencia previa en este; hallar sápidas sorpresas o insulsas decepciones burbujeando en un vaso de cristal que reflejara mi rostro siempre enigmáticamente expectante. Y, entre visita y visita, mezclarme con la multitud que iba de aquí para allá en esta ciudad de covachas y de perros con mil tareas o asuntos en la cabeza; verme rodeado de transeúntes que cumplían —como en cualquier urbe del mundo— con la infaltable rutina de ir a trabajar, de llevar a los hijos a la escuela, o de languidecer en las interminables filas para hacer trámites en las oficinas estatales, o que paseaban sin prisa, o que embutían sus vehículos en las estrechas calles del centro, o que acudían a los innumerables bares y restaurantes de la zona, o que se dirigían a la plaza o gimnasio más cercano a ejercitarse...

No tardé mucho en desanimarme debido a la falta de resultados. Entre quienes frecuentaban los bares y cantinas que visité, quienes no arrugaban el rostro ante la mención del dichoso bar por jamás haber oído hablar de él se reían en mi cara. «¿De verdad creés en esa historia?», me decían los últimos. Eso me sucedió unas tres veces.

Además de recibir no más que respuestas negativas, perdí las ganas de andar por las calles céntricas de noche. Cuando cae el sol detrás de los edificios de departamentos —imponentes los nuevos, agrietados y

sucios, cubiertos de hollín, los más antiguos—, las calles adquieren su peor y triste cara; la miseria se revela en toda su extensión; se hace carne en viandantes de todas las edades —a veces familias enteras—, de aspecto deplorable cuanto menos, que se zambullen en los contenedores de basura, que se arrastran por las aceras —sin rumbo algunos, tratando de ganarse la vida o, mejor dicho, la supervivencia otros—, que surgen de entre las sombras con cualquier objeto en la mano para asaltar a algún descuidado transeúnte, que se sientan en los umbrales o en las escalinatas de los edificios, o que permanecen de pie en un rincón, drogándose o bebiendo, o ambas cosas. Los veía a menudo en las cuadras que recorría a esas horas (y a veces también durante el día), a poca distancia de las luces de neón y de los semáforos, tras nubes invisibles de orina, y me resultaban tan ajenos como el resto de turistas que deambulaban por allí y que concurrían a los bares y restaurantes que cerraban al nacer los primeros rayos del sol de un nuevo día. Y en esas primeras semanas en que me alojé en un modesto hostel céntrico apretujado entre dos casas antiguas, de angostas proporciones y austeras comodidades, a las que no tuve dificultad en acostumbrarme —pues lo usaba principalmente para dormir después de mis largas excursiones—, tuve la fortuna de que nada malo me ocurriera, aunque las cosas de las que fui testigo me hicieron ver que hubiera sido mejor buscar un compañero de viaje; entendí que lo que hacen prácticamente todos los turistas que provienen de mi país —a saber, viajar con amigos o con la pareja— era una ventaja en términos de seguridad, aparte de toda otra consideración de índole social que por mis circunstancias particulares no me parecían relevantes o no aplicaban a mí.

No obstante, pese a estar un tanto desanimado por el pobre comienzo de mis investigaciones, no me di por vencido. «Ya aparecerán las primeras pistas», me decía todas las noches al regresar al cuartucho en el hostel, aferrándome a un optimismo nada insignificante. En un par de ocasiones, hasta creí soñar con el dichoso bar, pero incluso en mis sueños éste se mostraba elusivo: me veía en claustros que, detalles oníricos o surreales aparte, aparentaban ser *el* bar, pero no veía en ellos nada *raro*, nada que no cuadrara del todo en la realidad. Poco después, tras meditarlo apropiadamente en un bodegón frecuentado por veteranos hijos de inmigrantes, opíparo almuerzo mediante, decidí mudarme a un lugar más económico en un barrio residencial. Con esta medida esperaba poder ahorrar dinero —siendo que estaba claro que mi estancia habría de alargarse más de lo previsto, y que hay sitios aún más económicos que los hostales, como las casas de familia, donde por un par de *merkels* a uno le brindan generosamente techo y comida—, cambiar de aire, y ampliar mi búsqueda, llevándola a otros rincones de la ciudad. Así fue que pasé a ocupar una habitación en la casa de una mujer que ya tenía otros inquilinos bajo su techo. A éstos apenas llegué a conocerlos.

La primera noche que pasé en la casa de la mujer abrí el cuaderno de viaje, en el que no había llegado a completar tres carillas, y me senté a reformular mi estrategia y a hacer cálculos muy seriamente. La ciudad es demasiado grande para recorrer a pie todas sus calles con sus infinitos recodos, y el meterme a todos los bares era económicamente inviable mientras no generara ingresos por mi cuenta, aún en el caso de que fuera posible hacer aquello disponiendo de todo el tiempo necesario. Mientras tanto, hasta que del magín me

surgiera una idea innovadora, con el correr de los días me volví uno con el barrio, habiendo consumido con voracidad los detalles que hacían al todo en lo que a paisaje y a habitantes se refiere. Pensaba que si lograba captar una anomalía o discontinuidad en la realidad, ello me llevaría a una pista, o comportaría una pista en sí misma. De día y de noche caminaba las calles del barrio, explorándolas como mis antepasados lo hicieron con continentes lejanos y por entonces desconocidos, muchos siglos atrás, conducido hacia uno u otro lado por lo que mis ojos me permitían ver, detrás de lo extraño y de lo oscuro, si mi humor era descuidadamente aventurero, o con la cautela de un cazador o de un testigo en medio del bosque, si no me sentía seguro en algún lugar, pero generalmente con una impavidez innata y un optimismo escondido tras el ciego convencimiento de que quien busca termina por encontrar, lección grabada a fuego en mi mente desde pequeño, y pretendiendo guiarme por una brújula de intuición. Y no dejé de concurrir a los bares y establecimientos afines: habiendo dado por terminado mi ciclo de visitas en el centro, continué mi búsqueda en otras zonas donde se acumulaban aquellos.

Sin embargo, los días pasaban y nada que fuera memorable para mi proyecto ocurría. Sí conocí a mucha gente y me pasaron cosas muy dispares; fui bienvenido y casi echado de lugares, fui escuchado con suma atención e ignorado olímpicamente, fui tomado por sabio y por estúpido, por bueno y por idiota, fui agradecido calurosamente e insultado con horribles palabras hilvanadas en el momento. La gente aquí es muy mansa y pacífica, pero también impaciente y nerviosa; corre de un punto a otro o anda parcamente, sólo moviendo las piernas y dejando el resto del cuerpo

inmóvil; es sensible y compasiva con el más pequeño de sus semejantes o va cegada por el egoísmo, pisoteando al prójimo; es expresiva, original y ocurrente, como los artistas —quizás todos aquí lo son, cada uno a su manera—; es alegre, sincera, cínica y grosera —pero, sobre todo, ansiosa—, y suelen confundir la reserva con la malicia y la vehemencia con la sinceridad. Así las cosas, a fuerza de interactuar con dulces personas de buen corazón y con auténticas bestias bípedas que hablaban el idioma peor que yo fue que seguí aprendiendo a comunicarme y a moverme dentro de la ciudad. Y aprendí también a viajar de un punto a otro, a saber en qué rincones meterme y cuáles evitar, con quién hablar y con quién no. Y todo era muy útil para mí, e imagino que es el objetivo de cualquier persona que se decide a pasar un tiempo relativamente prolongado en el exterior.

Y cierta vez, oí a alguien en la calle decir: «Estas cosas siempre pasan cuando no las esperás». Volteé la mirada hacia la fuente de aquella frase, y vi que le hablaba a quien caminaba a su lado, pero bien pudo habérmelo dicho a mí. Más tarde ese día, meditando acerca de los no-avances de mi proyecto, se me vino a la mente lo que había oído y se me ocurrió que tal vez estaba encarando el asunto de la manera equivocada. Si aquella persona tenía razón, yo estaba haciéndolo todo al revés. Pero, si ello era cierto, «¿Cómo dar vuelta la estrategia para que quedara del derecho?», me pregunté.

En ese momento, la dueña de la casa donde me alojaba golpeó la puerta suavemente, pero eso bastó para hacer que mis pensamientos se desvanecieran en el aire sin dejar rastro, al tiempo que mis orejas se erizaban del susto. Abandoné mi cómoda postura para abrirle y que me pidiera que apagara la luz, que eran las

dos de la mañana y yo seguía despierto, meditando.

No sé si la oscuridad me ayudó a concentrarme más en mis cavilaciones, pero pronto recordé que todos los supuestos clientes afirmaron haberse topado con el bar «por casualidad», y que, al querer volver a él, no lo habían hallado. Eso significaba que no era posible encontrar el bar si se lo buscaba activamente, y concluí que, por lo tanto, la única forma de hallarlo era buscándolo sin buscarlo —esto es, *no-buscándolo*—. Porque, si bien es cierto que quien busca encuentra, también es verdad que no se halla a quien no quiere ser hallado.

Aquella sería una propiedad muy extraña de aquel bar, pero ¿por qué no podría ser cierta? ¿Sólo porque sonaba demasiado insólito, o porque no se conocía nada igual? ¿Y no era *todo el asunto* demasiado insólito, de todas formas, y no se conocía nada igual a aquel?

Esa noche decidí que, a partir de entonces, intentaría *no-buscar* el bar, más que nada porque sentía que ya no tenía alternativas, que todo lo demás había fallado, y que a una última esperanza había que aferrarse; mientras algo pudiera intentarse, debía ser intentado. Además, aunque en ese momento no lo había descubierto aún, empezaba a tomarle cariño a ciertas cosas en este país...

Antes de iniciar mi plan, sin embargo, surgía una pregunta obvia: ¿cómo se busca sin buscar? La respuesta más simple era que yo debía andar por la ciudad sin pensar en el bar ni en nada acerca de este nuevo plan, y que, tarde o temprano, me toparía con él. Pero, si bien en ese punto de mi estadía yo ya había dejado de observar con atención todo cuanto me rodeaba (de todas formas, uno nunca puede llegar a verlo todo de una vez), de modo que me permitía relajar la mente

durante mis caminatas, poner en práctica mi nueva estrategia resultó mucho más difícil que planearla, infinitamente más difícil. Al principio no podía dejar de pensar en lo que no debía pensar. Así, una parte de mí mismo parecía interferir con mi plan adrede. Con el correr de los días logré aprender a abstraerme en mis paseos sin rumbo por breves momentos, viendo sin ver por dónde andaba, ignorando todo aquello que pudiera absorber mi atención (salvo que pudiera ser importante, como un semáforo o los gritos y corridas de la gente). También dejé de ir a los bares, e incluso empecé a evitar los restaurantes, y me preparé mi propia comida con más frecuencia. Pero siempre que regresaba a la habitación que alquilaba tenía que reconocer que nada había cambiado, esto es, que nada había ocurrido, que el plan no estaba dando frutos hasta el momento. Tras un par de semanas sin ningún resultado, sentí perder las energías para seguir adelante con mi búsqueda. La señora de la casa, además, empezaba a recelar de mí; se habrá preguntado quién era ese extranjero que había llegado al país a hacer turismo fuera de temporada y por un tiempo excesivamente largo, que pasaba casi todo el día afuera, que regresaba muy tarde por las noches —en ocasiones, sobre todo al principio, montado en una nube de alcohol—, y que el poco tiempo que pasaba en la casa permanecía recluido en su habitación, sin hacer ningún ruido, como *no existiendo*.

Solía considerarme una persona que termina lo que inicia, y que no descansa hasta lograr su objetivo, pero las ganas del bar de huir siempre de mí ya me estaban derrotando; ya veía más claramente el rostro del fracaso, y en él se volvía cada vez más nítida una mueca burlesca y cruel...

Y, para empeorar las cosas, mis bolsillos ya enflaquecían peligrosamente. Pedí dinero a mi padre, pero él, no comprendiendo qué hacía yo todavía en este país, rápidamente expresó sus reparos. Yo no cedí tan fácilmente y terminamos negociando: logré después de una extensa discusión telefónica que me enviara lo suficiente para mantenerme por un mes más (alquiler y comida), y a cambio yo prometí usar el dinero que me quedaba para reservar el vuelo de regreso.

Apenas mi padre colgó el teléfono, yo me acosté en la cama y procuré idear un último plan para atrapar al huidizo bar. Buscarlo no había resultado, no-buscarlo tampoco, nadie había sido capaz —o no había deseado— colaborar con la búsqueda... Aún quedaba una sola cosa por hacer.

Salté de la cama y reservé el primer vuelo disponible hacia mi país.

Eso ocurrió ayer mismo.

Y así es como llegué a esta situación, en la que ahora debería estar en pleno viaje de regreso a mi patria, pero no he podido embarcar debido a la huelga de los empleados de la aerolínea, que no permite que despeguen los aviones. Sólo resta esperar a que aquellos trabajadores se cansen de protestar y vuelvan a sus tareas.

Pero, de pronto, en el nublado y borroso espacio que de forma pasajera y variable se abre y se cierra entre mis párpados soñolientos, creo advertir una idea bosquejarse en el fondo del tazón —una idea enigmática y colorida que conscientemente no puedo descifrar, y que sólo puedo comprender al verla—. Ni bien su significado se me hace evidente, un deseo desesperado de capturar esa escurridiza idea y traerla a la realidad consciente me invade; mis extremidades empiezan a

temblar, y luego es todo mi cuerpo el que siento sacudirse; mi boca se ha congelado, lo que me impide emitir sonido alguno —lo que es bueno en tanto no provocará que llame la atención de la gente, pero a la vez es malo en tanto me impide expresar la profunda emoción que estoy experimentando—, y creo que mis ojos están cerrados, pero aun así veo, *veo cosas*. Veo un sendero de tierra gris que se abre paso entre espesos matorrales hasta el horizonte, que mi cerebro decodifica como la avenida por la que he venido al aeropuerto. Sí, mi mente se ha desconectado de mis sentidos —esto ha de ser una epifanía, como las que de vez en cuando, hace muchos siglos, tenían los pacíficos, sencillos y profundamente religiosos habitantes rurales de mi país!—. Entonces, mi visión me lleva a cierta calle de la ciudad. He pasado varias veces por ahí, en mis largas caminatas vespertinas, cuando la benignidad del clima y mis ansias exploratorias disimulaban mi decepción por no haber estado hallando pistas. Hay, en esa calle que mencioné, una pared oscura —parduzca o sólo del color del humo— y dos puertas de un verde acuoso, sin picaporte y siempre cerradas... salvo una ocasión en las que las vi apenas entreabiertas. Y esa vez no puse el ojo; no atiné a espiar el interior de ese lugar; ¿cómo puede ser que no se me haya ocurrido hacerlo? Y ahora me levanto bruscamente; debo ir a ese lugar; mi epifanía me lo dice sin palabras; debo acudir a ese sitio antes de que se levante el paro de empleados de la aerolínea y mi vuelo parta por fin.

Llego al lugar en cuestión. Me detengo de cara a las puertas verde agua, a ambos lados de las cuales se extienden metros cuadrados de pared sin ventanas, y pintadas de modo no uniforme, hecho que uno advierte al acercar la vista. Las estrechas puertas parecen

cerradas, pero hay entre ellas un espacio con la anchura justa para que un ojo pase a su través, y oscuridad plena al otro lado. Apremiado por las circunstancias, meto los dedos de una mano —que también caben en el espacio entre puertas—, y abro la puerta derecha, y luego, con la otra mano, abro la izquierda. Comienzo a comprenderlo todo; siento que ya lo sabía todo incluso antes de venir a este país. «¿Qué clase de persona pinta sus puertas de verde agua, y las paredes del color de la tierra quemada?», pienso. Era una señal tan simple, que me estaría sintiendo un imbécil de no estar preparándome para saborear el indescriptible éxtasis que suele acompañar a las epifanías. Mientras tanto, conforme las puertas se abren, la luz de la mañana se abalanza sobre la oscuridad de la estancia frente a la cual estoy, le da forma de nube y finalmente la disuelve. Entonces el sol se retira del cielo, y se encienden potentes luces azules en la misteriosa estancia. Caigo de rodillas, maravillado, extático; extendiendo los brazos por completo y me consagro a la *göttliche Barmherzigkeit* y a la *espirituosidad* del recinto.

«¿Y quién dice que un bar tiene que tener un letrado? ¿Es que acaso no pueden existir los bares secretos o los clandestinos?», *algo* piensa en mi mente, que ya no me siento dueño de ella, tal vez por haber abandonado la necesidad de una mente, que ahora sólo hay que vivir el momento.

Tras un solitario segundo, me pongo de pie y entro triunfalmente en el lugar. Los rayos azules y blancos que surgen de las esquinas atraviesan la penumbra que, de otro modo, sería absoluta. Muy rápidamente mis ojos se acostumbran a las peculiares condiciones de visibilidad, y así empiezo a distinguir, una a una, siluetas con forma humana, patas rectas y paneles que forman

mesas y sillas... y al fondo, un larguísimo mostrador — la barra, sin lugar a dudas—. Es el momento más feliz de mi vida. Mi arduo trabajo finalmente ha rendido sus frutos, por más que hayan tardado un buen tiempo en aparecer, pero bien que ha valido la pena todo lo que he vivido en los últimos cinco meses, y cada *peso* gastado ha servido para comprar este instante de suprema dicha, y no me quejo de nada. Avanzo con lentitud por el salón, dejando que más detalles del ambiente se materialicen: las luces de navidad alrededor de las mesas, la niebla a ras del suelo, una carta suspendida de un hilo transparente, la atmósfera cargada de aromas extrañamente familiares, mas no del todo reconocibles —flotan transitoriamente delante de mí el jarabe de apagón, el «vino pizzero», la esencia de caracol—. Suena una música extraña, de notas que se derriten en contacto con el aire y vuelan de aquí a allá aletargadas. Parece el interior de una nave espacial; casi puedo ver a los extraterrestres detrás de la barra preparar cócteles de otro mundo; de esta manera y sólo de esta manera aceptaría ser abducido por ellos.

Tomo asiento en la única mesa libre —una mesa de madera rústica pequeña y cuadrada, donde alguien ha dejado un tazón de café vacío—. Extraigo una servilleta del servilletero: tiene impresa la leyenda «Bar 404» en letras negras. De inmediato, una mano blanquecina y de largos dedos aparece frente a mis ojos, sosteniendo grácilmente un platillo con un objeto cónico, de superficie argéntea, lisa y brillante, que deposita delante de mí con suavidad. Giro un poco la mirada y hallo a una mujer joven vestida de blanco y marrón.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

La camarera me sonríe.

—Esto es un calamar lunar —responde amablemente y en mi idioma.

—Pero...

Adivinando mi pensamiento, la muchacha dice:

—Va por cortesía de la casa.

Profundamente conmovido, sólo atino a decir:

—Gracias, muchas gracias.

—Los agradecidos somos nosotros.

Tomo la cucharilla que han dejado junto a la taza de café y la hundo en el plato, y con un movimiento delicado y curvo de mi muñeca arranco un trozo de lo que *deben ser* las entrañas del calamar lunar: un racimo de grumos gelatinosos negruzcos. Muy despacio elevo la cucharilla, para evitar que la comida caiga, y abro la boca hambrienta de respuestas.

—Usted tiene un vuelo, ¿no es cierto? —me pregunta la camarera, quien no se ha apartado de mi lado, creí yo que para oír mi opinión de la comida.

Recuerdo el vuelo, y me mortifico. Las entrañas del calamar caen secamente sobre la mesita. Tanto lo he deseado, tantas cosas he hecho para llegar aquí, tantos kilómetros he viajado y a tanta gente he importunado, que el que deba marcharme prematuramente, sin oportunidad de empacharme con las particulares especialidades de la casa ni de henchirme de satisfacción por estar viviendo una experiencia sobrenatural, vedada a la gran mayoría de los mortales, se me antoja la mayor injusticia de todos los tiempos y de la vida.

—Sí —repongo entristecido—. Se me hace tarde...

La camarera mira a algún punto lejano.

—Los pasajeros ya están embarcando —observa ella.

Sus palabras causan que yo entre en una mezcla de pánico y desesperación. El éxtasis me ha abandonado

demasiado rápido, de una vez.

—No, por favor —y me pongo de pie para hablarle a la joven a la cara—. Sólo un minuto más.

Pero las siluetas humanoides comienzan a desdibujarse con prisa, y los haces luminosos se extinguen uno por uno.

—Señor, se le hará tarde y perderá su vuelo...

—No —insisto, cayendo de rodillas; me aferro a su delantal y luego a las mangas largas de su uniforme; luego echo un rápido vistazo a un lado, a la gente que se dirige aliviada e indignada por igual a las terminales—. Un ratito más, no quiero irme todavía, por favor, *göttliche Barmherzigkeit*, sólo un ratito más...

En el consultorio

Un miércoles por la mañana típico. Justo cuando abro el libro en la página ciento catorce, la doctora pronuncia mi apellido en voz alta. Me pongo de pie, cerrando el libro.

—Adelante —me dice al verme asomarme, desde dentro del pequeño consultorio.

La mujer, que estaría transitando la cuarta década de vida, cierra la puerta tras el intercambio de «buenos días».

—Ahí hay ganchos para que cuelgue su abrigo —dice, y con un gesto débil pero suficiente me muestra el rincón que se ha formado al ser la puerta cerrada.

—¿Me quito la camiseta?

—No hace falta. Sólo levántela hasta arriba —me indica hasta dónde con una mímica—, y acuéstese en la camilla.

Obedezco de inmediato y con inexplicable premura. La doctora prepara el aparato.

—Las manos en los costados.

A continuación, descubre mi canilla izquierda, y le unta una sustancia fría. La brocha también pasa por mi pecho desnudo. Mientras hace estas cosas, miro el reloj colgado en la pared detrás de mi cabeza, y por eso tengo

que echar ésta bastante atrás. Pero pronto me relajo, pues sé que, si mantengo mi ritmo cardíaco en valores normales, el resultado será positivo, y finalmente tendrán que certificar mi perfecto estado de salud. Para ello también decido asegurarme de respirar pausadamente.

—Va a ser sólo un minuto —informa la doctora, como si debiese tranquilizarme. Sus manos ligeras aprisionan suavemente mis muñecas y la canilla izquierda con tenazas metálicas. Por último, antes de comenzar con el estudio, adhiere ventosas a sitios estratégicos de mi tórax.

Quizás por alguna costumbre espero que el aparato señale el inicio de su actividad con sonidos mecánicos. Esto no sucede, y sólo me doy cuenta de que el examen ya está en curso cuando miro de reojo al aparato, y veo una delgada tira de papel emergiendo con ligereza a través de una ranura. El papel es recogido por la mano izquierda de la doctora, quien vigila de cerca el desarrollo del estudio.

—Ya está —anuncia por fin. Me parece que ha pasado exactamente un minuto. Retira las tenazas y las ventosas de mi cuerpo, y las coloca en un recipiente plástico, que seguidamente hace a un lado.

—Ya puede acomodarse la ropa.

Apoya sobre el escritorio blanco la tira de papel, y con una lapicera hace anotaciones médicas.

—A la vuelta lo verá el doctor Sirisky en un momento —agrega.

Me pongo el abrigo.

—¿Listo? ¿Es todo? —pregunto, algo sorprendido positivamente por la rapidez del asunto.

—Es todo.

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Tras salir del diminuto consultorio esperanzado por librarme pronto de este trámite, de regreso en la sala de espera alrededor de la cual se encuentran las puertas que llevan a los diferentes consultorios, hallo varias personas sentadas; no estaban allí antes de ser llamado yo. Sin tomarme el tiempo de reaccionar en mi mente al curioso hecho de que durante el breve lapso en que me ausenté de la sala de espera llegaron aquellos individuos, tomo asiento a una prudente distancia de ellos, en diagonal, cerca de uno de los corredores que llevan a la salida. Apenas presto atención al grupo —sólo observo que son cuatro y que están sentados todos juntos, aun habiendo dos hileras extra de butacas en la sala, como si de un único grupo se tratase—, y menos aún me interesa oír la conversación que tienen, y que mi aparición no ha alterado, o eso es lo que me parece. Tampoco me atrevo a intentar continuar mi lectura. El tal Sirisky puede aparecer a la puerta de su consultorio de un momento a otro. Es mejor estar listo, tomar el resultado y marcharme tranquilo. Supongo que estoy algo ansioso por irme más que impaciente: no es que tenga prisa, ni soy de los que perciben el más breve instante de espera como una inaceptable pérdida de tiempo; creo que mi deseo de marcharme lo antes posible responde a un rechazo innato y visceral —aunque bien soportable, pues jamás se ha manifestado con signos violentos— a los hospitales. Quizás es sólo falta de costumbre, puesto que son muy pocas las ocasiones en que he tenido que visitar un hospital, y nunca por un asunto de gravedad, y sí por motivos más universales, como realizarme análisis o vacunarme, y, en todo caso, la mayoría de aquellas visitas tuvieron lugar durante mi infancia y mi adolescencia...

La tranquila charla de mis congéneres interrumpe mi cavilación. Al echarles un vistazo, me convenzo de que no vienen juntos, y sí de que han coincidido por alguna razón en la misma sala de espera justo mientras yo era sometido al electrocardiograma, y por algún evento en apariencia nimio (tal vez han de ser atendidos por el mismo profesional, tal vez se conocen de algún lado) se han sentado en la misma fila de butacas, uno al lado del otro; sólo dos de ellos parecen ser de una misma familia, más precisamente una madre con su hijo, no por un parecido evidente en su aspecto físico, sino por la visible diferencia de edad entre ambos, y por la forma en que la mujer rodea con un brazo al niño, que tendrá unos quince años, apoyando tiernamente una mano sobre su hombro, mirándolo de tanto en tanto mientras habla:

—Él, por ejemplo, hace un tiempo viene quejándose de que algo en el pecho le molesta, que le duele un poco debajo de una costilla, pero el dolor va y viene. Entonces vinimos a ver al doctor, para que le revisara, pero apenas le palpó donde le dolía y dijo que no era nada y que, si le volvía a doler fuerte, que volviéramos a sacar un turno. ¡Claro, con lo fácil que es conseguir uno para una fecha razonable! Yo esperaba que no fuera nada, que con el tiempo se le pasara solo, pero un par de semanas después empezó con que sentía que la costilla se le movía, y que, cuando respiraba hondo, hacía además un ruido, como si se estuviera desacomodando...

—O acomodando —propone el jovencito. Tiene la cara ancha y las mejillas coloradas, pequeños ojos avellana y cabello castaño claro, brillante y prolijo; facciones que en su conjunto contrastan notoria y definitivamente con las de la mujer que le acompaña.

—Sí, da igual —prosigue la mujer—, eso no es normal. Yo lo sé porque creo haber escuchado ese ruido; es como un «clac», pero no sé qué lo hace. Y ahora no te molesta, ¿verdad? —inquirió, mirando de nuevo al joven.

El chico niega ligeramente con la cabeza, y añade:

—Desde anoche no siento que se quiera mover.

—Ah —murmura la madre.

Me parece que ella deseaba que el chico hiciera una demostración, haciendo sonar la costilla o lo que sea que le preocupa frente a los presentes. Pero lo mejor sería guardarse el truco para cuando le atienda el médico.

—Algo así me pasa a mí —interviene otro de los concurrentes, un hombre que no debe haber llegado a los cuarenta aún, pero cuya edad me es difícil de estimar—. Con frecuencia me dan horribles dolores en el abdomen, como si me estuvieran aplastando las entrañas. Me pasa sobre todo los fines de semana, después de comer, cuando quiero descansar; el dolor me paraliza; siempre termino cayendo al piso o, cuando puedo, sobre la cama, y la pastilla tarda demasiado en hacer efecto... Es peor si estoy solo; me tengo que arrastrar para alcanzar la pastilla y tomarla (la conocen, ¿no?, la pastilla para el dolor de panza), y echarme a esperar a que surta efecto...

—¿Y ya se hizo atender por el médico? —pregunta la madre del jovencito de la costilla movediza.

—Sí, varias veces —responde el hombre, y carraspea ruidosamente—. Ya me palparon el abdomen, y nada, «todo normal»; ya me hicieron ecografías, pero no encontraron nada. Hasta me querían hacer una resonancia, pero sólo había turno para la noche, y les dije que no... Al final me recetaron una pastilla; me

dijeron que la tome... El punto es que el mes pasado tuve otro de esos episodios; el dolor no se iba, no se iba, pero por suerte me quedé dormido. Cuando me desperté, todavía me dolía un poco, y por eso decidí pedir un turno. Pero hoy no me duele, así que no sé si van a encontrar el problema...

—¿Hace mucho tiene ese problema?

—Hace varios meses. Fue un tiempo después de que me extirparan la vesícula; no sé si tendrá algo que ver...

La cuarta persona, una mujer de mediana edad, vestida con cierta elegancia, está a punto de dar su testimonio, pero me doy cuenta de que me estoy dejando distraer por una tertulia ocasional que no me incumbe en lo más mínimo, de modo que aparto la vista del grupo de inmediato. Aquellas personas probablemente estén condenadas a regresar una y otra vez al hospital, si es que no encuentran solución a los problemas que afirman tener, o si estos no se solucionan por sí mismos, espontáneamente o por un guiño de la fortuna. Yo, en cambio, estoy aquí prácticamente por obligación o, al menos, no por voluntad propia, y sí por una exigencia burocrática laboral. El estudio que me acaban de realizar es el último de los que me exigieron; lo único que me queda por hacer es recibir el resultado, y hoy mismo, de ser posible, entregarlo con los resultados de los demás estudios a la doctora Grau para que certifique mi perfecto estado de salud. Y estoy completamente seguro de que esto será así no sólo por mi historial de buena salud —afortunadamente contadas son las ocasiones en que he enfermado, la última de las cuales ha sucedido hace años, y apenas se ha tratado de una gripe que se solucionó en cuestión de un par de días—, sino que, desde que me informaron que debía hacerme los estudios médicos, he procurado

mantenerme lo más sano posible, consumiendo alimentos saludables y variados, descansando apropiadamente y tomándome un rato al día para salir a caminar. Quizás se pueda decir de mí que fui demasiado precavido; sería cierto, pero no me gustaría recibir una desagradable sorpresa en los resultados de los análisis. Por eso estoy tranquilo, y si mis dedos tamborilean sobre la cubierta del libro como los sorprendo ahora, no es por nerviosismo, sino por una ligera impaciencia. Después de todo, si a las personas que ocupan conmigo la sala de espera, y que están aquí por evidentes problemas, se les dice una y otra vez que no necesitan especial atención, icon más razón cabe esperar que me dejen ir rápidamente! Incluso, si frente al tal doctor Sirisky, sólo para estar seguro, adopto una postura firme y unas maneras seguras y confiadas, icon sólo mirarme por un segundo él sabrá que estoy perfectamente bien de salud!

Por lo pronto, yo ya he prestado mi organismo a la corporación médica para que lo analicen; una vez que el último resultado esté en mi poder, inmediatamente lo pondré en las manos indicadas y me desentenderé de todo el asunto hasta recibir la noticia de que todo ha salido bien, como debe ser, cosa que considero no ha de tardar demasiado, pues no imagino que el circuito de los resultados y del veredicto de la doctora dentro del esquema burocrático sea exageradamente largo, y aún si así lo fuera, no creo que los papeles se demoren demasiado en las instancias por las que deberán pasar. Pero, incluso si, por alguna razón de las que podrán hablar tanto médicos como administrativos, el procesamiento de mis resultados se demorara más de lo previsto o de lo deseado, yo podré seguir trabajando.

El doctor Sirisky me llama.

—Entre, por favor.

—Con permiso.

Paso a su lado con firmes zancadas y, sin esperar a que así me lo pida, tomo asiento. Sirisky permanece de pie, del otro lado del escritorio, con el pequeño sobre que contiene la tira de papel en las manos. Sobre el mueble distingo, entre otras cosas, la lista de pacientes del día (unos diez, contando muy rápidamente; debajo del último nombre, el galeno ha hecho anotaciones), un recetario, y tres bolígrafos, cada una con un logo farmacéutico distinto.

El consultorio es tan diminuto como el anterior; apenas hay lugar para la camilla que tengo a mis espaldas, el escritorio y las dos sillas. Las paredes son altas y sin ventanas, por lo que la iluminación, ahora que la puerta ha sido cerrada, queda a cargo de una potente lámpara que cuelga del techo. El cielorraso permanece en penumbras.

Mis ojos se posan en el doctor Sirisky. Su rostro se encuentra (él sabrá desde hace cuánto tiempo) surcado por profundas arrugas. El cabello corto, apenas desprolijo, ha empezado a perder color a los costados, arriba de las orejas. Un par de penetrantes y gélidos ojos celestes cuelgan de un ceño siempre fruncido.

Sirisky extrae del sobre el resultado del estudio. Despliega el papel, que llega a medir un metro, y lo examina con la mirada de izquierda a derecha, leyéndolo. Miro la única línea negra, hecha de picos y rectas, que viaja de un extremo a otro del papel, sin comprender qué significa. En tinta azul, la doctora del consultorio de a la vuelta ha agregado marcas con letras latinas. Sirisky mueve los labios, sin que ninguna palabra o sonido salga de su boca. Una vez que concluye, dobla el papel múltiples veces (no necesariamente de la misma

manera que su colega), tras lo cual lo inserta con cierta brusquedad en el sobre. Sin embargo, pronto cambia de opinión, y vuelve a retirar el papel. Algo se le ha ocurrido. Sigue la línea negra con la mirada severa y glacial, sin mover los labios. Exhala ruidosamente por la nariz el aire de sus pulmones, y pone el papel dentro del sobre una vez más. Busca mi nombre en la lista (descubro que soy el tercer paciente del día), y hace un garabato en un espacio libre de la hoja. A pesar de la espantosa caligrafía del médico, llenas sus letras excesivamente altas de contornos de glóbulos aplastados (pero quién soy yo para criticar la escritura ajena) que, además, veo rotadas ciento ochenta grados, descifro parte del texto. Comienza éste con una gran T de «Tiempo»; le siguen otras dos palabras más cortas (la primera es «de», estoy seguro) y, a ellas, un «dos días».

Sin dejarme amedrentar por la incertidumbre, respiro hondo, esperando el final. El doctor Sirisky sólo tiene que entregarme el sobre firmado y sellado —una sola palabra suya, y todo estará terminado; lo único que me separa de la feliz finalización del trámite, lo que más se parecería a un obstáculo para su consecución es el visto bueno del doctor respecto del estudio—. En lugar de ello, el doctor Sirisky tacha con una enorme equis el anverso del sobre, y me mira fijamente a los ojos; no obstante, no advierto en él una intención clara de decirme algo. Entonces un dolor agudo se manifiesta en mis riñones repentinamente. Sentiría lo mismo si dos gruesas agujas me perforasen la espalda (a la altura correcta) desde atrás. Me doblo de dolor en la mullida silla. Sirisky no se inmuta. Me ha sido imposible adivinar el significado de su mirada extremadamente seria. Tengo cerrados los ojos, y separados y deformados los labios. Caigo de rodillas ante el escritorio; al

hacerlo, mi frente golpea el borde del mueble. Oigo los claros secos pasos del doctor Sirisky yendo hacia la puerta, el picaporte siendo girado, la presencia de otra persona del otro lado. Dirijo mi vista hacia dicho individuo, el cual resulta ser una enfermera. Lo que llama mi atención respecto de la primera imagen que tengo de ella son sus antebrazos alzados, sus manos enguantadas en látex, sosteniendo instrumentos médicos que nunca he visto (o que sí he visto, pero que me son irreconocibles en medio de mi repentino padecimiento), lista para actuar: el barbijo puesto, la mirada fría y quieta, profesional, el cabello mal recogido, la postura impecable, más semejante a una muñeca de porcelana que a una mujer.

—Vaya con la enfermera —ordena el doctor Sirisky desde el estrecho espacio comprendido entre el escritorio y la puerta.

Aúno fuerzas y me levanto como si tuviese que demostrarles al doctor y a la enfermera que puedo solo, que fuerzas no me faltan. No logro erguirme por completo, sin embargo. El sufrimiento físico domina la traslación de mi cuerpo por el consultorio de tres por tres metros.

La enfermera se hace a un lado para dejarme traspasar la salida del cuarto. La veo de reojo, a la caza de una reacción humana en su faz inmóvil. En vez de eso, atrapo a Sirisky en una estrecha mirada entregando a la mujer una hoja de papel.

—Sí, llévenlo. El... ya... *ya está* —dice Sirisky, con tono de conclusión.

La enfermera cierra la puerta, dejando al doctor dentro del consultorio.

—Suba a la camilla —me ordena antipáticamente.

Aturdido por un dolor que ya se propaga por todo mi abdomen, atacando en forma conjunta ahora al hígado y al estómago, no he reparado en la presencia de la camilla. A partir de ese momento es cuando me vuelvo incapaz de continuar la narración, aquejado de dolores que se vuelven indescriptibles, aterrado de sentir mis vísceras hinchadas (¿ya a punto de estallar?), alejándome más y más de lo que una vez fue la tranquila certeza de recibir el resultado en mis manos, y entregarlos a la doctora Grau para que... para que...

El Hombre Doble A

Cierta vez —no hace mucho, a decir verdad—, conocí a un hombre muy peculiar. Es tan normal como lo puede ser cualquier hombre que anda en sus treintas, y tan común y corriente como lo es la gente que ves en la calle... salvo por un pequeño detalle, uno pequeño, pero muy significativo.

Una vez pensé que su destino estaba marcado desde el instante mismo de su concepción, la cual, por lo que explicaré más adelante, podría estar signada por un perturbador misterio. Sin embargo, si esto no es así, es decir, si no nacemos predestinados a una tarea en particular, entonces uno podría pensar —y yo mismo lo he considerado también— que posiblemente la suerte de nuestro protagonista haya sido decidida de manera acaso irónica en el momento mismo de haber sido registrado como persona.

Sus padres lo llamaron Aarón. Aarón Achával es su nombre completo; no le pusieron segundo nombre, cosa que, como sabrás, no es lo más usual.

AA-rón, con doble A, y sus iniciales son A.A. (doble A también).

Nuestro amigo transcurrió su primera infancia como lo haría cualquier niño nacido en una familia de clase

media de esta ciudad, o eso es lo que él dice, y yo le creo. Y, nuevamente según él, esto fue así hasta el día que él descubrió algo acerca de sí mismo que lo hacía diferente a todos los demás.

Sólo él sabe exactamente cómo sucedió. Lo que puedo transmitirte es que, cierto día por la tarde, del lado de la primavera en que las temperaturas definitivamente ya se elevan, recordándole a uno la proximidad del estío, poniendo a resguardo el pellejo de los friolentos, nuestro amigo contemplaba el diligente correteo de las hormigas en el patio cuando notó que tenía sed y que su lengua se empezaba a cubrir de parches de espuma, al tiempo que su piel blanquecina tomaba un tono rosado. Sin sentirse agobiado ni sofocado, el joven Aarón exhaló un volumen de aire por la nariz, que se cebó sobre uno de sus antebrazos. Y lo que él sintió fue una diáfana nube refrescante posándose sobre su piel, acariciándola. Fue para él una agradable sorpresa: cuando su cuerpo estaba caliente, y esperaba lanzar sobre su propio brazo un poco de aire cálido en una exhalación liberadora, percibió un leve frío que le recordó a la apertura de una heladera o de un freezer, o a una bocanada de aire expelida por un equipo de aire acondicionado. Lejos de exaltarse o de perturbarse por lo que acababa de ocurrirle a su propio organismo, el niño se maravilló: ¿cómo era posible que saliera aire fresco de su interior, con el calor que tenía? Normalmente lo contrario ocurre, al menos en estas latitudes: el aire que uno inhala está relativamente más frío que el que exhala, incluso en los días más agobiantes de verano (típicamente la atmósfera no es más caliente que el interior de uno); el cuerpo es rápido para elevar la temperatura de todo aquello que ingresa, sea aire, agua o alimento. Nuestro protagonista repitió

lo que acababa de hacer, obteniendo el mismo resultado: verdaderamente era capaz de emitir aire fresco. Sin embargo, la tercera bocanada que exhaló fue de aire caliente, como si hubiera perdido su habilidad en un parpadeo. Algo decepcionado, nuestro joven protagonista intentó repetir el misterioso milagro, sin éxito. En su emoción inicial había pasado fugazmente por su cabeza la idea de correr a contarle a sus padres, pero, habiendo desaparecido de pronto la capacidad de producir aire frío, evitó mencionar el hecho, e incluso se preguntó a sí mismo si no se había tratado de una alucinación.

Con el tiempo, no obstante, brevísimos episodios como el que relaté más arriba se reiteraron, no necesariamente con una alta frecuencia, sino más bien paulatinamente. Y luego de cada uno de aquellos efímeros momentos, nuestro amigo pensaba en lo que le ocurría a su organismo, tratando de buscar una explicación o una causa para su extraña habilidad. Eventualmente también le comentó a sus padres y a compañeros de la escuela lo que era capaz de hacer, pero los primeros no le hicieron mucho caso, creyendo que se trataba de una incomprensible o rebuscada broma infantil, y los últimos no estaban dispuestos a creerle sin que se les hiciera una demostración frente a sus ojos. Pasaron años hasta que nuestro amigo pudo comprender qué era lo que sucedía —para entonces, ya se hallaba bien entrado en la adolescencia, momento en el cual ya conocía su propio cuerpo, su funcionamiento y varios de sus límites, amén de haber tenido que soportar el mal trago de algunas exhibiciones fallidas— y explicarse a sí mismo cómo aquel fenómeno era posible, pese a que, en lo que a establecer su causa

respecta, se veía completamente incapaz de formular o esbozar siquiera una teoría.

Y esto es lo que le ocurría a nuestro protagonista: en pocas palabras, era capaz de refrigerar el aire que ingresaba a su interior, en especial si lo hacía a través de su nariz. Básicamente, tenía un aire acondicionado dentro suyo, por decirlo así.

Al principio, esto lo podía hacer solamente en momentos en que no era consciente de nada, cuando la cabeza le quedaba poblada de algún pensamiento vacío, desprovisto de sentido, o de los mudos y secos vestigios de una idea verdadera, y los ojos extraviadamente fijos en la nada que se esconde detrás del infinito —que *se implica* en él, digo yo—, con total ausencia de actividad en sus músculos esqueléticos, o cerrados, como cuando uno inadvertida e involuntariamente es transportado fuera de la realidad, hacia el mundo de los sueños; todo esto en contra de lo que algunos podrían suponer: que es necesario un gran nivel de concentración para ejecutar una técnica de ese tipo; y, lo que era más importante, siempre que no hubiera nadie cerca que pudiera atestiguar el curioso fenómeno. Sin embargo, con el tiempo, y muy de a poco, con tesón y sin desmayar, nuestro amigo aprendió a dominar su singular habilidad, pudiendo enfriar el aire de sus pulmones con cierto grado de conciencia, aunque tampoco podía permitirse muchas distracciones: si su atención se dividía en dos tareas diferentes de una cierta exigencia mental, su pecho podía pasar a convertirse automáticamente en lo que cierta gente execrablemente llamaría una «estufa humana». De modo que, una vez que se aseguró de saber someter su poder a la todopoderosa voluntad, se vio libre y feliz de enseñar a sus conocidos su habilidad, su don.

Sus padres, naturalmente, se asombraron sobremanera, pero en ningún momento se preguntaron cómo era posible que un ser humano pudiera enfriar el aire al inspirarlo en vez de calentarlo; no sintieron curiosidad al respecto, y tan solo se limitaron a recibir como una modesta bendición la habilidad de nuestro amigo. Él tampoco se atrevió a lanzar una pregunta acerca del tema, no sólo porque, como dije antes, no tenía idea de la posible procedencia de su poder, sino porque, además, tal vez en el fondo aquello no era lo importante —no tanto como el uso que pudiera dar a su habilidad—. Y yo tampoco quise darle ideas que le invitaran a la reflexión, temiendo que ello le implicara bucear en las profundas y oscuras aguas de los más viejos recuerdos infantiles, tan incomprensidos como nebulosos, o retrotraerse a la época previa a su mismísima concepción y descubrir un secreto que quizás no le incumbe realmente, o que por su bien no debería hacerlo.

Pues es conocido el caso de una mujer que quedó embarazada, según cuentan, sin haber tenido relaciones, y sí por medio de las vibraciones analógicas de un televisor antiguo que había en su casa.

Pero ¡ojo!, no estoy insinuando nada.

En la escuela, por otra parte, el joven Aarón se volvió inmediatamente popular. Su habilidad era todo un suceso, sobre todo cuando llegó la primavera y las temperaturas diurnas empezaron a elevarse, haciendo conveniente el tener a mano una brisa de aire fresco.

Al principio, cada vez que a nuestro protagonista se le pedía que hiciera «su gracia», él aceptaba de buena gana, incluso feliz de sentirse requerido y útil y, por lo tanto, importante; este sentimiento se incrementaba con la personalidad servicial, sensible, benevolente y

cándida de nuestro amigo, y se complementaba con la deslumbrada gratitud de aquellos a quienes él ofrecía su don. Sus padres se lo requerían amablemente —suavemente y con una dulce sonrisa, casi como quien pretende persuadir a alguien de que haga algo a lo que éste podría en alguna circunstancia negarse, casi como una invitación— toda vez que estaban aburridos y sentían deseos de presenciar de nuevo el misterioso fenómeno. Sus amigos de la escuela lo rodeaban durante los recreos, o se le ponían al lado en los momentos de ocio que rellenan las a veces insoportables horas de clase y, con los ojos abiertos de par en par y una mueca de hondo interés, le pedían una nueva demostración, o le *instaban* a que la hiciera. Y él sonreía de gusto, antes de proceder a inspirar hondo, haciendo entrar el aire por la nariz, retener el aire por un breve instante, y exhalarlo vuelto una corriente refrescante, ligera y sumamente agradable que, no obstante, era efímera, pues pronto se desvanecía en la calidez de la atmósfera en derredor de sí, lo cual llevaba ineludiblemente a requerir la repetición de la técnica. En esa época de juventud le empezaron a llamar «Doble A», por las iniciales de su nombre y por el hecho de que ya era conocido como «el Hombre Aire Acondicionado», apodo con el que no podía estar disgustado, pues no consideraba que hubiera algo malo en él realmente, pero que tampoco le simpatizaba precisamente. En su fuero íntimo, él sabía que, pese a toda la atención que recibía y la estima que se le tenía, ni él ni su habilidad eran imprescindibles... aunque igualmente cierto era que nadie más podía hacer lo que él. Sin embargo, con mayor frecuencia cada vez, se sentía un tanto forzado a interrumpir una comida familiar para soplar un poco de viento fresco a la mesa, y en las reuniones con

amigos tenía que hacer pausas de valioso tiempo para enfriar el ambiente, sin poder beber ni comer ni estudiar ni nada, tan sólo mirar los rostros aliviados y — sobre todo— complacidos de sus amigos en aquellas jornadas calurosas y sofocantes. A veces un alma piadosa encendía el ventilador o el aire acondicionado *de verdad*, mas con cierta frecuencia había alguien que prefería evitar el ruido o el molesto viento del ventilador, que dificultaban el trabajo o el estudio en casa, o ahorrar energía dejando el aire acondicionado apagado o encendido a una temperatura no tan baja como era deseable. Y así, nuestro protagonista no tardó demasiado en desencantarse acerca de las posibilidades de usar su habilidad para ayudar al prójimo. De hecho, no sólo se desencantó, sino que pasó a querer renegar de su poder y desconocer su habilidad, y aún más luego de toparse sus oídos con lo que dicen pretendidos gurúes de filosofías lejanas, quienes no comprenden el verdadero significado de las frases que ponen en sus folletos pseudoespiritualistas: «Sé inútil, para que nadie pueda aprovecharse de ti». Había comenzado a sentir su ayuda como un trabajo, como una carga, incluso como una odiosa obligación, odiosa justamente por ser obligada, por no nacer espontáneamente de su bondad, por *tener que* atender al pedido de sus seres queridos, aunque fuera por unos pocos minutos. Incluso si él no estaba ocupado cuando alguien se le acercaba y le decía amable y amistosamente «¿No prendés un poquito el aire?», se contrariaba. Había notado también el falso interés de quienes lo rodeaban, gente egoísta que era más amiga de su habilidad que de él, que sólo se acordaban de él cuando necesitaban de «su gracia» (una terrible y cruda verdad que tuvo que aceptar, si bien algo exagerada también, todo sea dicho), y que le habían

robado el nombre que sus padres le habían dado para sustituirlo por un apodo propio más bien de un artefacto que de una persona: «Doble A», y que, si él les manifestaba estar muy cansado u ocupado como para soplar aire frío, se enfadaban con él o pasaban a ignorarlo.

«Ahora entiendo a los genios —me dijo durante uno de nuestros últimos diálogos; a decir verdad, hemos conversado apenas unas cinco veces, pero los cimientos de nuestra relación, hechos de mutuo respeto, confianza y, sobre todo, de positivas primeras impresiones, se han constituido muy rápidamente—, a los que tienen un IQ de ciento ochenta o más. Pasan el día encerrados, leyendo o estudiando, sin ver a nadie, y la gente opina que eso es un desperdicio, que tendrían que usar su inteligencia en beneficio de la humanidad, inventando cosas, mejorando sus condiciones de vida o algo por el estilo. Pero claro, ellos en realidad quieren sentarse muy cómodos a esperar que los genios les lleven sus inventos maravillosos, y ellos quedárselos y no darles nada a cambio. Y yo me pregunto, ¿por qué un genio iría a usar sus dones para crear inventos que le faciliten la vida a un montón de ingratos desconocidos, que no van a entender lo que implica crearlos —las hermosas maravillas que son parte quizá necesaria, incluso imprescindible, del proceso— y, además, cuando nadie se los pidió? ¿Es que no son humanos, por más raros que sean? ¿No tienen sentimientos?»

Todo aquello me lo dijo como quien se siente al fin libre de expresar su sincera opinión —y yo lo entendí, pues él tenía un muy buen punto, y vamos, tampoco hay que ser un «hombre aire acondicionado» para sentirse (¡y ser!) usado—... Sólo que su par de últimas preguntas retóricas salieron con amargura. La

amargura de saberse usado, incluso explotado, de considerarse visto como una herramienta o una máquina —desprovista de voluntad propia, en cualquier caso— más que como un semejante... La decepción de ser llevado a un estudio de televisión a que haga su demostración frente a un público expectante y mirón, cual engendro de un circo posmoderno, decadente, para que lo sentaran en un gélido plató que un aliento de temperatura normal no podría llegar a entibiar ni en mil años, y después de la grabación tener que oír a sus padres hablar tras bambalinas con el conductor del programa y con sus productores, diciéndoles: «Vinimos desde muy lejos y gastamos mucho en los pasajes, ¿no podrían al menos darnos algo de dinero para regresar?». Las impertinentes miradas de los vecinos del barrio, que arreciaban sobre él desde todas direcciones cuando él salía de su casa, una vez vuelto famoso, que lo incomodaban —mudas como eran— al punto de perturbarlo, de hacerle olvidar el motivo de estar afuera para empezar; y sus constantes murmuraciones —aunque, en los hechos, generalmente tácitas, y muy probablemente malignas o malintencionadas, acaso hasta inquisitoriales— acerca de su extraña propiedad.

De modo que los años que siguieron a su graduación de la escuela secundaria nuestro amigo los pasó teniendo una vida *normal*, casi sin hacer mención de su habilidad, ni de hacer exhibiciones de la misma, salvo en ocasiones excepcionales, que requerían revelarse como un ser distinto a los demás, como caerle bien al jefe o a algún compañero de trabajo influyente o de alto rango, atraer a una mujer impresionándola o aliviar en secreto a un anciano acalorado del que se compadecía. Pero, pese a que se permitía emplear su habilidad en las

situaciones antes mencionadas, rehusaba dar precisiones al respecto cuando le eran pedidas, y se cuidaba de dar siempre respuestas poco satisfactorias, todo en aras de velar de discreción su maravillosa capacidad. Hoy tiene esposa e hijos, y cada tanto, en las cálidas noches de la primavera tardía o en las tórridas jornadas veraniegas les sopla un poco de aire fresco en la cara... Y es que nunca le ha dejado de gustar el sentirse útil, ni el saber que está haciendo algo bueno por otros. Después de todo, ¿a quién no le gusta?

Por no querer causarle molestias, evitando la culpa, nunca le pedí que me mostrara su habilidad. Él sólo me la enseñó el día que nos conocimos, suspirando un poco de aire fresco en mi rostro, y yo de inmediato le creí. Pero, quién sabe, bien me pudo haber engañado masticando un chicle de menta aquel día en esa sala de espera...

Practicando el idioma

Comencé estas últimas vacaciones tan entusiasmado; sin embargo, ya en el aeropuerto encontré las primeras caras de nada, sin vida, sin emoción, sin sentimiento. No es tan cierto que todos *ellos* son iguales, pero esa idiosincrasia que comparten (o que se transmiten de generación en generación) sí que los empareja, sí que los uniforma. En fin, después de probar el café local di un primer viaje en tren. Dentro del vagón, lo mismo que en el andén y que camino de la estación, encontré una multitud de rostros casi en blanco. Los que no estaban leyendo el diario o algún libro, o usando el celular, tenían la mirada fijamente perdida en el piso o en la nada. Eso me pareció una lástima, puesto que había estado deseando conversar con los locales; practicar el idioma estando por fin en su territorio, en situaciones «reales». Escogí por fin un sitio libre entre dos jóvenes, tomé asiento, y suspiré. Ninguno de los dos me hizo caso, tal como lo esperaba. «Puedo practicar por mi cuenta, después de todo», pensé, así que saqué del bolsillo de la mochila la libreta de notas y el bolígrafo.

¿Con qué empezar? Tenía ganas de escribir alguna frase que me fuera a servir durante mi estadía. Pensé

por un momento dándome golpecitos en el mentón con el bolígrafo. Me distraje dando a mis ojos la libertad de posarse en los carteles pegados por todo el vagón. Me detuve a los pocos segundos, cuando algo llamó mi atención: había un espacio vacío entre las puertas y una de las ventanillas. Se me ocurrió que tal vez allí solía haber una publicidad, y que la habían retirado recientemente, y que aún no habían encontrado otra compañía que quisiera colocar un cartel en ese vagón. «Hasta que eso suceda —pensé— deberían ocupar ese espacio con algo». Guardé la libreta y el bolígrafo, y me levanté del asiento. Observé brevemente el espacio libre de carteles; en él creí detectar restos de la substancia que hace adhesiva a la cinta adhesiva.

«Es mejor asegurarse de que nadie profane este espacio.»

Revolví el bolsillo en busca del marcador.

«Está bien que esta gente sea muy disciplinada y todo, pero es mejor no darle oportunidad de que arruinen este país tan lindo que tienen.»

Pensé también que hubiera sido una verdadera pena que alguien hiciera lo que la gente de mi país, que es adherir pegatinas ridículas en el transporte público, o escribir sus apodos o todo tipo de frases sin sentido con marcador indeleble... o peor aún, que algún ebrio orinara en el espacio libre.

Lancé un último vistazo panorámico a los demás pasajeros antes de empezar; estaban todos más quietos y mudos que el paisaje al otro lado del cristal. La idea estaba en mi cabeza; sólo tenía que traducirla en hechos. Comencé:

«POR FAVOR...».

Alguien se puso de pie y caminó hacia mí. Yo apenas lo noté, siendo que estaba ocupado arrepintiéndome de

no estar escribiendo más grande. Además, tenía que concentrarme en vencer las vibraciones y las ligeras y esporádicas sacudidas del tren.

Como era tarde para lamentaciones, continué:

«NO...».

—¿Qué cree que está haciendo? —me preguntó el tipo que ahora estaba parado detrás de mí, en su idioma, desde luego. Yo elegí no hacerle caso y seguir con lo mío.

—Le hice una pregunta. Responda —insistió el sujeto, muy educadamente pero también con firmeza. Yo justo estaba terminando de escribir, de manera que no tardé en dar media vuelta. Descubrí que prácticamente todos en el vagón se me habían acercado para rodearme.

—¿Dónde se cree que está? —oí de entre la pequeña muchedumbre.

—Odio a esos extranjeros que no respetan nuestro país, ni nuestra cultura —añadió algún resentido atrás.

—Tendrá que retractarse de lo que acaba de hacer —me advirtió severamente un hombre de aspecto empresarial y fuerte aliento a pescado.

En eso, el timbre y una voz a través del parlante intervinieron en la escena. «La próxima estación es Y*», anunció. Era donde debía bajarme.

—Bueno, idiga algo de una vez! —exclamó un pasajero, ya impaciente, además de molesto. Pero yo ya no tenía ganas de hablarles. Me hice a un lado, acercándome a las portezuelas, revelando el mensaje al resto de los pasajeros.

«POR FAVOR, NO ESCRIBA EN ESTE ESPACIO.»

Las puertas se abrieron, y salí por fin, con viento fresco, no sin antes echar una mirada de despedida a los impactados pasajeros, los mismos que después de

mirarse entre ellos regresaban a sus respectivos mundos personales, la mayoría con gestos de humillación o de vergüenza en el rostro.

Pisadas

Gracias a la apertura del cielo —tardía, pero aún a tiempo para mis intereses— pude comprobar que el sol estaba todavía relativamente lejos de ponerse. El exterior me recibió con una fuerte y gélida corriente de aire también.

—Bueno, al menos ya dejó de llover —dije.

Él asintió con un enérgico gesto y un par de palabras sencillas.

Nos despedimos, tras lo cual cada uno comenzó a andar en direcciones opuestas, cada uno con un rumbo propio, un destino particular. Me alegró el medio saber que en realidad era temprano; no había necesidad de apretar el paso o de andar calculando a qué hora estaría de vuelta en casa. Los rayos de sol, si bien se me antojaban débiles y tibios, ya habían comenzado a secar el pavimento. Sólo los arroyos y las hendiduras regulares en el piso permanecían como finos y largos rincones mojados y cubiertos de sombras. Las plantas que crecían a ambos lados de la calle tenían las hojas secas y los tallos húmedos.

Después de caminar un cierto trecho me topé con un gran charco. Se había formado por la acumulación de agua de lluvia en una depresión poco profunda en

medio de la calle. Instantáneamente tuve mi primer *déjà vu* en años; algo en ese gran charco me era extrañamente familiar. Naturalmente, evité meter el pie en el agua, aunque sin tampoco llegar a tomarme la molestia de esquivar el aura de humedad que rodeaba al charco, evidencia del paulatino retroceso de éste. Entonces noté que algunas huellas mojadas salían de aquella laguna en miniatura. Quien las había dejado se hallaba más adelante... y había metido los pies en el agua. A continuación, y para agregar a una situación que se estaba tornando misteriosa, me di cuenta de un hecho peculiar, no muy común que digamos: las suelas de las zapatillas que habían impreso aquellas huellas acuáticas eran iguales a las de las zapatillas que llevaba puestas. Sin embargo, no quise darle importancia a este hecho, y volví a mirar hacia adelante. Pero ¡oh, sorpresa!, tan pronto lo hice, divisé una figura reconocible unos metros por delante de mí, andando el mismo camino que yo. Su aspecto era digno de mención, cuando menos. El sujeto tenía el cabello del mismo color que yo, y peinado de la misma manera, el mismo modelo de suéter, el mismo pantalón y las mismas zapatillas; la misma forma de caminar y seguro que hasta la misma forma de mirar hacia adelante.

Sí, me pregunté quién podría ser esa persona. ¿Carne y hueso o espejismo? ¿Impostor o clon? ¿Sueño o realidad? Seguí mi instinto sin demora y corrí (lentamente) para alcanzar a esa figura andante.

Y cuanto más me acercaba, más me parecía que me estaba viendo a mí mismo, más conocía cómo soy visto desde atrás. Finalmente lo alcancé. Lo tomé del hombro para llamar su atención. Atento como estaba él, volvió la cabeza hacia mí de inmediato y me miró con mis propios ojos y con esa expresión medio rara que dicen

que tengo, sorprendido a pesar de mi lucidez y de mi rapidez de reflejos.

Le solté el hombro suavemente.

—Perdón, te confundí con alguien que conozco.

Apretando el paso, lo dejé atrás.

La reyerta

El doctor Gaspar Conde da clases de Física en la universidad a la que asisto por las tardes, en el aula doscientos dos. Es un viejo bonachón, de no menos de seis décadas de edad, según mis cálculos. Alto y delgado, el tono permanentemente bronceado de su calva y la corona de canas de un blanco purísimo —más que el de la leche— que la rodea evidencian una existencia no corta. Las tenues arrugas dibujadas en su rostro me hacen pensar que ha mantenido su contextura física a lo largo de muchos años. Tiene una voz constante y serena, propia de un hombre a quien la experiencia le ha robado el miedo y la sorpresa. Suele vestir camisa blanca y pantalón de vestir gris oscuro, que siempre termina impregnado de polvo de tiza.

Hoy tuve clase de Física con el profesor Conde. Empecé por despertar sobresaltado. Pensando en cosas de la vida, había dormido una siesta no programada. Me levanté de un salto, me abrigué sin pensar, le robé a la mesa un puñado de galletas, y salí. Corrí, caminé, y volví a correr; de alguna forma terminé llegando al edificio de la Facultad de... Sentí que entre el momento en que traspasé la entrada del este hasta el momento en que puse el pie en el primer piso había transcurrido

menos de un segundo. Al arribar al aula doscientos dos, sin saber la hora porque no había querido saberla, no halló mi mirada al profesor. Me sentí aliviado por ello (no debía ser muy tarde; el profesor solía entrar al aula quince minutos después de la hora establecida de inicio de la clase para esperar a los rezagados, de modo que razoné que dicho lapso no había terminado de consumirse) tanto como por ver que el asiento que ocupó siempre no había sido usurpado. Me ubiqué en la primera fila de un salón casi repleto, y solté un medido suspiro. Entonces me consideré libre de echar un vistazo al reloj para enterarme de la hora. «¿Las seis? ¿Es que de verdad pasó una hora?», me pregunté, alarmado e incrédulo a la vez, con los dos ojos abiertos de par en par. La clase debía haber comenzado a las cinco y cuarto...

Giré en mi asiento, y comprobé con lo que ya era horror que en realidad sólo la mitad de los pupitres estaban ocupados.

Le pregunté a la compañera que tenía a mi izquierda: —¿Y el profesor?

—No sabemos. No ha llegado aún. Recién fueron unas chicas a preguntar por él al Departamento de Alumnos, otros fueron a buscarlo a la sala de profesores... —y concluyó su informe encogiéndose de hombros.

—Gracias —le dije, y me acomodé en la silla.

Sin darme tiempo de preocuparme demasiado, tres jóvenes entraron, y una de ellas anunció desde el frente a los que estábamos dentro:

—Fuimos al Departamento de Alumnos, y ahí nos dijeron que no sabían nada del profesor, y que nada tenían que ver con él, y que no teníamos que preguntarles a ellos.

—Y nos trataron mal —añadió una segunda alumna, y se rio mientras soltaba las últimas sílabas.

—Y nos trataron mal —repitió, no obstante, la primera alumna, con el mismo tono neutral de antes.

Todos en el aula doscientos dos nos preocupamos. A más de uno se nos pasó por la cabeza que tal vez algo malo le había sucedido al profesor, impidiendo que se presentara a dictar clases. Pensé en ello brevemente, y luego en nada, mirando hacia adelante, hacia el pizarrón en blanco (o, mejor dicho, en negro). Varios minutos —no muchos— nos dejaron atrás antes de que los alumnos que se habían dispersado anárquicamente por los corredores volvieran a entrar. Una chica lo hizo a los saltos, exclamando «¡Ya vino! ¡Ya vino!». Otros estaban más bien decepcionados. Por fin, escuché la voz tan familiar diciendo «Entren, entren, por favor». Luego lo vi —sí, era el profesor!—.

—Me disculpo profundamente por el retraso —dijo él, ya de pie detrás del escritorio, sitio desde donde acostumbra presentar el tema del día—. Tuve un inconveniente. Pero ya está; vamos a comenzar.

El profesor abrió entonces su pequeña mochila, extrajo de ella el libro de ejercicios, y lo hojeó tranquilamente, sin prisa, buscando el primer ejemplo para mostrar. Su calmo proceder fue interrumpido por la irrupción de un hombre. Por algún motivo, lo primero que pensé de éste fue que tenía cara de francés. Tonto lo mío.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió con profundo enojo este desconocido, de tez clara, no muy alto en mi opinión, que vestía camisa blanca, y corbata y pantalón de vestir azul oscuro; cabello prolijamente peinado, sin pelada; bigote y anteojos de tamaño suficiente.

—Estoy dando clase en *mi* aula —respondió Conde, alzando la voz y articulando cada sílaba muy correctamente, para mayor claridad. Además, imprimió un ligero énfasis a la palabra «mi».

La tensión entre ambos docentes escaló muy rápidamente.

—Esta no es su aula; no le pertenece.

—No, pero yo doy clases en *esta* aula cada martes y jueves de cinco a ocho, ¡y se acabó!

—El Departamento de Planificación dijo...

—El Departamento de Planificación no dio una respuesta satisfactoria —interrumpió groseramente el profesor Conde—. Ni definida. No me asignó un aula para hoy, así que aquí estoy.

—No, aquí debemos estar mis alumnos y yo.

Sólo cuando el recién llegado, acompañando estas últimas palabras con un movimiento de su mano, indicó dónde se encontraban los alumnos, los vimos. Se habían aglomerado en derredor de la puerta, cuaderno en mano la mayoría de ellos, esperando el momento de entrar.

—Cuando me asignen otra aula, iré a dar clases en ella, pero, mientras eso no suceda, me quedaré aquí, donde siempre —afirmó el profesor Conde, y tomó una tiza para empezar a escribir, resuelto a dar su clase a pesar del reclamo de su colega.

—No, ¡esta aula es mía! —insistió este último una vez más.

—¡No; es mía!

El profesor de cabello y bigote negros dio media vuelta, resuelto a terminar con el tira y afloja de palabras dichas tensamente, y exclamó, pese a la corta distancia que lo separaba del exterior:

—Alumnos, ¡entren! ¡Los sacaremos de aquí!

Entonces uno, dos, tres alumnos ingresaron con paso decidido, como soldados. Sus demás compañeros de clase observaban todavía desde afuera, no del todo convencidos de acatar la orden. De a poco, algunos de ellos se sumaron tímidamente, creyendo que la determinación que intentaban mostrar lograría amedrentarnos, haciendo que liberáramos el aula. Pero los que estaban sentados más cerca de la puerta no se dejaron impresionar, y hasta recibieron a los invasores con miradas desafiantes.

—¡Vamos! —volvió a animar a los suyos el profesor intruso. Un nuevo contingente se agolpó en la entrada, y los soldados de la primera línea pidieron con mayor o menor educación, según el caso, que se les dejara lugar. Mis compañeros se negaron firmemente, y se aferraron a sillas y pupitres. Los invasores pasaron a exigir con vehemencia que vaciaran el salón; su comandante, exasperado por nuestra resistencia, perdió los estribos y amenazó a una de mis compañeras; de un manotazo tiró su cuaderno al suelo. Ese fue el detonante de los verdaderos disturbios.

—¡Deje en paz a *mi* alumna! —exclamó el profesor Conde, con nuevo énfasis en la palabra «mi», y abandonó su lugar entre el escritorio y el pizarrón para enfrentarse físicamente a su rival. Al ver que estaban decididos a trenzarse en lucha, los habitantes del aula doscientos dos nos levantamos por fin y acometimos contra los invasores; les arrojamos todo tipo de objetos que tuviéramos al alcance de la mano, y las propias manos también, por qué no. Nuestra violenta reacción obligó a los invasores a defenderse: la primera línea avanzó con patadas contra los que iban hacia ellos; desde atrás salían eyectados bolígrafos, estuches enteros, con sus útiles dentro, bollos de papel de

cuaderno, y gises velozmente sustraídos del pizarrón y del cajón del escritorio. Marcos, el geniecito del curso, quien se sentaba en el centro del salón, se paró en su pupitre, alzó la silla en la que se sentaba, y la arrojó al rincón, donde los invasores se concentraban. Estos resistían el ataque de los míos en el frente de la primera fila de pupitres, con la puerta a sus espaldas, en una lucha cuerpo a cuerpo a ciegas, de ojos cerrados y golpes sin destino certero. En el flanco derecho se encontraban los tiradores, los que disparaban tizas, bolígrafos, zapatillas y todo lo que cayera de su lado; por detrás ingresaba la retaguardia que arrolló al profesor Conde, haciendo que se replegara en el otro rincón, más allá del pizarrón. De paso, ayudaron a su comandante a incorporarse; acto seguido, levantaron entre varios de ellos el escritorio —mientras otros se ponían delante para tratar de cubrirlos del fuego de artillería de sillas— y lo lanzaron pobremente, descoordinadamente, a los defensores que se atrincheraban detrás de los pupitres. El escritorio y un par de sillas chocaron en el aire, y cayeron produciendo un estruendo infernal al golpear la primera fila de pupitres, de donde yo ya había huido. Por cierto, en cuanto a mí, había saltado de mi asiento con la intención de impedir que hicieran daño al profesor Conde. Con ayuda de compañeros, lo llevamos hasta el rincón. Al profesor no le importaban sus heridas en las manos y en una mejilla, ni parecía sentir dolor en el ojo que se le estaba poniendo negro, sino que, muy por el contrario, deseaba participar del combate, y trataba de zafarse de los brazos que lo contenían. Tras dejar al profesor en manos seguras, me uní a la batalla, enardecido mi espíritu por la situación que estaba desarrollándose. Empecé por darle un empujón a un joven que acababa de lanzar un borrador,

y antes de que él pudiera reaccionar, me escabullí como un ratón detrás de un pupitre. Ni bien lo hice, vi justo a tiempo a un invasor arrojando una regla hacia mí. El escritorio volteado lo protegía. Me agaché a puro reflejo, y sentí mi cabello siendo despeinado por la regla, que pasó silbando por encima de mí, llegando a golpear la pared. Alcé la cabeza; el muchacho empujado venía a buscar su venganza. Estirándome por encima del pupitre, lo empujé de vuelta con las dos manos. El pobre cayó hacia atrás, y con el cráneo le sacó al pizarrón un fuerte sonido. Me arrepentí en una fracción de segundo de lo que había hecho: había cometido una agresión desmedida. Pero no tenía tiempo de detenerme, y me retiré de encima del pupitre. Otros dos invasores corrían en dirección a mí. La expresión feroz en sus rostros me aterró, y comencé una huida accidentada hacia el fondo del aula. Los muebles se encontraban con mis piernas, clavándose en ellas si no les impedían el paso, al tiempo que chirriaban ruidosamente. De pronto, pisé sin querer un paraguas olvidado y polvoso. Lo levanté sin pensar —mis perseguidores ya alargaban sus brazos para llegar a asirme de mis ropas— y lo blandí. Tomé impulso, fijando la vista en uno de los jóvenes, y...

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz femenina, adueñándose del aire.

El aula doscientos dos se detuvo de inmediato, como por obra de un encanto. Bajé el paraguas muy suavemente. Por los siguientes siete segundos nadie dijo nada, y los muebles no hicieron ruido. Sólo nos quedamos mirando a la mujer que, de pie a la entrada, nos contemplaba con gesto adusto. Expirado el plazo, todos nos acercamos a ella, presentando nuestras quejas

y testimonios al mismo tiempo, alzando la voz, gritando, agitando los brazos y señalándonos con los dedos. La mujer no se inmutó; siguió mirándonos como si aún estuviésemos callados y quietos; cuando los empujones que los contendientes nos dábamos unos a otros fueron transmitidos hasta ella, nos detuvo en seco con un nuevo grito de vocales alargadas:

—¡Sii-leen-cioo!

Miré mi mano derecha. El paraguas ya no estaba, lo que me pareció muy extraño, ya que no recordaba haberlo soltado. Casi de inmediato lo encontré. Estaba en las manos de ese chico a quien había empujado dos veces; lo vi siendo tomado como a un garrote, lo vi viniendo hacia mí...

La clase entera rio; abrí los ojos de golpe. Me dolía la mitad de la cara, aunque no tanto como mi espíritu por el impacto. El profesor Conde interrumpió la marcha de la tiza sobre la madera del pizarrón. Comprendí que había despertado. Despegué la cabeza caída del pupitre con la cara ya ruborizada al máximo.

—Sólo fue... un mal sueño —murmuré, empezando a sentir un gran alivio.

—Eso quisiera —dijo el profesor, dio media vuelta y me miró. Entonces le vi el ojo negro, el corte lineal en la mejilla, la camisa salpicada de rojo sanguíneo.

Alguien

Rompe el día, y ya está despierto —es lo único que lo está en esta ciudad nuestra que, pese a que de ella se dice que nunca duerme, en realidad sólo es sonámbula, con los ojos permaneciendo abiertos todo el día, sin querer ni poder cerrarse—.

Vaga por las calles frías y brumosas de invierno, y por los bulevares ventosos y luminosos de verano, flanqueados por tilos, sin interés de entrar en casa, local comercial o edificio público alguno. En ningún lugar se le espera, justo como debe ser, y a ninguno de aquellos lugares pertenece. Siempre está de paso, nunca detiene su marcha; cruza los puentes en silencio y observa desde las alturas de balcones y terrazas seres atareados, en constante circulación, como hormigas en un terrario, enfrascados en sus labores y deberes rutinarios, tan distantes y empequeñecidos que le daría lo mismo estar viéndolos desde una nube.

Es *alguien* (pero este término es inexacto) que va sin dejarse ver; quizá no es posible que sea visto, quizás nadie es capaz de poderle ver. Pero se siente una presencia en las laberínticas callejas y en las anchas avenidas de nuestra ciudad, eso es indudable, por más que sea imposible para la gente darse cuenta de que ha

pasado. Es que allí por donde pasa no deja rastro físico de sí, y es —insisto— perceptible sólo para quien sepa prestar atención.

Así, por ejemplo, cuando vas al centro un día de semana para tus infaltables, ineludibles e insoportables trámites burocráticos, y caminás por sus estrechas veredas en hora pico, cuando las calles están atestadas de transeúntes y para avanzar debés abrirte paso entre la multitud, buscando el siguiente espacio para pasar, esquivando gente, también le esquivás, que le ves menos que a los demás. Y te esquiva a vos o, en el mejor de los casos, te cede amablemente el paso, indicándote (es decir, dejando que halles) por dónde ir. Pero no le ves porque no tiene rostro ni cuerpo ni hace ruido, ni proyecta sombra alguna pues es —tal vez— una sombra que se oculta tras las espaldas de los peatones y se entretiene con los vehículos sin poder ser jamás arrollado por ellos.

Si uno cree llegar a verle, se pierde de vista a la vuelta de la primera esquina, o detrás del primero que ande en dirección contraria, eclipsándose a sus espaldas, sin dejarse encontrar si uno, de todos modos, le sigue tras la esquina o se asoma detrás del transeúnte.

Si hace algún ruido al andar con sus pasos, o si dice algo, cualquier vibración del aire se funde en las caricias del viento, se envuelve en el murmullo de las hojas de otoño o de las copas de los árboles de primavera, o en el tímido arrullo del río, o lo ahogan las inconscientes voces de los sonámbulos que van de un lado a otro, o el ruido de los vehículos yendo igual de dormidos que los viandantes, sin rumbo fijo último, pero más rápidos, impacientes y ruidosos que aquellos.

Suele manifestarse, no obstante, a través de una sensación particular, comparable a la que se tiene al

percibir una presencia fantasmal, al creer que hay alguien a espaldas de uno, siempre repentina e inesperadamente, aunque otras veces se lo percibe con un débil —casi siniestro— escalofrío, sobre todo cuando uno está en soledad y en silencio, tranquilo, relajado.

Pero, más que sentirse su presencia, lo que se siente es su ausencia; por más que uno no sea consciente todo el tiempo de ello (pues, ¿cómo podría serlo?), hay una sensación de fondo, por decirlo de alguna imperfecta manera, que uno percibe cuando no se encuentra ese «alguien» cerca. Es un tanto difícil de explicar —por más sincero empeño que pueda poner en ello— que uno percibe una ausencia de sensación en lugar de una sensación diferente; en realidad, lo que es esta sensación de ausencia es una sensación de otro orden...

Es capaz de aparecer en sueños, o en visiones incomprensibles que duran fracciones de segundo, y que se olvidan tan pronto uno advierte que han acaecido, lo que suele llevar a uno a desear haberles prestado atención. Puede que no se manifieste o se revele *como es*, sino que tome prestada una forma, una apariencia para que se le «vea». Y no sólo se esfuma entre la inextricable niebla onírica, sino que también se oculta en los huecos de la memoria de uno: cuando no lográs recordar quién ha hecho algo, a quién has visto aquella vez, de quién has oído aquello tan importante, siempre fue aquél, ese «alguien», tan indeterminado como huidizamente omnipresente. Le sucedió a una amiga mía que se despertó cierta vez por la mañana, y de inmediato le asaltó una especie de evocación: una parte de sí estaba convencida de que había pasado la noche con cierto hombre que habría sido su amante, pero no podía recordar quién era; creía que lo conocía; no obstante, su presunta amnesia porfiaba en esconder

la identidad de aquel supuesto amante y, para colmo de males, tampoco mi amiga hallaba rastro de la presencia del hombre —ni una huella de su cuerpo entre los pliegues de la sábana, ni el aroma de su colonia extinguiéndose en el aire de la habitación cerrada, ni un objeto olvidado antes de partir furtivamente, acaso para siempre (cada cosa que mi amiga hallaba delante de sus ojos era hartamente conocido, y lo sabía de su propiedad; nada que no fuera suyo había en su casa), y definitivamente ningún mensaje en el teléfono—. Mi amiga llegó a creer que tal vez había alucinado el encuentro nocturno, o soñado con aquel hombre, mas sin ser capaz de recordar el sueño. Y, ¿quién sabe?, es posible que alguno de los dos escenarios haya sido el caso.

Es quien aparece —siempre invisible, sin embargo, insisto— para responder cada vez que alguien alza la mirada al cielo y pide a Dios, a Alá, o a la deidad o espíritu que sea. Es el brazo ejecutor de todos ellos para conceder o denegar, para hacer, deshacer o no hacer. Puede decirse que tiene voluntad propia, o libre albedrío, como cualquiera de *nosotros*, pero queda de lado en estas situaciones, pues pasa a ser prescindible e innecesaria. Y no podría ser de otra manera: no le corresponde interponerse en el camino de una voluntad superior, ni reemplazarla en su deber.

Es también aquel que llama por teléfono y de quien, cuando atienden, sólo se oye una tenue —casi inaudible— respiración; esta respiración es su voz dando un mensaje de suma importancia: cuanto más débil el sonido, más importante lo que dice. Nadie lo comprende.

Por otra parte, de vez en cuando visita a la gente que tiene problemas de memoria y que olvida dónde deja las cosas, y que después asevera quejosamente que las

movieron de su lugar cuando la realidad es que dejó las cosas en cuestión en un sitio que no puede recordar. Bien, aquel es quien mueve las cosas de lugar de esa gente, para que sus quejas no estén siempre injustificadas, para que de vez en cuando tengan la razón.

Y cuando estás en soledad, en una vivienda que no sentís tu hogar, en un lugar de trabajo que deja de parecer tal a altas horas de la noche, y comenzás a escuchar ruidos extraños e inquietantes por lo desconocido de su origen... no es quien produce aquellos ruidos, pero sí, en ocasiones, es quien administra los silencios que los separan, las pausas que se presentan con el objeto de que te vuelvas consciente de que no estás solo, que alguien que no podés ver te hace compañía... o que en realidad sos vos quien le hace compañía a ese alguien o algo...

Sabe de su limitación, no obstante, a moverse en el entramado que recubre lo manifestado, superficial, lo visible... lo material, si se quiere. Es incapaz de permear hacia lo que hay debajo de nuestros pies de la misma manera en que no puede siquiera soñar con atravesar el firmamento y conocer lo que hay más allá de él. En lugar de aquello, debe cuando mucho conformarse o contentarse con ocupar los intersticios subterráneos que llenan la realidad allá donde nuestros ojos no están mirando, cruzar su camino con el de otras «sombras existenciales», suspendido en el éter que todo lo impregna, desconociendo la para otros implacable tiranía de las agujas del reloj...

Y si sé estas cosas acerca de ese alguien es porque le he seguido el rastro *personalmente*; le he *visto* cierta vez en el espejo (*visto* como se puede ver a alguien de su naturaleza), observándome a su modo desde el universo que se extiende detrás de su superficie límpida,

cristalina; no obstante, un instante más tarde ya había desaparecido. Me di cuenta luego de que oía mis conversaciones telefónicas, por más que no fueran de su particular interés —supongo que no ha llegado a conocerme más que cualquiera de mis vecinos— y que nada iba a hacer al respecto, por lo que pienso que se entromete de alguna manera en las comunicaciones tan solo porque tiene la capacidad y la voluntad o el deseo de hacerlo. Y, como aún no me ha afectado de manera alguna —no que yo haya podido advertir—, no he hecho nada al respecto y, por lo tanto, le he dejado escuchar en paz. Pero también es cierto que no sé cómo establecer un contacto directo con aquel *ser*... Puedo escribirle una nota y dejársela en algún lugar, como la cómoda de mi dormitorio, pero ¿cómo estar seguro de que sabrá que es el destinatario, cuando no sé su nombre, para empezar? No podría llamarle aludiendo a su aspecto o a sus señas particulares aun si así lo quisiera, pues no tiene aspecto, no posee una apariencia definida. ¿O habría de decirle «Escuchá, sombra difusa, vení para acá», o «Cosa diáfana, qué es lo que sos»? No quisiera ofender gratuitamente a alguien a quien no conozco... Tampoco es que ande por aquí a menudo —no frecuenta mi hogar más que mis amigos—. ¿Debería empapelar la ciudad con mensajes del tipo: «Está bien que leas mis conversaciones telefónicas, pero no estés planeando algo contra mí»? De nuevo, ¿tendrá interés en leerlos? Y, si se dignara a leerlos, ¿les hará caso? Y, más importante, ¿acaso las sombras impersonales leen, escuchan, ven? Podría continuar formulando preguntas de este tipo e inventando elucubraciones tan fantasiosas como innecesarias, pero para no desviarme del tema me limitaré a decir que sólo por no saber su nombre es que no he intentado establecer un contacto; ni siquiera

hablarle en voz alta tan pronto detecto su presencia. Reitero: sus apariciones son fugaces, no suele andar por mi casa, no le he percibido en los pasillos del edificio donde vivo, y no me pondré a hablar o llamar a alguien cuyo nombre no conozco en la calle. Pero he aprendido a descubrirle, a saber cuándo aparece, cuándo se manifiesta, dónde ha de meter la mano y para qué. Puedo admitir que me ha llevado muchísimo tiempo llegar a conocerle —o *creer* conocerle—, pero me niego, me resisto, a decir cuánto tiempo; sólo pensarlo roza dolorosamente mi orgullo, por cuanto demasiado tiempo y energías he empleado en completar —al grado que lo he hecho— una «misión» que nadie me ha pedido completar. Mas pronto me despojo de toda sensación negativa, pues no he de rendir cuentas a nadie; nadie tiene que saber todo lo que he hecho por acercarme a aquel misterioso *ser*...

Ahora estoy en el trabajo, pero eso no me impide hacer una pausa y reflexionar de cara al ventanal. A todo el panorama el cristal le yuxtapone un tinte mate que le insufla un poco de vida al interminable montón de edificios que dominan el paisaje, y disimula el tono grisáceo que el *smog* ha inficionado a unas nubes curvas, sin bordes, las estrías verticales de las paredes, negruzcas, mohosas, musgosas. No pienso en esa «presencia ausente» como pensaría en otra persona; no la pienso como una «persona». Es algo distinto, cuyo posible nombre se encuentra más allá de los límites del idioma —del vocabulario y de la gramática—. Por ello no le he dado un nombre, y en mi fuero interno no me refiero a aquello con término alguno. Ni siquiera me he tomado la conveniente molestia de darle yo mismo un nombre. Nunca lo he considerado necesario. Tal vez si la gramática de nuestro idioma fuera un poco más

compleja-completa —lo suficiente para contemplar la posibilidad de esta clase de «entidades», si se quiere—, se le podría asignar al menos un pronombre de una cuarta persona. Sé que hay quienes creen que el concepto de una «cuarta persona» gramatical no es descabellado, y que engloba a los pronombres impersonales, como los que he estado usando aquí, sin mucho éxito a la hora de ofrecer un texto de lectura fluida. Y es que no puede ser de otra manera, cuando uno está acostumbrado acaso desde antes del nacimiento a dividir al mundo, a todas las entidades habidas y por haber, en tres personas: yo, tú y él o ella o eso, como si no hubiera *nada* ni *nadie* por fuera de esas categorías. Incluso a Dios se le ha incluido dentro de la tercera persona gramatical, equiparándolo en cierta forma a *nosotros*, a Sus creaturas, por más que Lo diferenciamos poniéndole mayúsculas en los pronombres. Sin embargo, hay quienes creen que Dios nos abarca a todo lo que *existe*, a nosotros y a todas las entidades habidas y por haber; en ese caso, si uno ha de pensarlo, como yo *personalmente* he hecho, quizás sería más apropiado asignarle la mística *cero-ésima* persona. Pero, tanto si Dios fuera el «Todo» (y más, mucho más, que la suma de las partes) como si fuera «incognoscible», no hay forma de referirse a «Él» *correctamente*, esto es, con un lenguaje terrenal. Sólo nos queda, en la medida que nuestra voluntad de superar las costumbres establecidas lo permita, acercarnos lo más posible a una forma más correcta de describir aquello que difícilmente puede ser descrito. Como este «alguien» que ha venido ocupando mis pensamientos obsesivamente desde hace... un tiempo; esa sombra invisible a la que, no obstante, parecen mirar las palomas que asolean sus plumas grises con vetas de un verdoso o rosáceo brillante allá

en lo alto, en las cornisas de los edificios al otro lado de la plaza.

De momento, cada tanto, cuando salgo a comer afuera, le cedo las sobras, y le dejo siempre un poco de bebida en el fondo del vaso o en la botella, en el remoto caso de que le sea posible satisfacer su hambre o su sed (antes de que el personal de la cocina deseche los restos), o de que mi comida le resulte apetecible; y tiene siempre un asiento libre en mi casa, por si decide reposar sus piernas; esto lo hará sólo por gusto o acaso por curiosidad, pues no imagino que sea capaz de cansarse. Pero debo confesar que lo hago más como un gesto de buena voluntad, y un poco para que se dé cuenta de que sé que *existe*. Hablo muy poco por teléfono, trato siempre de expresarme en términos claros y concisos si he de ser yo quien ha de iniciar la conversación, y breve, incluso lacónico, para responder preguntas, emitir una opinión o un parecer, o para saludar, todo esto sin mostrar acritud o contrariedad. Probablemente me tome molestias innecesarias al hacer estas cosas, cuando eso que yo llamo «alguien» a falta de una palabra apropiada debe operar a otro nivel, sin interesarse necesariamente por mi vida, es decir, que quizás amaga en hacerse presente en mi vida sólo de manera fortuita, sin intención, observándome a través de la ventana del tiempo maquinalmente, como yo observo el paisaje al otro lado de la ventanilla del coche. Acaso esté de viaje al sitio al que todos hemos de volver tarde o temprano: la nada, con un pie en el ser y el otro en el no-ser, dejando huellas en los puntos ciegos de nuestra consciencia.

Pero, aunque aquél fuera el caso, eso no me impide preguntarme de vez en cuando, de pie frente al espejo, por las noches: «¿Quién sos?». Ni escribir en las hojas del

cuaderno o en los vidrios empañados de la cocina: «¿Cómo hallarte?».

Ni, en ciertos días en que voy por la calle sin preocupaciones acuciantes en mi mente de trabajador, eludiendo los raudos automóviles y pasando por entre mis semejantes, preguntarme fugazmente en pensamientos: «¿Dónde estás?».

Un sueño

Tuve un sueño en el que me ahogaba y perecía.

El camarote en que me encontraba de pronto comenzaba a ladearse, y en un rincón ingresaba furiosamente un torrente acuático.

Al principio pretendí conservar la calma, confiando en ser capaz de librarme de la situación si actuaba con rapidez. Y así lo hice: me dirigí a la compuerta, aunque para hacerlo tuve que apoyarme en el mamparo, dada la inclinación de toda la estructura, que ya me hacía imposible el mantenerme erguido. Mientras tanto, el agua no cesaba de entrar, inundando la reducida cabina.

Con gran esfuerzo logré abrir la compuerta que comunicaba con la crujía de la cubierta, pero, no bien lo hice, otra corriente de agua penetró con celeridad, echándome encima la pesada compuerta, haciéndome perder el equilibrio y caer hacia atrás, con lo que mi cabeza dio con un objeto contundente. Me revolqué de dolor, chapoteando torpemente a la vez que intentaba, en despecho de la dolorosa sensación que envolvía mi cabeza al sacudirse ésta con el terrible golpe, incorporarme y escapar de una vez, y mientras tragaba algo de agua salina contaminada de petróleo y saturada

del roce con el hierro de la nave de la que me había empapado y que ahora pretendía aprisionarme.

Me puse, pues, y a duras penas, de pie; el agua ya me llegaba a las rodillas; con una palma apoyada en el mamparo, tosiendo y jadeando, me di cuenta de mi error: no había considerado que el exterior resultaba estar más anegado que el camarote, y haber abierto la compuerta que los separaba sólo hizo que entrara más agua en este último. Afortunadamente, aún había una oportunidad de escapar: a través de una escotilla que llevaba a la cubierta superior.

Entonces, mientras miraba en derredor en busca de algo que me permitiera alcanzar la escotilla, todo se estremeció con la violencia suficiente como para hacerme tambalear, mas sin que yo cayera. Unos segundos después, en el momento en que me disponía a escalar por el mamparo inclinado, las luces se apagaron, sumiendo el lugar en una oscuridad casi absoluta.

El agua, que podía ser vista como una enemiga para mi interés en sobrevivir, ahora me elevaba hacia la bendita escotilla. Estiré un brazo para buscarla a tientas, sacudiéndolo de aquí a allá, hasta que di por fin con la manija, y a ella me aferré con alma y vida. Mi abdomen se sentía constreñido por la presión del agua, y mis pulmones apenas podían procurarse algo de aire, que, por otra parte, cada vez escaseaba más.

Ya comenzando a ceder ante la desesperación, intenté girar la manija, pero estaba cerrada muy fuerte, quizás incluso trabada por alguna espantosa razón, o eso me temí entonces, al verme incapaz de abrir la escotilla. Mis brazos estaban exhaustos, y ya no sentía mis piernas tocar el piso. Atiné a gritar por ayuda, mas mis pulmones y garganta no supieron responder; acto

seguido, hice un último esfuerzo supremo para girar la manija, y no hubo caso: ésta volvió a resistirse, negándome la tan anhelada salvación. Hubo entonces una nueva sacudida de la estructura; me pareció que el agua de mar entraba cada vez más deprisa. No tardó aquella en llenar implacable el último rincón libre, sumergiéndome por completo. El poco aire remanente lo engullí con una esforzada y agónica bocanada. Contuve la respiración todo lo que pude, al tiempo que me aferraba obstinadamente a la manija y trataba de darle la vuelta impulsándola con todo el peso de mi cuerpo. Pero mis intentos cesaron cuando se acabó el oxígeno, y mi cuerpo tuvo que darse por vencido; las últimas burbujas de aire en mi interior salieron en un grito ahogado de inenarrable horror...

Abrí los ojos, y todo lo que hallé fue oscuridad y desolación. Un sentimiento de inacabable tristeza, de indescriptible desesperanza y, sobre todo, de abismal soledad, como jamás los había experimentado.

Sentí que había perdido mi alma.

Además, había dejado de sentir un cuerpo, como si hubiera dejado de existir como persona y todo lo que hubiera quedado de mí fuera una conciencia infinitamente torturada, atrapada en una pesadilla inexplicable. Incluso no podía estar seguro de encontrarme en un sitio de plena oscuridad o de haber perdido la visión junto con el resto de mis sentidos.

Eventualmente, tras un período que soy completamente incapaz de determinar, y que bien pudo haber sido un minuto, bien un siglo, de alguna forma, como por obra de imaginación —acaso simplemente por acción de mi voluntad—, fui disipando aquellas misteriosas tinieblas, dándome cuenta al hacerlo de que en realidad se trataba de una ominosa niebla negra que

me había envuelto, pegándose a la superficie de la conciencia que estaba seguro era todo lo que me quedaba.

Al irme yo separando de la sustancia oscura, los sentimientos de profunda desdicha también disminuyeron, lo cual me hizo darme cuenta de lo que son realmente el alivio y —sobre todo— la libertad, conceptos que descubrí más allá de lo que hubiera podido imaginar en toda mi vida.

Por añadidura, lo que reemplazó gradualmente a las tinieblas fue una visión pacífica y luminosa, casi *feliz*: una playa de arena finísima y blanquecina, una brisa gentil y salina andando a la par, llenando mis pulmones en vez de la impiadosa agua en la que se mezclaban la sangre y el fuego; a lo lejos, allá donde apenas llegaba mi vista, casi ocultándose tras el horizonte, se divisaba una bulliciosa urbe costera.

Sin embargo, las secuelas de aquella experiencia lejos están de haberme dejado.

Sentado en la orilla, todavía creo ver de tanto en tanto, por las noches, la imponente y sombría silueta de un buque que, poco a poco, se escora en medio de violentos aunque esporádicos estremecimientos y se hunde para siempre en el mar. Sus angustiados quejidos metálicos se ahogan en medio de un inquieto oleaje, y una columna de denso humo que emana de sus entrañas se funde en la negrura de la noche.

Cierro los ojos por lo que pienso que es un momento, y cuando los abro de nuevo, siento que me despierto a otra visión; ya no sé si lo que hallo delante de mí es la realidad del estado de vigilia o si es otro sueño, como tampoco sé ya si el horrisono sueño en el buque ha pasado a ser mi nueva realidad, como tampoco sé *qué* es la realidad.

A veces, ese parpadeo involuntario, inevitable y sin párpados me lleva de regreso al estado de semieterna oscuridad, donde vuelvo a ser presa de los más inauditos tormentos, a los que se suma el dolor de ser consciente de no poder escapar de ellos, de reconocerme indefenso frente a un ineluctable destino. En ese estado, pierdo la noción del tiempo al punto tal que llego a convencerme de que no existe en realidad, o de que es posible que se detenga, aprisionándome cruel e impasiblemente entre dos pasos del segundero.

Pero, entonces, de alguna manera abandono aquel sitio de indescriptible agonía, en ocasiones lentamente, gradualmente, como quien despierta por la mañana; otras veces más bien repentinamente, sin que me dé cuenta, como en los sueños que solía tener antes del hundimiento del buque, aquellos sueños *normales* en que las escenas transcurrían entre transiciones caprichosamente confusas, súbitas, no programadas.

Con cierta frecuencia vuelvo al segundo año de la guerra, cuando me embarqué como voluntario en una misión, y no como combatiente. El último tramo del extenso viaje se hizo de noche, ya que, al abrigo de la oscuridad se suponía que habría menores posibilidades de ser hallados por buques de guerra de uno y otro bando, que tenían la orden de hundir todo aquello que atravesara la zona de conflicto. Al término de una cena —frugal a instancias de un inexplicable nerviosismo que me aquejaba, pese al optimismo manso y generalizado de la tripulación—, fui a uno de los camarotes, y allí descansé... hasta que un estruendo sordo y potente llegó a mis oídos, causándome un sobresalto. A continuación, casi de inmediato, sentí un estremecimiento del barco. Para que una mole de

hierro de tales dimensiones se sacudiera de aquella forma, el asunto debía sin lugar a dudas ser serio...

Luego, lo de siempre: observar horrorizado cómo el camarote donde había decidido tomar mi descanso se anegaba, correr inútilmente contra el reloj y contra el agua para salvarme a través de la escotilla trabada, a la que me aferraba con la desesperación que sólo se puede experimentar al tener a la muerte pisándole a uno los talones... Pero nunca lograba escapar, e inevitablemente las circunstancias me vencían, sin posibilidad para mí de salvación...

Pero lo peor por mucho es encontrarme cada vez en el angustioso vacío de la nada, en el fondo del mismo abismo interminable, sin final, sin luz, sin esperanza, tragado por las tinieblas, privado de mis sentidos —y, por consiguiente, de todo contacto con la realidad—, a solas con mis pensamientos, al punto que mis pensamientos se vuelven todo lo que soy —lo único que soy—, pensando hasta enloquecer, en absoluta soledad, por períodos «que no pueden ser medidos», pero que hacen que en cierto punto comience a sentir que me vuelvo vacío yo mismo, que me fundo con él y dejo de ser «yo», esperando con infinitas ansias el momento de ser rescatado por la luz, aunque sea para reemplazar aquella visión por otra, por más que se trate de una inofensiva alucinación o de un sueño sin sentido (el solo ver el más ínfimo rayo de luz en aquel sitio de perdición me causa siempre la dicha más grande que se pueda tener). Los tormentos son tan insoportables que incluso el revivir la noche del hundimiento, con todo lo que conlleva para mi alma (que no es de ninguna manera poco), sin llegar a ser deseable, de pronto es preferible a permanecer en el abismo un segundo más.

Las sensaciones que experimento o creo experimentar son demasiado reales como para considerar que pertenecen a una pesadilla, pero, al mismo tiempo, me resulta imposible creer en la existencia *física* de un lugar así, como no puedo comprender que este abismo *deba* necesariamente existir. Y mucho más inconcebible aún me es el que *yo* deba caer en él, permanecer en él, regresar a él, ¡yo! ¿Por qué *yo*?

¿Habré hecho *yo*, sin darme cuenta, sin ser capaz de recordarlo, algo por lo que me convirtiera en merecedor de estos infernales tormentos?

Insistentes pensamientos acerca de la situación que describo son una ínfima parte de la tortura por la que debo pasar. Me he encontrado pensando en ello mientras me ahogaba, entre el murmullo del agua revolviéndose inquieta en la sala, con los ojos abiertos en la oscuridad ocasionada por el apagón, pero aun así casi viendo pasar delante de mí —percibiendo el torbellino provocado por su movimiento— a un torpedo buscando hacer blanco...

Y la ausencia de respuestas que mi conciencia pueda plantear me sume cada vez en un estado de desesperada locura. La propia naturaleza del asunto excede con mucho mi capacidad de entendimiento. Quizás sólo el dios que brilla por su ausencia pueda comprenderlo.

Las preguntas y reproches sin destinatario determinado me llevan a través de reflexiones e ideas un tanto vagas que me terminan confundiendo. Invariablemente, llego a preguntarme, en la profundidad del vacío, desprovisto de mi alma (sólo soy consciente de que existe cuando siento su falta), si realmente soy *yo* el voluntario que se ha embarcado durante el segundo año de la guerra y cuya nave ha sido torpedeada a mitad de la noche, o si soy —como lo

asumí desde un principio, acaso hace mucho tiempo—alguien que ha soñado ser aquel desafortunado marinero, y que, por alguna absurda razón vuelve a tener la misma pesadilla una y otra vez. Pero no recuerdo nada acerca de quien sería yo. Pienso que lo he olvidado al ahogarme por primera vez, o estando en el incomprensible abismo, perdido en medio de mi aflicción, o en una de las muchas visiones que se me presentan, mas no puedo evitar preguntarme si no seré yo un marinero que sueña que se ha embarcado como voluntario. Otras veces se me ocurre si no seré yo simplemente el protagonista de la pesadilla, una ilusión que sólo parece existir en el vívido sueño de alguien más, pues en ninguna de las visiones que presencio percibo un cuerpo propio, como si no hubiera dejado de ser mi propia consciencia o, por qué no, cual espectro invisible atrapado en la materialidad de una ciudad a orillas del mar. Quizás —pienso en consecuencia— no soy el único que es enviado al abismo, que debe haber otros como yo, que una noche se han acostado a dormir como siempre, y se han visto de pronto en una pesadilla, y han despertado en el sitio de oscuridad total, convertidos en entidades sin alma, o han quedado atrapados en un ciclo de visiones oníricas del que no saben cómo salir. Y ello me lleva a su vez a preguntarme quiénes son *ellos*, los que atraviesan la misma situación que yo, los que están atrapados igual que yo, pero a quienes no puedo ver ni conocer. ¿Andarían por las mismas calles de la ciudad marina vueltos presencias ausentes, hechos trozos de viento con una consciencia aliviada momentáneamente de un suplicio espiritual infinito? Y, de manera no menos importante, ¿habrá quien nos esté buscando, o quien nos esté esperando en algún lugar, esperando que

despertemos? ¿O lo que para mí es una sucesión de eternidades en un rincón oscuro del vasto cosmos en realidad está teniendo lugar en los breves minutos que dura el sueño de un individuo cualquiera, cosa de la que nadie a nuestro alrededor, ni siquiera uno mismo, se entera, y que implica que eventualmente hemos de despertar a la *realidad* cotidiana?

¿Quién piensa en la gente que sufre todos los días? ¿Y quién piensa en aquellos que se han ido a la cama y han muerto en sueños, y ahora sólo *existen* —que no *viven*— en visiones ajenas o en las tenebrosas profundidades de un vacío insondable, infinito?

Con frecuencia lamento el no ser capaz de cambiar el curso de los acontecimientos. Cuando reconozco el camarote en el que he de procurarme descanso para disipar la tensión que se ha apoderado de mí, me veo invadido por el terror de saber exactamente qué es lo que ocurrirá a continuación. Puede haber sido una cruel emboscada tendida por uno de los beligerantes, una trampa nocturna a la que fuimos hábilmente conducidos por un cazador nocturno y submarino, o pudo haber sido un mero giro desafortunado de las circunstancias que nos ha puesto frente al despiadado enemigo, pero sé cómo terminará. Esto me ha llevado una y otra vez a resignarme mientras sobrevuelo la ciudad costera o me siento a contemplar el ocaso en sus playas de arena blanca, a saber que la próxima vez será igual, que no puedo evitarirme a dormir con el estómago inquieto y un pálpito funesto en el pecho, para cerrar los ojos, conquistado por el cansancio de un largo día en alta mar. El estampido me despierta. Sobresaltado, intento ponerme rápidamente de pie, pero un mareo me dificulta tan sencilla acción, no tanto por efecto del súbito retorno al estado de vigilia como

por estar la cabina inclinándose, hecho del que no tardo en percatarme; además, en un rincón brota un torrente acuático. Un estremecimiento del barco me hace perder momentáneamente el equilibrio. Rápidamente comprendo lo que ocurre: algo ha sucedido —el impacto de un torpedo o de un obús, una explosión accidental o una colisión, si hemos de tener menos suerte aún—, y la estructura del buque ha sido comprometida. Pretendo actuar con celeridad, como estos casos lo requieren; lo primero que se me ocurre es huir; no obstante, me detengo antes de abrir la compuerta que da a la crujía de la cubierta. Me doy cuenta de que, por la manera en que se escora el barco, la crujía debe estar más inundada que el camarote. Abro, pues, la compuerta de una vez, haciéndome a un lado inmediatamente para no ser golpeado por ella. Fuera de la cabina, dirijo la vista hacia la escotilla superior, y comprendo que es una vía más segura y sensata de escape. Aprovechando la inclinación parcial del navío, que hace del mamparo una rampa, me acerco a la manija y, aunque al hacerlo mi cuerpo queda en una postura harto incómoda, me aferro a la manija con todas mis fuerzas, e intento girarla. No hay caso, por desgracia, como cada vez. Empezando a sentir la desesperación, con el agua de mar brotando sin cesar, salpicándome de espuma salada y de gotículas oleosas, atino a gritar. Grito hasta aturdirme yo mismo, hasta sentir la dolorosa vibración de mis tímpanos, hasta desgastar mi garganta. Y luego, con el agua alcanzando ya mi cintura, veo con los ojos abiertos de par en par la tímida rotación de la manija de la escotilla. Increíblemente, siento una lágrima brotar de mi ojo, aliviada y feliz. Las luces de pronto se apagan, sumiendo al lugar en una oscuridad casi absoluta, pero la escotilla ahora parece

una lumbrera, con un ser asomándose, hallándome, exhausto y a medio desahuciar; ese ser tiene la piel blanca y resplandece: es un verdadero «ser de luz»...

El ser extiende su brazo hacia abajo; yo me impulso de alguna manera hacia arriba, a su encuentro, a salvarme. Asciendo con ayuda del ser luminoso y, al atravesar la escotilla, un fulgor me deslumbra, me enceguece...

Abro los ojos.

Ha sido otro sueño...

En el supermercado

1

Lorenzo es un hombre solo que vive en una pensión llena de gente. Él habita una estrecha estancia de tres metros por cinco dentro de una gran casa convertida en una suerte de complejo habitacional a pequeña escala por el dueño de la propiedad, un sujeto llamado Coselli; un cosmos en miniatura subdividido en compartimentos donde se hacina una treintena de seres humanos, medio aislados todos y cada uno de ellos.

La vivienda cuenta con tres plantas. La superior tiene dos habitaciones, que eran un solo recinto hasta que una placa de aglomerado fue colocada como tabique, y se instaló una letrina en el rincón de uno de los nuevos compartimentos. Esta planta superior no es en realidad tal, o lo es a medias: solía ser el cuartillo de la azotea donde Coselli guardaba las herramientas y los cadáveres de cosas útiles, y que más tarde, necesitado de dinero rápido, había «reacondicionado» para convertirlo en los dormitorios que ya mencioné y que, por medio de una ampliación, pasó a ocupar una mitad de la azotea. La otra mitad conserva la pileta para lavar la ropa y las sogas para colgarla, y las plantas de Coselli. De esta forma, los habitantes del piso superior tienen el privilegio de una vista panorámica de la media azotea,

desde donde se pueden contemplar las terrazas, los tejados y los balcones de los alrededores. En cuanto a los otros pisos, cada uno cuenta con un baño propiamente dicho, y una cocina (en el primer piso, una *kitchenette* que hace las veces de cocina). En total, el edificio tiene ocho habitaciones. Ocho, para la treintena de personas a la que me referí antes. En dormitorios de tres por tres duermen de tres a cuatro personas; otras, al regresar por la noche del trabajo, toman su merecido descanso en el piso de la cocina o de la *kitchenette*, o en la media azotea, siempre que no haga frío.

Coselli no es menos afortunado que aquellos a quienes aloja. Él es un ingeniero químico que debido a ciertas circunstancias se vio forzado a renunciar a su cargo de docente en la universidad donde dictaba clases. También se le prohibió trabajar para el Estado y, en un país en que el Estado ha acaparado la iniciativa en lo concerniente a la educación y la ingeniería química, Coselli no pudo volver a trabajar formalmente. Cuando el dinero se terminó, halló su nuevo horizonte en el negocio del alquiler de su casa. Comenzó a alojar trabajadores y estudiantes de la ciudad; el dinero entraba, pero no en la abundancia deseada por él. Decidió entonces Coselli que debía incrementar el número de huéspedes, y que, para tal fin, las habitaciones debían empezar a compartirse entre dos o más personas cada una. Sacrificó el cuarto de estudios por más dinero, y lo transformó en habitación para uno. Puso su pasado en una caja; lo último en entrar allí fue una foto de su exesposa e hijos. «Algún día los recuperaré», juró solemne y silenciosamente. Con parte de los ingresos que fue recibiendo, refaccionó los dormitorios ya existentes, y construyó los de la azotea con sus propias manos. Para procurarse los materiales

necesarios para su proyecto, se zambulló tímidamente en el mundo de la recolección informal, haciendo de lo que otros desechaban un tesoro personal. No pasaría mucho tiempo hasta que aprendiera a nadar con destreza en aquellas aguas... Coselli, pretendiendo acumular la mayor cantidad posible de dinero en el menor tiempo posible, llegó a entregar incluso su propia habitación, y pasó a dormir en... duele decirlo, pero desde hace un año duerme en una hamaca colgada de dos ganchos en el techo de la cocina, suspendido por encima de la mesa donde los habitantes de la planta baja comen durante el día. Hasta ahora no se ha caído ni una sola vez.

Pero, volviendo a Lorenzo, él comparte una habitación del primer piso con Leonardo y, aun así, está solo. Lorenzo firmó su contrato hace siete meses, y ha vivido solo la mayor parte de ese tiempo: la llegada de Leonardo ha sido un acontecimiento más bien reciente. Coselli confiaba en Lorenzo, y lo apreciaba a su manera (pese a que apenas lo conocía); por eso le ha permitido tener más espacio que el resto —incluso más que él mismo— por meses. Sin embargo, su histérica necesidad terminó por superar la enigmática estima que le tenía, y recogió de la calle a Leonardo como recogía maderas y chapas de las calles de la ciudad.

En fin, toda esta descripción de Coselli y de su casa venían a servir de introducción a la narración que me propuse plasmar aquí, que es la de los sucesos de ayer en el «Ultramarket».

El «Ultramarket» es un imponente supermercado — un precursor de los «hipermercados» que conocemos hoy— erigido no muy lejos del centro de la ciudad, y que se extiende sobre una superficie de veinticinco mil metros cuadrados *o algo así*, incluyendo el estacionamiento, que puede albergar hasta ciento quince vehículos.

No hay rival para el Ultramarket en una docena de kilómetros a la redonda. No me refiero sólo a en lo que a dimensiones concierne, sino también a lo que se ofrece dentro de las instalaciones: una excursión por dos, tres, cuatro o cinco tiendas diferentes de la ciudad (¡o más!) puede ser simplificada con una sola visita al Ultramarket.

El Ultramarket se encuentra a ochocientos metros de la casa de Coselli, y por ello, éste lo conoce bien. Coselli, lo mismo que Lorenzo y los habitantes de la casa en general, se dejaba impresionar y sobrecoger por la imponentia del establecimiento, y se precipitaba hacia sus profundidades cada vez que sentía fuertes necesidades o carencias materiales. Él entraba por una abertura de siete metros de anchura y tres y medio de altura, recorría pasillos de dos metros y veinticinco centímetros de anchura, donde a cada voltear de mirada podía verse a un soldado de la legión de empleados que el Ultramarket mantenía —y al que, a su vez, él mantenía—, presto a eliminar cualquier inquietud de un cliente. Los empleados, paso a comentar, ingresan por una puerta escondida, camuflada tras una cartelera con las ofertas de la semana, de un metro de altura y cincuenta y cinco centímetros de anchura, antes de que

la puerta para la clientela se abra, y se retiran por esa misma puerta después de que los últimos compradores se retiren.

Según lo que se puede leer en algún lado, el Ultramarket fue originalmente concebido como una especie de «vecindario comercial», con tiendas en lugar de casas, donde la gente pudiera pasar el día, paseando por los pasillos-calles a encontrarse con sus objetos de deseo, y no unos con otros como lo harían en un vecindario «residencial». Aquel proyecto no prosperó, pero el resultado, desde cierto punto de vista, ha sido el mismo: así como Lorenzo está solo en una pensión habitada por otras treinta personas, el cliente del Ultramarket hace sus compras en soledad, aunque esté rodeado de decenas, cientos o incluso miles de sus semejantes. Los demás son sólo una ilusión que muy de vez en cuando (en un riesgo de colisión, en una colisión consumada, en una inquietud, al momento de pagar) se materializa, y que es de todas formas efímera, pasajera.

Pues bien, en fin, viendo que otra vez comienzo a divagar, trataré de narrar lo que sucedió a Lorenzo.

Lorenzo comenzó el día de ayer teniendo que esquivar la pierna de Leonardo —que dormía en la litera superior con una pierna extendida hacia afuera— al levantarse; una vez de pie, ya se encontraba entre la cama y la mesita que conformaban todo el mobiliario de la angosta habitación. Acto seguido, dio un par de pasos de cangrejo, asió la ropa que colgaba de un gancho y se vistió parado en el rincón, a un costado de la mesita. De tantas veces que lo ha hecho así, no golpeó sus rodillas con la mesa al flexionar las piernas, y no perdió el equilibrio, ni tuvo que apoyarse en la pared tampoco. Antes de salir, estiró un brazo hacia la repisa

y tanteó la navaja y el frasco de espuma de afeitar ya caducada; los halló fácilmente, puesto que los dejaba siempre en el mismo sitio. Entonces abrió la puerta apenas lo suficiente para deslizarse fuera como lo haría el perro que alguna vez tuvo Coselli, sin hacer un movimiento brusco que hiciera caer la ropa de Leonardo, que colgaba de un gancho poco estable — esto es, propenso a torcerse— en la puerta. Camino del baño se cruzó con Fernando, uno de los habitantes del piso; éste, con un cigarrillo sin encender aún en la boca, se dirigía a la media azotea a fumar. Ya en el fondo del primer piso, Lorenzo avisó con dos golpes a la puerta rojiza que entraba. Adentro, uno de los jóvenes de la planta baja se daba un baño metido en una palangana encima de una esquina de la bañera rectangular —a Lorenzo ciertamente le sorprendió que el sujeto en cuestión cupiera en la palangana, aunque bien le conocía la delgadez que le permitía hacer tal cosa—; el joven, quien se echaba agua en la cabeza con un jarro, estando de espaldas a la puerta, no hizo caso al ingreso de Lorenzo. A mitad de camino entre los jóvenes, Nolly, una mujer al borde de la sexta década de vida, lavaba los tomates para el desayuno en el lavabo. Al ver que Lorenzo se le quedaba cerca con los elementos para rasurarse en las manos, la mujer se puso a dar bufidos y a rezongar.

—¡Eh, que estoy ocupada! Eh, ¿por qué no se levanta antes?

Y, sin que se lo pidiera Lorenzo, Nolly recogió los tomates, los puso en un recipiente plástico y se los llevó, dándole empujones con uno de sus anchos y flácidos brazos a Lorenzo para abrirse paso hacia la puerta, sin dejar de resoplar y de mascullar monosílabos. A Lorenzo le molestó la actitud de la mujer, pero olvidó

de inmediato lo que acababa de suceder: el próximo en reclamar el uso del baño no tardaría en aparecer, y por ello no debía perder el tiempo.

Lorenzo regresó brevemente a su habitación para dejar en la repisa la navaja y el frasco de espuma de afeitar y recoger el dinero, y se marchó para realizar las compras.

Poco después de bajar por la escalera cuidando de no pisar a los dos estudiantes de Medicina que solían leer sus textos allí, y de saludar a Coselli, quien se disponía a comer su sencillo desayuno de un pote de yogur, Lorenzo ya estaba andando las calles de siempre, como en cualquier otro día. Nada había de especial acerca del día de ayer, excepto que, con el feriado a la vuelta de la esquina, lo que sin falta causaba insufribles aglomeraciones e infinitas colas, lo mejor era estar aprovisionado desde antes. Y para ello, además, la hora más apropiada para hacer las compras era la mañana. Lorenzo bien lo sabía; aprovechó que ayer fue su día libre, y fue con la lista en un bolsillo. Pensaba comprar leche, galletas y cebollas.

Tantas veces ha ido él en los siete meses que lleva en el barrio, que ya sabía dónde hallar lo que buscaba. (De todas formas, periódicamente los empleados cambian los artículos de lugar, pero no muy lejos de donde estaban.) Los artículos de la lista estaban relativamente cerca de la entrada: el sector de verdulería se hallaba en el medio de la planta baja; las galletas, en la mitad más cercana a la entrada, igual que los productos lácteos. «Será cosa de unos minutos», pensó Lorenzo, dando por sentado en su fuero interno que no se asomaría a aquel misterioso e inquietante rincón del primer piso, allí donde los compradores retiraban un producto de la estantería, lo dejaban en el pasillo y pasaban a ocupar su

lugar, teniendo que escalar los estantes o ponerse de cuclillas, según el sitio elegido para exhibirse a sí mismos.

Entonces atravesó él la inmensa entrada, y fue directo —seguro de lo que debía hacer y ya estaba haciendo— al sector de productos lácteos. Había un número tan grande de marcas, y cada marca tenía sus propios diferentes tipos de leche, y varias presentaciones posibles también... pero Lorenzo sabía qué era lo que quería, y no se dejó distraer por las botellas, los *sachets* ni los cartones de leche entera, descremada, con hierro, sin lactosa, con ácidos grasos... ni por las ruedas de oro, ni las alas rojas, ni las caricaturas de vacas sonrientes impresas en los envases, y tomó la misma botella de vidrio de siempre, y luego se dirigió al sector de verdulería...

Media hora más tarde, estaba llegando a la pensión de Coselli. En las bolsas traía la leche, las galletas y las cebollas, además de café, manzanas verdes, carne, desodorante de pared, una esponja, y lavandina. No le había alcanzado para nada más. La puerta de la casa estaba abierta (dos muchachos de la planta baja conversaban con vecinos), así que Lorenzo no tuvo que abrirla. Subió tranquilamente por la escalera, partió con sus pasos a la *kitchenette*, y entró en la habitación. Leonardo no se encontraba allí; estaba fumando en la media azotea, como de costumbre. Lorenzo de inmediato procedió a ubicar en sus respectivos sitios los productos que acababa de comprar. El desodorante de pared fue al último sitio libre de la repisa; las cebollas y las manzanas, al cajón de las frutas y verduras en la *kitchenette*. La leche y la carne fueron a la heladera, y en cuanto a la esponja y la botella de lavandina...

Lorenzo buscó el *ticket* para guardarlo, puesto que llevaba estricta cuenta de sus gastos. (Él, como Coselli, buscaba acaparar tanto dinero y tan rápidamente como le fuera posible, pero de eso se olvidaba cuando entraba al Ultramarket.) Extrajo del bolsillo el *ticket*, que se había pegado al cambio; pensó también en sacar las llaves y colgarlas de su gancho. No las encontró. No estaban ni en sus bolsillos, ni en las bolsas, ni en el piso de la habitación ni de la *kitchenette*, ni pegadas al *ticket* y al cambio. Lorenzo se turbó, llegando a experimentar un injustificado principio de pánico. Salió de la habitación una vez más; inspeccionó con un largo vistazo la escalera; descendió de a dos peldaños, mareado; miró el pavimento frente a la entrada a la pensión; preguntó a los muchachos que conversaban en el umbral de la puerta. Sólo halló respuestas negativas.

Sin pensar en resignarse a dar sus llaves por perdidas, Lorenzo retornó a la habitación, escudriñó sus escasos y diminutos rincones, y luego se planteó a sí mismo ridículas hipótesis de increíbles, improbables y desafortunadas caídas, todo para terminar reconociendo que las llaves no estaban en la habitación ni en el resto de la casa, y decidiendo desandar el camino hecho desde el Ultramarket.

3

El Ultramarket esperaba a Lorenzo y a cualquier habitante de la ciudad y de fuera de ella por igual, sin discriminar. Apenas regresado a la calle para regresar al Ultramarket, Lorenzo recordó que había chocado con

el carro de una mujer de camino al sector de frutas y verduras. Las llaves, por lo tanto, debían de estar ahí, en el piso de cerámica, tal vez debajo de una estantería, o en Objetos Perdidos. Apretó el paso.

Las gigantescas puertas de entrada eran mantenidas abiertas para que a la gente no le molestaran la apertura y la clausura automáticas de aquellas que, a veces, cuando son sometidas a gran exigencia, funcionan a destiempo, e importunan a los transeúntes cerrándoles las hojas en la cara cuando éstos pretenden pasar. Apostados a ambos lados de la entrada, se encontraban dos guardias de uniforme negro y mirada altiva y provinciana.

Ya unos pasos dentro del Ultramarket, se extiende una larguísima hilera de cajas, cada una con su propia fila de clientes, como una gigantesca barrera que uno debía rodear para adentrarse en el lugar. Mientras se dirigía al acceso más cercano al interior del supermercado, Lorenzo tuvo la sensación de que los cajeros y los clientes discutían, pero no se acercó a comprobarlo. Estaba enfocado en su misión.

Como el choque había ocurrido en el centro de la planta baja del Ultramarket, Lorenzo fue hacia allí primero, por el pasillo central. Por todos lados, conforme él avanzaba, personas con carros surgían de detrás de cada estantería, pensaban en voz alta o en voz baja, leían sus listas, miraban los carteles indicadores tratando de comprenderlos, examinaban los productos en exhibición, daban vistacillos por encima de sus anteojos, intercambiaban opiniones con sus acompañantes. Los ojos de Lorenzo, sobreestimulados por la sobreabundancia y sobrebrillantez de colores y de luces artificiales, se distrajeron, y así su vista se nubló. Los empleados iban y venían rápidamente, como atareados.

Las envolturas de las galletas hacían mucho ruido, ¿las estarían dejando caer? Las personas iban y venían casi sin reparar las unas en las otras. Lorenzo empujó y fue empujado sin querer un par de veces antes de decidirse estar más despierto y alerta en despecho de su engegucimiento parcial y tal vez progresivo.

Entonces creyó reconocer el lugar donde, unos momentos antes, había perdido las llaves: entre estantes de arvejas en lata, granos de choclo en lata, zanahorias en lata, y un número de clases de paté mayor que el que usted cree que puede existir. Lorenzo se arrodilló y miró bajo las estanterías que lo rodeaban, aunque una multitud de pares de piernas le dificultaran tan sencilla tarea pasando, deteniéndose, flexionándose y temblando. Lorenzo llegó a pegar una oreja al piso frío y pisado con tal de hallar las benditas llaves, pero no tuvo éxito. Ellas no estaban allí. Preguntó al primer empleado que vio si las había visto.

—Disculpa, se me... —dijo, pero el repositor salió disparado hacia otro lugar en cuanto Lorenzo se le acercó con su inquietud.

Sin dejarse enojar ni desanimarse, Lorenzo le habló al siguiente empleado que encontró en su camino.

—¿No viste unas llaves caídas en el piso?

—¿Qué? Yo soy nuevo; no sé nada —respondió aquél, sin dejar de moverse hacia la línea de cajas.

—Gracias, de todas formas —dijo Lorenzo, y dio vueltas sobre su eje sin saber qué hacer.

La gente que lentamente le pasaba por los costados no notaba su presencia ni siquiera si accidentalmente le rozaban o chocaban. Lorenzo se alejó en busca de otro empleado. En el pasillo número cinco detuvo a una mujer joven con el uniforme del Ultramarket.

—¿Sabés dónde están los objetos perdidos?

—Sí, ¡en nuestros casilleros! —exclamó ella con algo de ironía y, retomando su camino, carcajeó.

Lorenzo se sintió incómodo y hasta algo avergonzado, pese a que, como ya conté, nadie reparaba en su existencia siquiera. Se le ocurrió preguntar en la línea de cajas, creyendo que allí podía encontrar ya tal vez no sus llaves, sino al menos una pista acerca del paradero de aquellas. En el pasillo número siete, el del medio, un grupo de ancianos individuales indecisos bloqueaba el paso, y si alguien les pedía permiso o les hablaba, ellos no escuchaban, pues estaban parcialmente sordos, y además concentrados en las etiquetas de los productos y en sus precios, inclinados hacia delante y con los ojos entrecerrados para verlos mejor. Lorenzo dio un nervioso rodeo, e intentó pasar por el pasillo número ocho. Allí lo no-esperaba la gente que estaba eludiendo el tapón del siete, junto con los que no sabían de la aglomeración vecina. Lorenzo ya estaba perdiendo la paciencia, así que, en lugar de dar otro molesto rodeo, atravesó el gentío apenas pidiendo permiso, rozando, empujando y chocando con grados variables de intensidad a sus congéneres y a los carritos y canastos que llevaban éstos.

Para alcanzar una de las cajas, Lorenzo apelmazó su cuerpo entre el cliente que empezaba a depositar sus productos sobre la cinta transportadora y el refrigerador que tentaba a los miembros de la fila con bebidas frías y deliciosas. Quienes lo vieron, incluyendo a la cajera, se sorprendieron y se molestaron, aunque no estuviera intentando colarse (¿por qué habría de hacerlo, cuando no traía producto alguno en las manos?).

—¿Se le ofrece algo, señor? —preguntó de mala manera el primer cliente de la fila.

—Voy a preguntarle algo a la cajera. Con permiso.

Pero el espacio por el que Lorenzo pretendía pasar era tan estrecho, que tuvo que apretar su cuerpo contra el del cliente muy incómodamente hasta poder verle la cara a la empleada.

—¿Señor?

—Hola. Sólo una pregunta: perdí mis llaves y...

—Esa no es una pregunta —interrumpió la mujer.

—Sí, pero ¿dónde puedo encontrarlas?

—Pues en donde las perdió —respondió ella tranquilamente, encogiéndose de hombros tanto como la exigencia de su trabajo se lo permitía.

—No están allí. Por eso quisiera saber si hay algún lugar donde guardan las cosas que se encuentran...

—Los bolsillos —respondió el hombre, interviniendo en la conversación con su voz anciana y ronca.

—Sí, en los bolsillos, o en... —y la cajera no supo continuar, concentrada como estaba en pasar correctamente los artículos de la cinta transportadora por el lector de barras.

Lorenzo se alejó sin decir una palabra. Claramente no tenía sentido buscar una respuesta satisfactoria de parte de los empleados del Ultramarket. Además, estaba costándole respirar. Decepcionado, dio más vueltas sobre su eje, pensando qué hacer. Consideró por un segundo hablar con el gerente, pero descartó esa idea rápidamente ante la perspectiva de tener que esperarlo por quién sabía cuánto tiempo, y para que lo tratara de la misma manera que el resto de los empleados, o incluso peor. Decidió entonces darse por vencido y retirarse. Pedir una nueva copia de las llaves a Coselli no podía ser tan malo, ¿o recibiría un bastonazo, o le daría un rebencazo?

Lorenzo caminó cabizbajo hacia la salida, sin reparar en lo que tenía enfrente por estar su mirada reptando por el piso blanco de cerámica. Pero la gran salida no aparecía. Lorenzo la buscó con los ojos ya apartados de los suelos; anduvo hacia un lado y hacia el otro, fue y regresó, sin poder ver la gran puerta. Fue como si ésta hubiese desaparecido, pero no, Lorenzo terminó por encontrarla (había empezado por buscar sus llaves y luego debió hacerlo con la salida), y tuvo la sensación de que las puertas se habían movido, que el Ultramarket no era en realidad *tan* grande. Y en el preciso instante en que se disponía a marcharse, distinguió sus llaves en el piso, caídas entre pisadas descuidadas. Lorenzo fue hacia ellas sin hacer caso a la muchedumbre que se agolpaba en las cercanías de la gran puerta; no llegó a agacharse antes de que otra persona recogiera las llaves, les echara un vistacillo, y se adentrara en las entrañas del Ultramarket con paso apretado, ajustado, rápido.

4

Lorenzo pudo haber corrido a alcanzar a la persona que se llevaba sus preciadas llaves de no haber sido por el volumen de gente que las cajas escupían, que se volvía marea contracorriente, que le dificultaba el paso. Cuerpos apresurados (mas no necesariamente veloces) y sin rostros doblaban y retorcían su trayectoria de regreso, y lo detenían en puntos muy cercanos unos de los otros. En el pasillo central, que es por donde la misteriosa persona escapaba, no había tanta gente ya. Lorenzo trotó por él, hasta que desde detrás de una

montaña de cajas de vino surgió un *cocker* que interpretó en la prisa de Lorenzo una invitación a jugar. El hombre se asustó, pues interpretó la agitación del perro como la preparación de un ataque. Entonces detuvo su marcha por un segundo, durante el cual la persona con las llaves se perdió de vista, y luego reanudó el camino, siempre hacia adelante, cada vez más lejos del animal. Aún con la turbación mental y la desesperación por encontrar a la persona y hacer que devolviera las benditas llaves, a Lorenzo le distraían fugazmente el colorido de las etiquetas y el brillo de los envases metalizados. También la penetrante fragancia del limpiador, la estresante música sin alma y las líneas sinuosas que se dibujaban en las ropas de la gente. También las palabras voladoras de empleados invisibles: «¿Podés lavar vos los platos? Al carajo con esto», «¿Es que no los ves, insensible?», «Soy nuevo; yo no sé nada».

Lorenzo anduvo medio a ciegas, prestando atención a cualquier uniforme azul claro que viera, como el que llevaban los empleados del Ultramarket. Miró los carteles colgantes con el número de pasillo y las categorías de productos que se podían encontrar en él sin ya comprenderlos, sin ya ponerles atención para nada. Vio uniformes azulados, pero ninguno pertenecía a la persona que había visto. Ello no le desanimó; tarde o temprano esa persona habría de aparecer; el misterio de las llaves desaparecidas estaba resuelto, aunque el momento de recuperarlas se demorara.

Y la persona en cuestión terminó por ser hallada, junto a la portezuela que conducía al área reservada a los empleados, conversando con el cocinero.

—Está todo contaminado —decía este último, con una mezcla de repugnancia e indignación en la voz—.

Alguien llenó las bandejas de... —y bajó sustancialmente el volumen de su voz al acercarse inocentemente un cliente, para completar la frase.

A continuación, el cocinero y la empleada que había recogido las llaves pasaron al área de empleados. Lorenzo esperó que el inocente cliente se perdiera en la estantería de panes envasados, y traspasó la estrecha entrada también. Tras la portezuela de madera se reveló ante sus ojos un pasillo largo, oscuro, frío y húmedo —totalmente opuesto a los pasillos limpios, fragantes y luminosos del área de ventas—, al final del cual una luz mortecina brillaba tímidamente. Sin embargo, a medida que Lorenzo avanzaba, se fue volviendo más y más clara una escena en el medio del corredor. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Lorenzo se halló junto a una especie de aparador, sobre el cual estaba arrodillada una jovencita que él jamás había visto antes, pero que de alguna manera sentía que ya conocía. La jovencita revolvía objetos dentro de una alacena que parecía estar sosteniéndose en la nada, aunque ¿cómo saberlo en casi plena oscuridad? Lorenzo la observó por unos momentos. Eventualmente, ruidos de pasos lo distrajerón de la inusual escena, y lo condujeron en la vía que la empleada y el cocinero habían tomado. Las siluetas de éstos doblaron a la izquierda al final del pasillo. Decididamente los siguió Lorenzo, respirando con dificultad un espeso aire que olía a gases raros y a aceite enfriándose, transpirando intranquilidad.

Al llegar al final del pasillo, Lorenzo descubrió que la pobre iluminación era aportada por las lámparas de la cocina del Ultramarket, cuyo destello se derramaba en el pasillo. La luz de los tubos fluorescentes pintaba el ambiente de un gris traslúcido, que se mimetizaba con los vapores que emanaban de las ollas, que calentaban y

saturaban de humedad el recinto diminuto y sin ventanas, tornando la atmósfera agobiante y pesada. Tres personas de un blanco sucio se encontraban sentadas en el suelo, buscando conversaciones en sus teléfonos celulares, perdidas en un resplandor frontal, más potente que el de los tubos fluorescentes. Más adelante, en el extremo opuesto a la entrada sin puerta, una cortina plástica cubría el acceso a un patio con forma de callejón, con la forma de su habitación en lo de Coselli. Tras la cortina, un empleado fumaba su cigarrillo despreocupadamente. Pero el pan se quemaba en el hornito eléctrico, y el agua de las ollas llevaba más de cinco minutos hirviendo sin que ningún alimento fuese echado en ellas. La mujer seguida por Lorenzo y el cocinero contemplaban la escena, y Lorenzo a su vez los miraba a ellos.

—¡Usted! —exclamó, por fin, a la mujer. Ella y el cocinero dieron media vuelta.

—¿Quién es usted? —inquirió la mujer, visiblemente sorprendida.

—Se me cayeron las llaves *de mi casa*, y creo que las tiene usted.

La mujer de azul claro metió las manos en los bolsillos sin decir una palabra. De cada bolsillo extrajo un manojo de llaves. Uno de ellos era el de Lorenzo.

—¿Estas?

—Sí, estas —dijo Lorenzo, y tomó el par. El esmalte rojizo con que Coselli había pintado una de las caras de cada llave para que Lorenzo supiera cómo insertarlas en sus correspondientes cerraduras se descamaba poco a poco. El joven dio una tierna mirada a las llaves recuperadas, grandemente aliviado —incluso jubiloso—, y alzó la vista para agradecer a la mujer. Pero, cuando lo hizo, no la vio. Sólo el cocinero seguía ahí, de pie, con

cara de pocos amigos.

—Ahora andate —le dijo él a Lorenzo.

5

Lorenzo se retiró por donde había llegado sin dejarse contrariar por la brusquedad del cocinero enfadado. Estaba demasiado contento y reconfortado para prestar atención a lo que cualquiera pudiera decirle. Volvió por el pasillo desierto sin experimentar visiones, y atravesó la estrecha salida empujando la frágil plancha de madera que hacía las veces de puerta. La luz de ese exterior al que salió lo cegó parcialmente; no recordaba que aquella fuera tan intensa. Bajó la vista, en consecuencia, justo a tiempo para esquivar las malolientes manchas marrones que tenía delante. El piso estaba tan contaminado como las bandejas donde la comida para los empleados era servida. Las personas, mientras tanto, iban y venían, le pasaban por ambos costados, le rozaban, le chocaban e incluso le esquivaban; los envases metalizados brillaban y las etiquetas gritaban; las ruedas de los carritos rechinaban hasta el aturdimiento; la música se apagaba y se encendía; el aire acondicionado hacía caer frío como agujas que se le clavaban en la piel a uno; las vacas de papel mugían y las alas rodaban; las líneas sinuosas aparecían y desaparecían, o se volvían rectas. A Lorenzo ya no le importaba eludir a la gente que, empaquetada como manojos de *spaghetti* o como rollos de papel higiénico, se desparramaba por los pasillos tocándose sin tocarse, viéndose sin verse, sabiéndose sin saberse... porque él

mismo se empaquetaba y se desparramaba igual que ella; la tocaba, la veía y la sabía también, con la diferencia de que él estaba escapando sin apresurarse. Ya casi no veía; casi no vio al carrito y a la mujer tras él doblando bruscamente hacia él, embistiéndolo, provocándole una caída entre latas de arvejas y de paté de vaya a saber usted cuántas clases.

Lorenzo se levantó; la mujer ya había desaparecido; había huido como él lo había estado haciendo, pero por razones opuestas. Un repositor dijo, en la claridad del pasillo:

—Llegué, soy el nuevo.

A Lorenzo no le importó; apenas oyó esas palabras; otro empleado a dos pasos de él abandonó repentinamente su estado de quietud para empezar diciendo calmadamente y terminar exclamándole a la cara:

—Qué calor... Necesito aire fresco... Estoy asustado. ¡Es mi primer día y estoy aterrado! ¡Estoy muerto; estamos muertos!! ¡Nos morimos y estamos muertos!!!

El sujeto en cuestión se agarró la desencajada cara con ambas manos y salió corriendo. Lorenzo, perturbado, hizo algo parecido, aunque de manera notablemente menos dramática. La gran salida estaba frente a él, a corta distancia; una muchedumbre se interponía entre ambos, pero podía ser fácilmente atravesada.

Afuera era ya de noche. «¿Cuánto tiempo he pasado ahí dentro?», se preguntó Lorenzo. Coselli cocía salchichas, pensativo. Lorenzo regresó a la pensión por las callejuelas de siempre, más oscuras que de costumbre. Pensó que el alumbrado público podía estar fallando. Al detenerse por fin en el umbral, una visión brevísima como relámpago alumbró su mente. El fugaz

recuerdo del carrito, la señora y la caída hizo a Lorenzo preguntarse si no había vuelto a perder las llaves en esa segunda colisión. Palpó los bolsillos del pantalón. El Ultramarket cerraría en cualquier momento, y Lorenzo no podía permitirse seguir perdiendo el tiempo tan estúpidamente. Apoyó una mano firmemente en el bolsillo de la camisa. Se le había ido el día en el Ultramarket; al menos había sido su día libre en el trabajo, pero también era una lástima haberlo desaprovechado de esa forma. Palmeó sus glúteos en busca de las irregulares protuberancias o del campanilleo ahogado, imperfecto, de las llaves. El estómago se le retorció, estrangulándosele por la mitad, y en la frente —la cabeza a punto de ser aquejada de un fuerte mareo— afloró un frente de sudor frío. Miró hacia abajo, y un débil reflejo le dio tranquilidad. Las llaves habían caído sin avisar, y ahora estaban a sus pies. Estaba haciendo frío. Lorenzo recogió las llaves riendo de lo mal que se había puesto en tan poco tiempo —ien un abrir y cerrar de ojos!—, y de que hubiera sido un gran infortunio para él haber perdido las llaves en el segundo choque. Entonces introdujo la llave de la puerta exterior con la cara pintada con esmalte bermellón hacia arriba en la cerradura. Giró la muñeca hacia la izquierda; la llave se resistió. Repitió la acción aplicando más fuerza, pero el resultado fue el mismo. Lorenzo se inquietó seriamente, aunque sin llegar al pánico total. Retiró la llave de la cerradura y la examinó a la débil luz de la noche.

—¡Qué idiota! —exclamó para sí en voz alta.

Había introducido la llave equivocada, la de su habitación. Probó con la otra. La acercó —de nuevo— con la cara pintada con esmalte bermellón hacia arriba, y al tratar de empujarla hacia la cerradura, no logró que

entrarse. Murmuró el principio de una frase, e intentó una vez más forzar la entrada de la llave que *tenía que ser* la correcta. Intranquilo, con el estómago revuelto y el sudor frío humedeciendo su frente y axilas, Lorenzo comenzó a dar fuertes golpes a la puerta casi con desesperación, y a agitar el picaporte rebelde frenéticamente. Alguien habría de escuchar los golpes y luego la descabellada historia de las llaves que se habían perdido y terminado en manos de la empleada del Ultramarket, etcétera, etcétera.

La casa de al lado olía a salchichas.

En la galería

1

El tibio sol de la mañana, que se escondía entre los contornos del par de nubes que se le cruzaban, vio a Lorenzo caminar hacia su debajo con la mirada algo inclinada para que sus rayos no estorbaran la visión de éste ni lo dejaran ciego. Aun así, Lorenzo sí observaba constantemente aquello que lo rodeaba para sentir los mudos recuerdos entrar en su mente superficial de a uno, en fila. El cruce donde aquel hombre una vez corrió pidiendo ayuda a los gritos. La vieja casa de productos de limpieza, siempre vacía. La puerta marrón que Lorenzo trató de abrir luego de regresar del «Ultramarket». Aquel incidente, ocurrido hacía ocho meses, se presentó en su mente con inusitada intensidad. El episodio había sido tan confuso, que Lorenzo apenas podía recordar escenas de aquel con efectividad; lo que podía reunir de él era tan solo una colección de pedazos desparejos y difusos, hechos migajas como las nubes del cielo lo eran de un pan celestial. Es así como él se vio atravesado por medio de los sentidos, en simultáneo, mas también en paralelo, por el choque en el supermercado, el aroma a salchichas, los vapores del pasillo oscuro, el *ticket* arrugado en su mano.

Le había llevado un buen tiempo —semanas enteras— poder acercarse de nuevo a aquel enorme supermercado siquiera, donde había misteriosamente perdido todo un día, y más dificultoso le había sido atreverse a entrar en él una vez más, pero eventualmente logró hacerlo, y el tiempo no volvió a esfumársele ahí dentro, y tampoco su ser se esfumó en los pasillos fragantes y luminosos, ni en las oscuras y descuidadas entrañas de la edificación.

Lorenzo se detuvo por un instante y miró hacia atrás. Allá, llegando a la esquina, un hombre un tanto enjuto, de ropaje abigarrado, estaba de pie junto a un árbol delgado y a medio pelarse, inmóvil, con la vista un poco inclinada. Del puño de aquél salía una correa que terminaba en el collar de un *terrier* de pelaje gris. Lorenzo plantó la vista en el sujeto por un breve instante, en su camisa a cuadros, y en su chaqueta marrón, en su cabello despeinado, en su bigote... Aquello no era ni un recuerdo ni una imaginación, sino el verdadero Coselli. Luego de esos fantasmales segundos, Lorenzo se puso en marcha de nuevo. Coselli, por su parte, instó al perro a seguir camino con un tirón de correa que fue suave pero suficiente. Perro y dueño tomaron su propio rumbo común, opuesto al que Lorenzo ya estaba tomando; cada hombre marchó hacia su propio adelante.

Alejándose de la pensión donde había vivido un tiempo, Lorenzo casi vio en su mano derecha la llave que no había querido entrar en la cerradura aquella lejana noche. Rio un poco. «Entendí todo...», se dijo a sí mismo. Cruzó la calle, y entonces completó la frase con una murmuración apretada por dos hileras de dientes cafeinados.

Dobló Lorenzo en una esquina, de modo que el sol pasó a iluminar la mitad izquierda de su cuerpo. Delante, a una distancia, se veían la avenida y sus automóviles. Hacia ellos fue él.

2

No bien puso un pie en la esquina de la Calle F con la Avenida A, Lorenzo se vio mezclado de repente en la multitud cuyos miembros fluían —se podría decir— en forma macroscópicamente pareja y compacta, en interminables filas con direcciones opuestas, siempre a lo largo de la gran avenida, y siempre andando y deteniéndose, mirando y desmirando —observaban con atención los artículos exhibidos en los escaparates, pero si uno les miraba a la cara, lo que más se podía encontrar era una mirada vacía, y eso si uno se permitía llamar a aquello «mirada»—. Al otro lado del cordón, una incesante marcha de automóviles complementaba al andar de los transeúntes. A pesar del intenso tráfico, los conductores se llevaban bien unos con otros y con los peatones, y ningún incidente más grave que algún giro brusco o que un bocinazo malhumorado había ocurrido en toda la mañana. En resumidas cuentas, era el principio de un sábado normal en la ciudad. Bajo el cielo azul y blanquecino, coronado por una imponente estrella (que sin embargo no terminaba de despintar el trozo remanente de luna), las personas se llevaban a sí mismas, cuidando de no colisionar unas con otras, aunque no siempre puedan evitar hacerlo. Como estas personas iba Lorenzo; como ellas caminaba él —como

uno más— hacia la estación del subterráneo, distrayéndose con cada discontinuidad en las vidrieras, cruzándose con rostros semivacíos, pasando a éstos de largo, frenando, avanzando, torciendo, ondulando su trayectoria sobre las baldosas de piedra. Entonces la alcanzó. La entrada a la estación. De la boca del sistema de túneles no cesaba el emerger y sumergirse de personas de todo tipo; adaptándose a la perfección al caótico orden que en las escaleras suele imperar, Lorenzo descendió sin prisa cada peldaño.

El aire estaba espeso y hasta algo neblinoso abajo, en el único nivel del hormiguero; muy húmedo, tibio y con una tufarada que fácilmente puede hacer a uno pensar en una habitación encerrada, pero mezclado con el olor propio de una estancia donde el aire acondicionado lleva largo rato encendido. Los livianos vapores invisibles que se acumulaban justo debajo del ciellorraso, acaso colgando de él, además de contribuir al aroma general del ambiente, se hacían presentes muy sigilosamente en el ruido de fondo de la estación, al igual que los roces de las prendas de vestir de la gente. Pero claro, el ruido de fondo de la estación no sería tal sin la contribución de las voces, las risas y demás ruidos vocales de la muchedumbre, y sin la adición a los mismos de las sonoras pisadas sobre el mármol del piso —ocasionalmente jaspeado con una sustancia untuosa— por un lado, y de la música de artistas callejeros o solo *amateur* por el otro. Y está tan en el fondo el ruido que uno generalmente no le presta atención; incluso casi no lo percibe uno. De vez en cuando, por supuesto, a tan heterogénea sinfonía subterránea se le unían los sonidos de las formaciones (llegada, partida, apertura y clausura de puertas, pitidos de advertencia, sonidillos previos a un anuncio

pregrabado) y de sus socios (corridas accidentadas u obstaculizadas, empujones, algún improprio mas-cullado). Estas cosas uno sí las percibe, sí les presta la atención que merecen.

Lorenzo fue pisando manchas pegajosas hasta el andén, donde una nube de humo de cigarrillo lo envolvió brevemente. Al girar la cabeza hacia el lugar de procedencia del humo, sus ojos encontraron a un hombre alto y grueso que, casi perfectamente quieto, miraba al frente, probablemente con la mirada perdida. Lorenzo estuvo a punto de reprender al sujeto, sin embargo, el lejano pero potente sonido del subterráneo llegando a la estación y la gente que, impaciente acerca del arribo del tren, empezó a empujar al hombre y al propio Lorenzo, le ganaron a la intención de este último.

Molesto por la innecesaria y prematura descortesía de sus semejantes, Lorenzo subió a uno de los vagones «ayudado» por más empujones —suaves, pero irritantes de todas formas—. No le importó tanto como a otros que los asientos libres escasearan; él se mantuvo de pie y no dedicó tiempo a ver cómo los que podían correr a sentarse en alguno de los mullidos asientos de goma espuma, entibiados y humedecidos por el continuo uso. A un lado y al otro, un estrecho pasillo se extendía más allá de lo que las siluetas de los demás pasajeros permitían ver, amén de que obstaculizaban el paso. El túnel andante estaba frío y húmedo, y lleno de la neblina que impregnaba los estratos inferiores del aire de las estaciones.

Con un gran soprido previo y un pitido a medio camino entre lo amable y lo brusco, el subterráneo arrancó y aceleró.

Mientras la hilera de vagones comenzaba a tomar velocidad, los pasajeros se distribuyeron acomodándose en los lugares que consideraban más convenientes o que más cerca tenían. Sólo unos pocos permanecieron de pie. Lorenzo, por su parte, tras estar un instante parado junto a la puerta, empezó a recorrer el subterráneo. Sin quererlo demasiado, intercambió miradas con pasajeros que tampoco estaban interesados en mirarlo demasiado. Las miradas fueron rápidas y apenas recogieron información, pero siempre lo hacen... Dos hermanos dormían hombro con hombro, con las bocas abiertas de par en par. De alguna forma los ruidos del subterráneo y de las estaciones no alteraban el estado de sueño conjunto en que se encontraban los jóvenes. Un poco más atrás, una mujer miraba seria la oscuridad a través de la ventanilla, mientras su pareja tenía vuelta la cabeza hacia el lado opuesto y la mirada prácticamente igual de seria. Al otro lado del pasillo que estaba igual de sucio y pegajoso que el de la estación de la Avenida A, un niño de unos siete u ocho años se aburría mortalmente junto a su madre, quien tenía a sus pies varias bolsas con cosas que había comprado; las bolsas se bamboleaban irregularmente con los leves movimientos laterales del subterráneo. Sin embargo, lo más sobresaliente de aquel primer vagón era el hombre que, disfrazado de astronauta, regresaba a casa tras una larga noche afuera. Tenía el sujeto en cuestión el casco puesto, y el reflejo de las luces fluorescentes en la visera impedían determinar el estado de su rostro (y si la rigidez cefálica se debía a un irreprimible estado de sueño o a una

inesperada quietud de espíritu o al efecto de alguna sustancia que es mejor evitar). Antes de pasar al siguiente vagón, Lorenzo pasó sin mirar junto a un grupo de jóvenes que charlaban en un rincón sin asientos. La mitad de ellos estaban de pie, apoyadas las espaldas en el plástico grueso y duro que revestía el interior del coche, y la otra mitad se encontraba sentada en el piso cubierto a medias de finísimas partículas de tierra y de pelusas diminutas. Las voces de los muchachos, aunque no estridentes, llegaban sin impedimentos hasta el extremo opuesto.

Lorenzo cruzó el espacio entre vagones; en ese cruzar de espacio parpadeó, y en ese parpadeo las luces se apagaron, y donde Lorenzo terminó por poner los pies era un recinto ahusado a oscuras. Tan solo los pequeños y débiles focos de las paredes del túnel afuera y los brillos de las pantallas de los celulares salvaban al ambiente de la oscuridad absoluta. Apenas dos o tres segundos después, las luces regresaron; sin embargo, en el brevísimo lapso que duró el apagón muchos de los pasajeros alzaron la cabeza o la voz o incluso se aterraron. En cuanto a Lorenzo, él no se dejó asustar, o no tuvo tiempo de hacerlo porque para él esos dos o tres segundos habían durado mucho menos. Siguió avanzando por el pasillo, más rápido que al principio, prestando menos atención a aquello cuanto le rodeaba. La insipidez general de la expresión humana en el vagón ayudó a que Lorenzo no se distrajesse más. Los pasos de éste se sucedieron con rapidez, y sin él notarlo ya estaba corriendo la portezuela para desplazarse a través de un segundo espacio entre vagones. Al apoyar un pie en el pequeño y ancho fuelle que conectaba los vagones, el piso y todo encima de él se sacudió de repente hacia los costados, como agitado por un sismo

o abatido por una gigantesca ola de mar, con lo que Lorenzo perdió el equilibrio y tuvo que asirse —acto reflejo mediante— de la manija de la portezuela para no caer. Aquel movimiento lateral pronto cesó, y Lorenzo se permitió dar un paso muy tímido hacia adelante, pero una segunda sacudida, mucho más violenta, y causada por un frenazo, hizo caer al hombre, dejándolo sentado, con la espalda apoyada en la puerta del vagón al que pretendía ir y las piernas flexionadas a la fuerza por el cierre de la otra puerta. Lorenzo se vio atrapado y lleno de un polvo microscópico en tan reducido espacio. Con las rodillas oprimiendo sus clavículas, y el coxis haciendo un doloroso y solitario equilibrio con la superficie del fuelle, Lorenzo se preguntó: «Bueno, ¿y ahora cómo hago?». Y en lugar de pensar en una respuesta o solución para su situación, simplemente estiró una pierna, y alzó los brazos para empezar a escalar los límites del espacio movedizo y tembloroso que lo aprisionaba. En cuanto pudo erguirse completamente, con las extremidades adoloridas, quiso mirar a través del cristal plástico, encontrando nada más que una oscuridad y un silencio de sótano o de galpón abandonado. «¿Estoy ciego, o qué pasó?», se preguntó Lorenzo. La respuesta no tardó en llegar; un hombre con uniforme de empleado del subterráneo desplazó de un tirón la portezuela, hallando a Lorenzo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el primero, y agregó—: Terminó el recorrido. Váyase.

Lorenzo obedeció sin decir una palabra. La vergüenza le impidió buscar con preguntas una explicación a lo que había acabado de ocurrir.

Una vez en el andén, levantó la vista, y frente a él un letrero le mostró el nombre de la estación L. «¿Entonces me equivoque de dirección?», pensó. Los ojos no

parecían estarle mintiendo: aquél era el otro extremo de la línea. Pero Lorenzo no quiso darse tiempo para pensar en los por qué, los dónde, los cómo, y siguió a la marea de gente que aún salía del interior del subterráneo, con la inconsciente idea de subirse a la próxima formación que iba hacia el centro, hacia la Estación B. Navegar con la corriente fue sencillo — como suele serlo —, hasta que ésta se subdividió en tres corrientes menores a la altura de un gigantesco espacio con aspecto de vestíbulo, más allá del cual se hallaba el exterior. Uno de los grupos se dirigió hacia el túnel a la izquierda, otro continuó un avance general en línea recta hacia la ancha escalera mecánica al fondo, y el tercero se desvió hacia la derecha al encuentro de otra escalera, no tan amplia como la antes mencionada. Lorenzo tuvo que elegir, y como tenía poco margen de movilidad, fue hacia la izquierda, a formar un tipo de tren subterráneo humano que iba por su propio túnel, de paredes blanquecinas, e iluminado por lámparas de baja potencia. Y lento, muy lento. Un duro desafío para los impacientes.

4

Con cada paso que Lorenzo daba en el pasillo mal iluminado, frío y hasta casi apestoso, él sentía que se quedaba cada vez más solo. En el fondo de su mente se oía un sonido grave y largo —un tanto eterno—, pero él no le prestó demasiada atención; tan sólo miraba hacia adelante para saber qué se hallaba enfrente, y hacia abajo para evitar tropezar con los demás transeúntes

(afortunadamente, no llegaría a hacerlo). La iluminación mortecinamente fría y el estado de mezcla aglomeradamente ordenada le mezquinaban a Lorenzo las pistas acerca de lo que el camino le deparaba; él sólo podía darse cuenta de cada cambio de dirección cuando las cabezas de las personas que iban un poco más adelante tomaban nuevo rumbo. Primero hubo que doblar a la izquierda, después, hacer un tramo en bajada seguido por un tramo igual, pero en subida, y, por último, antes de la siguiente etapa, hacer un giro en U, ascender por una pendiente ligera y luego doblar a la derecha. Así se pasaron unos trescientos metros. Al final del segmento terminal del pasillo, con la gente agotada y resignada o con la indignación inmovilizada por las promesas sordas del otro lado del túnel, se abría ante uno un espacio que abarcaba poco menos que lo que se pudiera alcanzar con la vista, y que estaba delimitado en sus cuatro costados por hileras de locales comerciales. El centro del lugar estaba dominado por un inmenso lago —que no una fuente—, y por sobre los locales se apilaban galerías flanqueadas de más locales, unas encima de las otras, hasta alcanzar un cielo metálico y abovedado, en el centro del cual se hallaba una claraboya por donde asomaba el techo celeste, y al que le daba forma de lago. Y del océano por firmamento caía la luz como una majestuosa catarata a través de la claraboya, llenando todo el lugar —el lago central, el aire impoluto, las galerías apiladas—, volviendo toda necesidad de iluminación artificial fuera de lugar; las únicas luces eléctricas provenían de los coloridos letreros luminosos de las tiendas, tan necesarios para llamarlas a la existencia —todo lo contrario al estrecho y umbrío pasadizo que había conducido a toda aquella gente al paraíso comercial—. Y la corriente humana que

afluía a las galerías comerciales de pronto se disgregaba como las nubes en el cielo de la mañana allá en el viejo barrio y se dispersaba en todas direcciones, se atomizaba, y se distribuía en cada rincón del amplio establecimiento: en las larguísimas bancas o junto al barandal que rodeaba al lago luminoso, sitios desde donde nadie podía evitar ser arrastrado hacia un estado de hipnosis en despecho de la quietud de la superficie del lago, que ningún mecanismo artificial alteraba, y que ningún ser vivo macroscópico poblaba, y que ningún viento sacudía pues no había viento —en tan amplio espacio no lo había, curioso como pueda sonar—, frente a los virtualmente infinitos escaparates de las pequeñas tiendas que se apretujaban y se encimaban en los cuatro puntos cardinales, parejas y compactas como ladrillitos de juguete, levantando por sí mismos altísimas y formidables paredes, gruesas e impenetrables para defender el estado de cosas, la marcha de la economía, la actividad de la gente... Entonces uno quedaba prácticamente solo, separado físicamente de sus semejantes, igual que en las avenidas y en el subterráneo y en cualquier otro sitio de nuestra inmensa metrópoli, incluso en el interminable conducto que llevaba del andén mismo del subterráneo al lago celestial en la galería comercial, donde todos son tan ajenos que uno mismo ya está solo, pese a estar apretujando el cuerpo contra esa ilusión que son los demás, embutiéndose en el cuasi inacabable túnel, camino a una mina de oro de mentira, más ilusorio que las presencias en derredor de uno, que va medio ciego, medio perdido bajo las débiles lamparillas, recorriendo el pasadizo cual topo bajo un huerto, entre las sombras generadas por nosotros mismos. Perdido como se puede estar al emerger del estrecho conducto y salir a

la luz, *naciendo* en cierta forma al gran mercado de la vida, olvidándose de la Estación B como lo olvidaba ahora Lorenzo, sobrecogido por las impresionantes dimensiones del lugar; de pronto se hallaba frente a algo que asemejaba una ciudad o, al menos, un vecindario en sí mismo, fortificado, como ya he dicho, y que, por obra de una coerción de lo más sutil, disimulada tras su aspecto, escondida tras su naturaleza, lo hacía quedarse a uno; luego el motivo para permanecer horas allí dependía de cada uno, de lo que se le ocurriera pretender, de lo que deseara tener ganas: desde sentarse a descansar las piernas luego de una interminable y agotadora caminata, hasta, desde luego, recorrer infaltablemente cada piso, cada local, cada vidriera, cada estante y cada gancho de cada pared, con mayor o menor atención, según los intereses de cada uno, según su apetito, su capacidad de impresionarse o su facilidad de sentirse atraído por un artículo en exhibición o un letrero alusivo a este.

De modo que Lorenzo no tardó en dirigirse, imantado —como muchos de quienes habían recorrido con él la galería subterránea— hacia la fila de locales más cercana. Y qué no se exhibía tras los cristales iluminados con pequeños reflectores, carteles de neón y luces navideñas... Lorenzo resultó comenzar por las tiendas de artículos electrónicos, tan ubicuas en nuestra urbe, y que se apiñan geométrica, arquitectónicamente, en la planta baja y en las superiores también...

Con todas sus diferencias, las tiendas eran prácticamente iguales. En cada una de ellas se ofrecían todo tipo de artilugios, uno más diminuto y portátil que el otro, más práctico, más novedoso y más curioso, presentados en cajitas con textos en varios idiomas, entre ellos, infaltablemente, un inglés mal traducido, con ilustraciones que no siempre hacían evidente el propósito del artículo en cuestión. Pero, si hemos de ser honestos, tampoco las leyendas en las cajitas son demasiado comprensibles al común de la gente, con sus neologismos disfrazados de términos técnicos y sus reiterados préstamos idiomáticos (muchas veces innecesarios), aparte de las traducciones defectuosas. Uno las ve y, por más peculiares o exóticos que pueda encontrar los artículos en venta, si uno no los comprende —si no los puede reconocer— enseguida pierde el interés y sigue camino con la mirada, hasta la próxima parada, y se olvida al instante de lo que ha visto, o hasta que lo vuelva a ver en otro local, con otra presentación, fabricado por otra compañía. Y aun así es a veces difícil darse cuenta de que uno ve un mismo producto de nuevo, si la variedad de «artículos electrónicos» es tan vasta, y no hace más que crecer con cada día que pasa, lo cual ha vuelto a la categoría de «artículos electrónicos» largamente abarcativa; ahora se subdivide en diversas categorías: accesorios para celular, para computadora, para *gaming*, etcétera, etcétera. Lorenzo recorrió con la mirada los escaparates, al principio con gran interés, ya que le resultó muy fácil distraerse con los productos expuestos; muy pronto, sin embargo, sus ojos empezaron a sentir algo

de fatiga al hallar constantemente sólo luz artificial potente, amén de que las tiendas se le antojaron demasiado similares, repetitivas para su mente.

Los comercios eran demasiado pequeños, y eran idénticos en lo que refiere a dimensiones y disposición interna, cosa que se extendía al resto de los locales de todas las galerías: una puerta de cristal junto a una única vidriera, donde no quedaba más remedio que apiñar la variedad más amplia posible de mercancías y de letreros o de elementos para captar la atención de los transeúntes, para intentar destacar por sobre las demás; al otro lado, un recinto cuadrado no más grande que una habitación en una pensión, donde el mobiliario se reducía a un mostrador cercano a la pared opuesta a la vidriera, y —esto no todas las tiendas lo tenían— un aparador alto, de plástico transparente y sin puertas (como para ocultar o, al menos, disimular su propia existencia), donde se exhibían artículos destacados; fuera que hubiera aparador o no, de todas las paredes colgaban mercaderías, como en una ferretería. Dentro de cada local, lo usual era que apenas se pudiera transitar, y siempre cuidándose de no tropezar con los productos ni las estanterías.

Más adelante en la planta baja, y mucho más en las galerías superiores, los locales se diversificaban: los primeros en aparecer más allá de la hilera de tiendas «de electrónica» eran los de ropa, tan característicos de los centros comerciales; todas las clases de ropa se podía encontrar: de dama, de caballero, de niños, formal, informal, deportiva, y eso sin contar las tiendas de calzado. Más adelante, se intercalaban los bazares, las jugueterías, las perfumerías, las tiendas de antigüedades, las de electrodomésticos, las disquerías, las librerías, etc., e incluso en algunos sitios se ofrecían

servicios en vez de productos, desde abogados hasta agentes de viajes.

En cada local había cosas llamativas para ver, y que sin duda atraían a Lorenzo, pero la mente de este pronto se nubló debido a la excesiva repetición de estímulos visuales —casi un continuo de estímulos, se podría decir—. Su cerebro, nunca acostumbrado a aquello, progresivamente cesó de decodificar las señales que se imprimían en sus retinas, y se limitó a andar siempre hacia adelante, viendo sin mirar, mas sin poder quitar los ojos de los escaparates. Así, delante de sí vio pasar sin mirar una farmacia, un kiosco y una mueblería, y luego se encontró al pie de las escaleras mecánicas en la esquina norte de la construcción. Ocasionalmente, atravesaban el paisaje individuos que recorrían las galerías al igual que él, que sin la menor prisa se dejaban llevar de un extremo al otro de las plantas, constantemente interrumpiendo su marcha y reanudándola a breves intervalos. Finalmente, detrás de las escaleras, en línea con ellas, se extendía un corredor ancho y de techo bajo, iluminado con diminutas y poco potentes bombillas muy espaciadas entre sí —no muy diferente en aspecto a aquel por el cual Lorenzo había accedido a la construcción; sí en lo concerniente a dimensiones—, y que llevaba directamente al exterior, de regreso (por decirlo así) a la ciudad. No se trataba de un pasadizo demasiado largo, pero no era evidente que detrás de aquél hubiera una amplia salida como la había, separada del exterior por un muro con enormes ventanas polarizadas, lo que impedía el ingreso de mucha de la luz de la esplendorosa mañana en la ciudad. Lorenzo instintivamente puso los pies en la escalera mecánica; quizás algo dentro de sí deseaba dejar de caminar por un momento; más probablemente

ese mismo algo esperaba encontrar un panorama distinto en la primera de las galerías superiores.

De pie en el primer piso, hizo un alto por un instante, con las manos en la cintura, respiró hondo y echó un largo vistazo en derredor. Todo se veía muy similar — por no decir igual— que en la planta principal. A su izquierda había una librería, y a su derecha se hallaba una tienda de golosinas. A Lorenzo le resultó difícil decidir qué rumbo tomar; sin embargo, tras una brevísima deliberación, de lo que se puede inferir que en realidad él obró impulsivamente, dio media vuelta y retomó su ascenso por la escalera mecánica.

6

En el tercer piso Lorenzo se detuvo. Se asomó al barandal que delimitaba la galería y, apoyando en aquéllas las manos, miró hacia arriba. Había más plantas que recorrer que lo que le había parecido al momento de contemplar por primera vez el lugar, desde la planta baja (además, le pareció que el techo estaba más arriba que antes, y la claraboya, que hacía momentos la había juzgado inmensa, ya no era en sus ojos tan grande), pero él preveía que habría de cansarse más temprano que tarde, y dudó en seguir subiendo.

Ya por aquellos rincones de intermedias alturas reinaba el silencio característico de un lugar desierto, que no llegaba a ser absoluto solamente porque el suave murmullo que se elevaba desde la planta baja (más calmo que el de la estación del subterráneo, y definitivamente mucho más que el de la Avenida A) se

lo impedía. Al ponerse en marcha, Lorenzo no tardó en advertir que los locales en esa parte de la construcción tenían una iluminación más pobre, esto es, menos intensa que aquellas de la planta baja. De hecho, algunos locales estaban cerrados, y de su interior tan sólo emitían destellos las guirnaldas de luces y los letreros luminosos. No había compradores ni paseantes allí, y las únicas personas que vio Lorenzo eran dos dependientes que habían salido de sus respectivos locales —contiguos ellos— para conversar. El hombre les pasó por un costado sin mirarlos a ellos ni a las mercancías de sus negocios, y no pudo comprender las palabras que oyó de los vendedores, aun cuando creía o suponía que hablaban su mismo idioma.

Debido a lo vacío y desabrido del lugar, Lorenzo perdió aún más el interés en proseguir su recorrido, por lo que pasó a caminar un poco más rápidamente, casi a velocidad normal, en dirección a las escaleras mecánicas de la esquina sur. Después de recorrer un buen trecho, que su mente había estado ocupando en imaginar el uso que podría darle Lorenzo a ciertos artículos que había visto durante la visita, lo sorprendió una luz roja iluminando el umbral de una tienda. Al reparar en el aspecto del local comercial, se extrañó de que, además, unas cortinas negras estuvieran cerradas detrás del cristal, y que, en vez de puerta, hubiera una cortina de abalorios. Una sensación vagamente familiar se infiltró en su mente. «¿Dónde he visto cortinas de abalorios?», se preguntó; no obstante, mientras lo hacía, ya estaba abriéndose paso a través de los vidriecillos colorados y blancos, primero haciéndolos a un lado con una mano y, a continuación, asomando la cabeza al interior del peculiar local. Lo recibió un cubículo apenas iluminado, con lámparas de baja potencia; las

paredes estaban atiborradas de productos presentados en paquetes plásticos de diversos tamaños que colgaban de la miríada de ganchos del aparador; perpendicular al escaparate se hallaba el mostrador, tras el cual un hombre alto, de uniforme negro, con canas aisladas en su cabello desgredado, miraba hacia adelante con una expresión mitad cansada, mitad insolente en su rostro. Enfrente del mostrador, a pocos centímetros de la pared opuesta a aquel, un mueble enano adquirido de segunda mano rebosaba de artículos.

Demasiado rápido reconoció Lorenzo los productos en exhibición. Supo, pues, que se encontraba en lo que aquí llamamos «*sex shop*». Sin hacer caso del dependiente que lo seguía inofensivamente con la mirada, Lorenzo avanzó a través del estrecho espacio comprendido entre el mostrador y el mueble enano, observando lo que en este último se ofrecía maquinalmente, pero sin la menor intención de tocarlos (al menos no los objetos *fusiformes*), hacia el fondo. Allí se topó con una abertura que conducía a un sitio donde la oscuridad era absoluta, ya que ni siquiera los débiles rayos de luz del local penetraban en él, como si en realidad fueran absorbidos por una especie de niebla negra. Entonces Lorenzo recordó el evento que respondía a su pregunta de hacía un momento. Estando en un gran videoclub de su barrio cuando era un adolescente, se había asomado detrás de unas de las voluminosas estanterías típicas del lugar sólo por curiosidad, para saber si allí podría encontrar más películas para alquilar, pero lo que vio fue una abertura sin más barrera que una cortina de abalorios. Sin dudarle un segundo, el joven Lorenzo se aventuró tras la cortina; lo que descubrió fue que al otro lado se exhibían las películas para adultos. Al recordar

fugazmente el episodio, Lorenzo se preguntó si las cortinas de abalorios formaban parte de un código cuya existencia toda la vida él había ignorado. Y ahora tenía delante de sí una abertura sin puerta y algo desconocido más allá; Lorenzo hubiera esperado acceder al depósito de la tienda.

El dependiente de mostrador lo llamó, pero Lorenzo ya había desaparecido entre la negrura detrás del local, y no lo oyó; a pesar de no ser capaz de ver nada, siguió avanzando, y lo único que reafirmaba su existencia aparte de su propia conciencia era el sonido de sus pasos, inusitadamente secos y claros; esto y la dureza que hallaban las suelas de sus zapatillas le recordaron al cemento. Pronto creyó detectar un ruido sordo a un costado. Azorado, Lorenzo hizo un alto y giró su cuerpo en dirección al presunto sonido. Éste no se repitió, pero, aun así, él extendió una mano hacia adelante, como si pudiera tocar o alcanzar la fuente del ruido imaginario; en vez de eso, no obstante, observó cómo sus dedos rasgaban las tinieblas y las abrían en dos como se habrían abierto las cortinas negras del local. De inmediato la oscuridad desapareció, y ante los ojos de Lorenzo se hizo presente un pasillo largo y muy frío, como el de una cámara refrigerada, a ambos lados del cual colgaban de ganchos diferentes... productos. Desde la distancia Lorenzo los observó y, a pesar de que las sombras proyectadas por dichos productos lo cubrían y se fundían todas en el piso, y en despecho también de su turbación, supo reconocerlos, aunque, en realidad, debería decirse que, sin distinguirlos bien, temió que fueran lo que resultaron ser: órganos varios y partes de cuerpos humanos, algunos de ellos envueltos en celofán. «Como la carne en el supermercado», llegó a transitar por la cabeza de Lorenzo de forma imprevista

e independiente, que él conscientemente sólo supo sentirse profundamente nervioso y asqueado. Hubiera preferido encontrar las cintas de video para adultos (pero ¿qué son las películas pornográficas, sino colecciones de fotogramas donde se muestran cuerpos mutilados por una cámara?). Apuró inquieto el paso hacia el final del corredor de luz azulada —no se le ocurrió volver sobre sus pasos de regreso a la galería— y, al otro lado de una abertura tapada por una cortina plástica, lo inundó una intensa luz anaranjada, que colmaba también un recinto con bancas alargadas a un lado y al otro, ocupadas por varias mujeres embarazadas. A juzgar por las ropas ligeras y blancas que las damas vestían, por los gestos de cansancio en sus rostros y por el brillo sudoroso de sus pieles, estaría haciendo mucho calor; sin embargo, Lorenzo no lo sentía. Las mujeres lo miraron por un instante sin dirigirle la palabra y sin hacerle ninguna mueca o seña en particular, y pronto voltearon la mirada hacia cualquier otro lado; parecían estar esperando algo. Lorenzo siguió su camino siempre hacia adelante, como quien está seguro de que más allá encontrará una salida, abstrayéndose de la situación que ahora se le antojaba irreal, difícil de creer, entornando los ojos para ayudarse a hacerlo. Volvió a recorrer un pasillo oscuro, lúgubre, en el que una niebla flotaba y lo envolvía, pero lo más llamativo era el penetrante olor a petróleo, que no tardó en provocarle a Lorenzo fuertes náuseas. Con una mano en el abdomen y otra tapando su boca, Lorenzo se arrastró por el misterioso y sombrío pasillo; el aroma de la pólvora se mezclaba en el aire espeso con el olor del petróleo, y los haces de luz de origen indefinido que surcaban el estrecho espacio y atravesaban la neblina se reflejaban en el fluido que

revestía el suelo. Lorenzo tuvo miedo de que dicho fluido fuera gasolina; una mera chispa haría volar todo por los aires, él incluido, desde luego...

Finalmente, sin darse cuenta, se halló atravesando otra abertura como la del fondo del *sex shop*. Había pasado al interior de otro pequeño local, muy parecido a los otros, pero no estaba atestado de mercaderías; más bien lucía algo vacío, incompleto quizás. Para ese entonces, Lorenzo estaba tan agotado mentalmente, que sólo deseaba salir a la galería y marcharse de allí; poco le faltaba para recordar el propósito original de su salida de casa aquella mañana. Es así como, caminando en puntas de pie, alcanzó el cristal que lo separaba del exterior, y vio al otro lado una especie de aparador alargado, que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista, con artículos de todo tipo —de todos los locales— puestos ordenadamente, uno al lado del otro, en interminables filas; el aparador estaba hecho de tal forma que las filas se movían como en una cinta transportadora, haciendo que los artículos pasaran por delante de Lorenzo —o, si es cierto que el movimiento es relativo, en realidad era la hilera de tiendas lo que se movía en línea recta, lo que significaba que Lorenzo era quien se movía delante de los artículos—. Lorenzo se sintió observado o más: escudriñado, estudiado, contemplado. Estuvo allí, de pie frente al cristal, viendo objetos de lo más variopintos deslizarse ante sus ojos cansados, por un lapso que se puede considerar como «unos momentos», pero que a ciencia cierta no puedo precisar. Cuando se cansó, salió tranquilamente por la puerta. No quiso asomarse al barandal para echarle un último vistazo al lago redondo; dio unos pasos por la galería, suspiró profundamente, y sacó del bolsillo del pantalón un paquetito transparente.

«Entendí todo...», se dijo a sí mismo, mirando el objeto en su mano: un soporte para su celular.

Treinta panchólares le había costado, rebajado de treinta y cinco.

A ese precio se había dejado comprar; no era mucho, pero ¡oiga, eran treinta!

Echó a andar de regreso a su hogar; de seguro ya era muy tarde para hacer lo que había planificado el día anterior.

«No, no es que haya entendido todo —se corrigió más adelante—. Es que quizás *alguien* ha querido que viera cosas que los demás no pueden.»

Índice

Caminando	3
Fuego en la escuela	5
Baile en el lobby	9
Ascensorista	14
Bar 404	18
En el consultorio	41
El Hombre Doble A	52
Practicando el idioma	62
Pisadas	66
La reyerta	69
Alguien	77
Un sueño	87
En el supermercado	98
1	98
2	101
3	106
4	111
5	115

En la galería	119
1	119
2	121
3	124
4	127
5	131
6	134

Esta antología reúne diversas historias con una característica en común: son, a primera vista, relatos verosímiles, pero en todos algo misterioso asoma para desviarlos del camino de una anécdota común y corriente, haciendo evidentes los límites de la realidad a medida que los desdibuja. Puesto con otras palabras, en estos relatos la realidad se presenta con su rostro habitual, sólo que haciendo una mueca inesperada y enigmática que trastoca la aburrida previsibilidad de la vida cotidiana.

